

CIS

Promotio Iustitiae



La Fe que hace Justicia La Justicia que busca a Dios

Introducción

Fernando Franco SJ
Edward Mercieca SJ

La Espiritualidad del Apostolado Social

Jean-Yves Calvez SJ

Reflexiones Teológicas

Michael Hainz SJ
Claudio Burgaleta SJ
Jorge Costadoat SJ
Thoonunkaparambil K. John SJ
Jean Ilboudo SJ

Narrativas

Alvaro Alemany SJ
Christian Herwartz SJ
Michael Bingham SJ
Suzanne Geaney
Gregory Boyle SJ
William Ryan SJ
Benito Baranda

Ricardo Falla SJ
Fernando Lopez SJ
Godfrey D'Lima SJ
Tony Herbert SJ
Paul Caspertsz SJ
Isamu Ando SJ
Rigobert Minami SJ

Editor:	Fernando Franco SJ—Edward Mercieca SJ
Editora Asociada:	Suguna Ramanathan
Coordinadora de Redacción:	Liliana Carvajal
Gráfico:	Daniele Frigeri

El Secretariado para la Justicia Social de la Curia General de La Compañía de Jesús publica *Promotio Iustitiae* en castellano, francés, inglés e italiano, utilizando papel sin cloro (TCF).

Quien desee recibir *PJ*, puede enviar su dirección postal al Editor (indicando el idioma deseado).

PJ se publica también electrónicamente en el World Wide Web en la dirección:

www.sjweb.info/sjs.

Si le llama la atención alguna idea de este ejemplar, recibiremos con gusto su breve comentario al respecto. Si desea enviar una carta a *PJ* para su inclusión en un próximo número, utilice, por favor, la dirección, el fax o el correo electrónico indicados al final de esta página.

Se anima a reproducir los artículos de *PJ*. Rogamos que se cite como fuente *Promotio Iustitiae*, y que se indique también la dirección. Por favor envíe una copia al Editor. ¡Gracias!

La Fe que hace Justicia
La Justicia que busca a Dios

Promotio Iustitiae

CIS

INDICE

Presentación

<i>Las dimensiones de lo social y de la espiritualidad en nuestras obras y acción</i>	5
---	---

Artículo

Jean-Yves Calvez S.J. <i>El Apostolado Social y su Espiritualidad</i>	9
---	---

Narrativas - Testimonios

Álvaro Alemany S.J. <i>Política, Emarginación y el Cultivo del Espíritu; la Muerte</i>	19
Christian Herwartz S.J. <i>En camino hacia el hogar</i>	25
Michael Bingham S.J. <i>En tono con el amor de Dios uniendo Dios y la justicia</i>	33
Suzanne Geaney <i>Ministerios Sociales - USA</i>	39
Gregory Boyle S.J. <i>La historia de Chico y la presencia escondida de Dios</i>	44
William Ryan S.J. <i>Una vida envuelta en amor</i>	49
Benito Baranda- Lorena Cornejo <i>Nuestro camino junto a Ignacio</i>	55
Ricardo Falla S.J. <i>Crisis personal, compromiso social y crecimiento en la fe</i>	60
Fernando López S.J. <i>Peregrinos en Misión. La experiencia de las Amazonas.</i>	65
Godfrey D'Lima S.J. <i>En busca de lo importante</i>	77
Tony Herbert S.J. <i>Seguir a Cristo en pobreza</i>	83
Paul Caspersz S.J. <i>Nuestra fe y nuestra búsqueda por la justicia</i>	92
Ando Isamu S.J. <i>El compromiso social jesuita en Asia Oriental</i>	97
Rigobert Minani S.J. <i>Pasión por Dios, compromiso por la humanidad</i>	103

Reflexión Teológica

Michael Hainz S.J.	111
Claudio Burgaleta S.J.	120
Jorge Costadoat S.J.	126
Thoonunkaparambil K. John S.J.	132
Jean Ilboudo S.J.	139

PRESENTACION

Fernando Franco, S.J.
Secretariado Justicia Social

Edward Mercieca, S.J.
*Secretariado
Espiritualidad Ignaciana*

“Cielos, destilad el rocío: nubes, derramad al Justo; ábrase la tierra y brote la salvación, y con ella germine la justicia”. (Is.45, 8) Este número de la Revista de Espiritualidad Ignaciana es un trabajo de colaboración entre las Secretarías de Justicia Social y la de Espiritualidad Ignaciana en la Curia de la Compañía de Jesús en Roma. La intención responde a un doble dinamismo: el de la Secretaría de Justicia Social que busca encontrar, profundizar y explicitar la motivación y el Espíritu que guía y acompaña su acción a favor del pobre y marginado; el de la Secretaría de Espiritualidad Ignaciana que busca ser fiel al Señor Jesús al promover la fe y la justicia que esta misma fe implica. Una acción social sin una espiritualidad profunda se ideologiza, termina discriminando entre los mismos necesitados y le costaría mucho perseverar en la gratuidad del amor evangélico; una espiritualidad cristiana que no lleva a una conversión a la realidad donde se encarna Jesús, a un mayor compromiso con la humanidad corre el peligro del intimismo, de alejarse del ideal ignaciano “en todo amar y servir” [EE, 233] y de convertirse en auto-referente.

Vivimos hoy entre nosotros - todos los ignacianos colaboradores en la misión de Cristo - un momento de gracia donde el diálogo entre fe y justicia, cultura y espiritualidad, no sólo se hace posible y fraternal sino que se siente como una necesidad. Como nunca en este tiempo los centros sociales de la Compañía de Jesús y las personas involucradas en el área social desean y piden más espiritualidad. Los Ejercicios Espirituales son un referente explícito y dinamizador de su acción y proyectos. Por otro lado, las casas de ejercicios,

PRESENTACION

los centros de espiritualidad y los centros de fe y cultura que están brotando por doquier, buscan integrar la espiritualidad con la vida en todas sus dimensiones y a partir de la experiencia de Dios en Jesucristo tienden a impulsar una acción comprometida. Los EE en la Vida Corriente practicados hoy en todos los continentes, son una manifestación patente de todo esto.

Las dos vertientes de lo “social” y de la “espiritualidad”, se purifican en el diálogo y en la acción compartida; se enriquecen y se desafían mutuamente. Cuando una de estas dos dimensiones transversales a toda la acción apostólica de la Compañía no se deja interpelar por la otra, ya no puede desarrollarse en plenitud y el mal espíritu cobra fuerza. El cruce de ambas fuerzas apostólicas se hace típicamente ignaciano cuando las tensiones se disciplinan en el Señor no renunciando a “buscar y hallar” una fe que hace justicia y una justicia que busca a Dios.

Tres secciones forman el cuerpo de este número de la Revista de Espiritualidad Ignaciana: El Apostolado Social y su Espiritualidad (Jean-Yves Calvez, S.J.), da el marco teórico e histórico al conjunto; Relatos varios provenientes de todos los continentes dando a conocer vidas de hoy entregadas en el compromiso social y su experiencia de fe; una Reflexión Teológico-Pastoral hecha por expertos de culturas diversas a partir de una re-lectura teológica de las narraciones de vida anteriores.

Al leer despacio los 14 relatos, uno siente la necesidad de inclinarse con reverencia en tierra sagrada, delante de muchas zarzas ardientes (Ex. 3, 1-5). Estos relatos cuentan literalmente la historia de muchas vidas de jesuitas y laicos/as que siguen ardiendo; vidas que se han consumido fiel y totalmente por y con los pobres. Sería absurdo interpretar este ‘consumirse’ en términos exclusivamente psicológicos, una interpretación frecuente que acusa al activista de irracional y desequilibrado. El ‘consumirse’ del que hablan estas páginas es algo que produce calor; vida y luz, incluso si, al final, en el mismo acto de dar vida se consume a si misma. Es un arder que hizo visible el Dios vivo a Moisés, la zarza ardiente que nos llama a una vida de unión con Dios y el pobre.

**EL APOSTOLADO SOCIAL
Y SU ESPIRITUALIDAD**

EL APOSTOLADO SOCIAL Y SU ESPIRITUALIDAD

Jean-Yves Calvez
Centre Sèvres and Ceras,
Paris

La novedad después del Concilio

El compromiso del apostolado social no es una invención reciente de la Compañía. Desde mi juventud religiosa - en la posguerra - he conocido a un gran número de jesuitas, viejos y jóvenes, comprometidos en el mundo de la pobreza, en el mundo carcelario, con migrantes, nómades, obreros en condición de explotación, con mujeres del servicio doméstico. Generalmente se trataba de hombres de profunda espiritualidad, de entrega incansable. En 1947 tuve la ocasión de encontrarme con el padre Alberto Hurtado, de la provincia de Chile, que el Papa en estos días ha inscrito en el catálogo de los santos. Comprendí de inmediato lo que significaba la vida de este compañero, que tanto aspiraba a responder a los deseos de Cristo para con él, con una maravillosa espontaneidad. Lo que quizá en el período reciente ha sido nuevo - aunque no de forma absoluta - a raíz de la conferencia del Episcopado Latinoamericano de Medellín (1968), del Sínodo de Obispos *Iustitia in mundo* (1971), y del decreto 4 de la Congregación general 32 (1975) es la insistencia en la exigencia de justicia - una palabra que no es posible confundir pura y simplemente con caridad - como la insistencia en las “estructuras” que hay que reformar, transformar, insistencia en la acción con efecto institucional. La Congregación general 32 dijo: «Las estructuras sociales contribuyen a modelar al mundo y al mismo hombre, hasta en sus ideas y sentimientos, en lo más íntimo de sus deseos e inspiraciones. La transformación de las estructuras en busca de la liberación tanto espiritual como material del hombre queda, así, para nosotros estrechamente ligada con la obra de la evangelización» (Decreto 4, n. 40). Hay que tener presente que el padre Juan Bautista Janssens, superior general en la posguerra, desde aquel entonces y con su famosa Instrucción sobre el Apostolado social en 1947

había ya insistido con fuerza en la importancia de la acción sobre las estructuras en el apostolado social. Esta preocupación para él formaba parte, y muy expresamente, de la definición misma de dicho apostolado.

La respuesta de los jesuitas

Pese a la posibilidad de que reine una opinión contraria, es preciso que añada sin tardar que los jesuitas se han comprometido bastante modestamente en esas últimas vías en lo que les es muy específico... El Decreto 4 de la Congregación General 32 tenía en efecto otra preocupación, que llevaba parcialmente hacia otra dirección, y a la que se ha prestado mucha atención: la preocupación de incorporar la dimensión del apostolado social en *todos* los apostolados de la Compañía. Es lo que han procurado hacer tanto el padre Arrupe como el padre Kolvenbach, es lo que han apoyado tanto la Congregación general 33 como la 34. Es preciso tener en cuenta los términos del decreto 4 de la Congregación 32: «Se prestará particular atención al papel que pueden jugar, para el servicio de la fe y de la justicia, los centros de enseñanza, las revistas, las parroquias, las casas de ejercicios y otras obras apostólicas cuya responsabilidad asumimos», y «no es solamente la actividad organizada que debe ser revisada a esta luz: los ministerios apostólicos de cada uno también deben serlo» (n. 76).

«Todas nuestras tareas» (n. 29), toda nuestra vida, su estilo están implicadas, decía la Congregación 32. Quedaba con ello evocado el aspecto espiritual de nuestro compromiso. Se esperaba, en la Congregación general 32, una conversión de las formas y de los estilos de vida «a fin de que la pobreza, que hemos prometido, nos identifique al Cristo pobre que se identificó él mismo con los más desposeídos» (n.48).

Ha aumentado considerablemente el número de jesuitas en las tareas más marcadas por las preocupaciones recomendadas por la Congregación general 32. Considerando la disminución numérica en ciertas regiones, durante por lo menos un cierto tiempo, dicho número ha sido netamente superior que en tiempos anteriores. Hoy la presencia en entornos de pobreza - en barrios pobres y favelas - está mucho más marcada que antes. Y en cualquier tipo de encuentro, en la Compañía, en sus provincias, se brinda a los que están más socialmente comprometidos la posibilidad de compartir su experiencia espiritual. Muchos jesuitas tienen a pobres como amigos, como Ignacio deseaba que fuera desde los primeros tiempos.

Lo que ha animado a los jesuitas

Fundamentalmente, lo que *ha animado* este compromiso para la mayoría de nosotros, es exactamente lo dicho por la Congregación general 32, en sus palabras decisivas, marcadas por la doctrina de los documentos de la Iglesia universal en el post Concilio: « La existencia según el Evangelio es una vida en la que resplandece la perfecta justicia del Evangelio, que dispone no sólo a reconocer y respetar los derechos y la dignidad de todos, especialmente de los más pequeños y débiles, sino, aún más, a promoverlos eficazmente y a abrirse a toda miseria, aun la del extraño o enemigo, hasta el perdón de las ofensas y la victoria sobre las enemistades por la reconciliación » (Decreto 4, n. 18). Y: « No hay conversión auténtica al amor de Dios sin una conversión al amor de los hombres y, por tanto, a las exigencias de la justicia » (n. 28)¹.

¿Ha habido luego un cambio al respecto? Pienso que hay que observar que ha habido la tentación de endulzar la píldora durante un tiempo cuando se ha introducido en la Iglesia, a veces un poco polémicamente, el tema del *amor preferencial* por los pobres, al lado, mejor dicho casi en contraste, con la *opción* en favor de los pobres. Pero el padre Kolvenbach ha reaccionado expresamente, al comienzo de su generalato, en contra del abuso que se ha podido hacer de la primera fórmula, en definitiva más *soft*, y por eso preferida. El padre Kolvenbach ha mantenido que no es menos exigente, y que la justicia es siempre el primer paso del amor: no ha desistido de esta idea a pesar de ciertas críticas.

*la justicia es
siempre el primer
paso del amor*

Con relación a los “Ejercicios espirituales”

Se me ha planteado también la cuestión de la relación entre el compromiso social reciente y los rasgos mayores de la espiritualidad - digamos de la espiritualidad de *siempre* - de la Compañía, que recibimos en particular de los *Ejercicios Espirituales*. Sabemos lo presente que estaban en los documentos de la Congregación general 32, que reunía también los elementos esenciales de su mensaje, según el espíritu de los *Ejercicios*: « La

==== EL APOSTOLADO SOCIAL Y SU ESPIRITUALIDAD ====

promoción de la justicia, la presentación de nuestra fe y la marcha hacia el encuentro personal con Cristo constituyen [los tres juntos] dimensiones constantes de todo nuestro apostolado » (n. 51).

En sus cartas y conferencias sobre la espiritualidad de la Compañía, el padre Arrupe quiso, ciertamente, mantener esta profunda orientación, en contra de todas las tendencias de secularización que se manifestaron a veces; lo hizo en particular en su carta « Para una integración auténtica de la vida espiritual y del apostolado » en 1976, su Oración a Jesucristo, nuestro modelo (« He descubierto que el ideal de *nuestro* modo de proceder era *tu* modo de proceder, etc... » en 1979) y sus conferencias « La inspiración trinitaria del carisma ignaciano » y « Radicados y fundados en la caridad », de 1980 y 1981.

La referencia más frecuente que los jesuitas han hecho en el período reciente al texto mismo de los *Ejercicios* para inspirar su compromiso, sobre todo de apostolado social, ha sido sin duda la referencia a la contemplación de la Encarnación. Menos frecuentemente al Reino o a las Dos Banderas (al « programa » del Señor). Ciertamente, a veces ha habido referencias, en esta contemplación, a la humanidad antes de la Encarnación, en un sentido un poco llano, para subrayar solamente la universalidad del interés de Dios para con los hombres. Los jesuitas a menudo han ido bastante más lejos, insistiendo sobre todo en lo que hay de miseria y de violencia en el mundo según los términos de Ignacio: hombres « en guerra », gente « que llora », « enfermos », hombres « que mueren », al lado de otros que están en paz, que tienen salud o que tienen toda la vida por delante (contraste éste que forma parte del cuadro). Hombres « ciegos » por un lado, y hombres que « golpean » a su prójimo, que « matan », yendo así « al infierno ». Estamos llamados a estar al lado de estos hombres – lo mismo que el Verbo – : y en esto consiste el apostolado social, en el sentido amplio del término; o la llamada al apostolado social forma parte, evidentemente, de todo aquello a lo que nos llaman estas situaciones de los hombres.

La respuesta es « el amor », según san Ignacio en su Contemplación para alcanzar amor: amor « efectivo », amor « que actúa », amor « comunicación recíproca », en la base de todo apostolado social, precisamente. Pienso que estos rasgos han estado realmente presentes en la espiritualidad del apostolado social jesuita desde 1975.

Etapas

¿Hemos conocido, luego, etapas sucesivas y diversas desde el gran despertar de la Congregación 32? Me parece que a partir de un determinado momento se ha dado demasiada importancia a la diferenciación o distinción entre apostolado espiritual y social como « sectores » de apostolado – y tal jesuita forma parte del uno y no del otro, o se da al primero, y no al segundo al mismo tiempo, o entonces al segundo pero no o poco al primero. En esto juega también, seguramente, una cierta exigencia de especialización, exigencia presente también antes de la Congregación General 32, pero en aquel entonces se distinguía más bien una especialización del apostolado de la educación y una especialización del apostolado social, y menos frecuentemente se aislaba un sector del apostolado espiritual, excepto cuando se pensaba en las casas de espiritualidad (y a algunos acompañamientos, de seminarios, por ejemplo por padres espirituales).

Es cierto que siempre ha habido algunas tensiones entre el aspecto espiritual y el aspecto social del apostolado - por muy evangélicas que sean las fuentes jesuitas del apostolado social. En un pequeño escrito autobiográfico, hace cinco años, decía lo siguiente sobre mi recorrido: « Me he interrogado sobre el sentido del apostolado social, del estudio de las cuestiones sociales en particular. Sobre todo en 1965-66. El Concilio, que nos había inspirado, interrogado, casi podríamos decir desestabilizado, acababa de terminarse. No nos dejaba tranquilos. [En su espíritu], lo esencial de un apostolado social, bajo diversas modalidades, me parecía consistir en ayudar al prójimo en sus relaciones, también las institucionales, con sus hermanos, ayudar a todos los hombres a vivir entre ellos como hermanos, hermanos de Jesucristo [...] Ciertas formas del apostolado social que no ponen directamente en contacto con los hombres, que los ayudan indirectamente (por ejemplo buscando 'modelos' de sociedad) pueden plantear problemas. Comunicar de persona a persona, en la 'conversación', un término que me parece tan esencial en san Ignacio, está realmente en el centro, lo demás es 'indirecto'. Y continuaba diciendo: « Este indirecto es muy necesario, y nunca he podido escapar de esta conclusión cada vez que he vuelto a interrogarme ». Y añadía « hay una cierta ilusión en la idea de comunicación inmediata, nadie debe pretender encerrarse en ella »². He reflexionado a menudo y mucho sobre todo esto, y ciertamente nunca la cosa es sencilla.

==== EL APOSTOLADO SOCIAL Y SU ESPIRITUALIDAD ====

En un sentido similar está la oposición que se ha podido hacer y que se sigue haciendo entre la necesidad « espiritual », el hambre espiritual del mundo, y la necesidad « material » o social, importante pero no primaria, excepto en casos extremos. Ciertamente somos más sensibles a esta oposición, después de no haberlo sido por un cierto tiempo. Existe, claro está, este « caso extremo »... del que siempre es difícil deshacerse. Pero en muchas situaciones la decisión no es fácil. Y la Compañía vive siempre, yo diría necesariamente, estas tensiones.

Diversas formas, diversos problemas

Si se toma el término apostolado social en sentido amplio para incluir en ello actividades de compromiso directo, de *advocacy* (defensa de los que sufren), de organización de grupos de resistencia o de lucha por la justicia, y actividades de investigación, de enseñanza, de formación de líderes, no podemos menos que constatar las grandes diferencias en las dificultades que se presentan a gente comprometida en unas y otras actividades. A propósito de las primeras de estas actividades han despertado inquietud ejemplos de aquellas

amor « efectivo », amor « que actúa », amor « comunicación recíproca », en la base de todo apostolado social

que llevaban a una « politización », tomando el término en su sentido peyorativo de invasión de una personalidad por la preocupación por los medios más que por los fines, o de invasión de la ideología que puede, a menudo, caracterizar la acción de tipo político. Sobre todo hacia el final de los años sesenta, en varias regiones del mundo, se ha constatado el fenómeno del « *burn out* », situación de agotamiento (físico y psíquico) y de vacío espiritual, que puede llevar como consecuencia a una entrega, sin tomar ni distancia ni reposo. Se quema la vela por arriba y por abajo y uno se encuentra pronto sin recursos. Esto no ocurre sólo en el apostolado social, pero en él se ha observado particularmente este peligro.

En la parte más intelectual de este apostolado, se encuentran más bien problemas de cualquier apostolado intelectual, principalmente de

investigación, sobre los cuales ya el padre Arrupe llamaba la atención: distancia, sobre todo, con la experiencia cercana y concreta, y satisfacción del dominio intelectual de las cosas, pretensión, por lo tanto.

Es preciso tener en cuenta que la investigación ha cambiado mucho de naturaleza en el apostolado social. Hubo un tiempo – en la posguerra y en el tiempo de la primera problemática del « desarrollo » como también de la « revolución » – en el que uno se sentía capaz de ofrecer planos completos para la reforma o la transformación de « la sociedad ». El avanzar de la complejidad de las realidades sociales invita hoy en general a una mayor moderación... pero al mismo tiempo uno se siente menos estimulado... Y es posible que la aportación creadora a un pensamiento social cristiano haya disminuido de parte de los jesuitas. El apostolado social está centrado más en la participación en la experiencia vivida, y en el acompañamiento de las personas en sus situaciones sin pretender tanto transformar las situaciones mismas. Ha menguado la ilusión, pero al mismo tiempo hay que observar que ha menguado también la presencia en las propuestas que afectan las estructuras de la sociedad.

Los « centros » del tipo del Centro de Investigación y Acción Social, o CIAS, en castellano, han sufrido a veces y además por una separación o distancia con relación al resto de las provincias a las que pertenecían, mientras que tenían que desempeñar en las mismas un papel de animación. El padre Kolvenbach ha recordado hace poco este tipo de dificultades y ha pedido, con insistencia, no ceder a ellas.

El problema más importante

Observando el apostolado social en la Compañía en un arco de tiempo de casi cincuenta años, podemos concluir que no tiene nada de un largo curso tranquilo. Por el contrario, para la Compañía se trata de una empresa difícil al mismo tiempo que esencial. En el período reciente se han señalado a menudo fracasos y retrocesos. Los textos publicados recientemente en *Promotio Iustitiae* dan prueba de ello, lo mismo que los comentarios hechos por el padre general Peter Hans Kolvenbach en varios encuentros, de Provinciales, Procuradores o Coordinadores del apostolado social. En muchas regiones nos afecta el escaso número de vocaciones, y fuerte es su incidencia sobre el apostolado social. Se padece, asimismo, el

efecto de las tendencias pastorales dominantes en la Iglesia contemporánea, en absoluto favorable a veces, hay que reconocerlo, al apostolado social en el sentido fuerte del término.

Sin embargo en mi opinión el problema más importante es, y sigue siendo, un problema de integración, en el sentido más fuerte de dicho término. Es preciso evitar una concepción que hace de lo social una dimensión solamente *ética* del cristianismo, algo lateral pues, « deducido » de lo esencial, por muy importante que sea: si se sigue esta dirección, no se convence nunca del todo, y uno llega a « cansarse », a desgastarse. Por el contrario, hay que tender a hacer de lo social una dimensión teológica, una dimensión *de la fe misma* como compromiso ante Dios del que el prójimo no está separado – « de poco inferior a un dios », ese hombre, ese hermano, ¡según el Salmo! Entonces es posible distinguir prácticamente un apostolado espiritual y un apostolado social como especializaciones (relativas) diversas, entendiendo lo social como « espiritual » en el sentido de que al entregarnos al prójimo es a Dios a quien nos entregamos – y no hay verdadero don a Dios (« a quien no ves ») sin don al prójimo (« a quien ves »). La ética está de moda, pero no siempre se la entiende como dimensión de la fe, y en este caso nunca hay que contentarse del punto de vista solamente ético.

Es evidente que la exigencia de integración que aquí subrayo repercute también en el apostolado « espiritual », que tiene que conllevar la dimensión « social », intrínsecamente unida y siempre presente, porque el hombre *es* social – el apostolado espiritual en el sentido corriente no conlleva siempre esta dimensión. ¡Qué de invitaciones, pues, a intercambiar cada vez más y en profundidad en esta Compañía entre « compañeros »!

¹ «Notre mission veut que nous introduisions à l'amour du Père, et, par lui, inséparablement à l'amour du prochain et à la justice » (ibid).

² Jean-Yves Calvez, *Compagnon de Jésus. Un itinéraire*, Desclée de Brouwer, 2000, p. 29-30.

NARRATIVAS

El compromiso social y la experiencia de fe

MI EXPERIENCIA EN EL APOSTOLADO SOCIAL

Álvaro Alemany

Presentación biográfica y jesuítica

Nací en Zaragoza, España, en 1947, en el seno de una familia de clase media, con una religiosidad tradicional, que impregnaba con naturalidad la vida. Mi padre, médico, dedicaba muchas horas a los demás dentro y fuera de su labor profesional, a través de Acción Católica y las Conferencias de S.Vicente Paúl. Los cuatro hijos varones fuimos educados en el Colegio de la Compañía de Jesús. Desde que el mayor decidió ingresar en el Noviciado, los siguientes tuvimos también como horizonte ser jesuitas y, uno tras otro, lo fuimos asumiendo como vocación propia, pese al quebranto que cada separación provocaba en la salud de nuestra madre.

Yo, el último, ingresé en el Noviciado de Veruela en 1964. Estudié 1 año de Humanidades (Juniorado) en Salamanca y 2 años de Filosofía en Pullach (Munich, Alemania), destinado ya a prepararme en una especialidad científica. Cursé Ciencias Matemáticas en la Universidad de Zaragoza y, antes del último curso, me incorporé en 1973 a la Comunidad jesuita del barrio del Picarral (un suburbio obrero de Zaragoza), a la que pertenezco desde entonces: un equipo de “Misión Obrera”, donde varios compañeros se han dedicado al trabajo manual asalariado y otros al encargo de trabajar pastoralmente en la Parroquia de N^a S^a de Belén. Por mi parte, trabajé como profesor de Matemáticas durante 25 años en un Colegio de religiosos escolapios del mismo barrio.

Sin dejar este trabajo fui haciendo desde el barrio mis estudios de teología a distancia en la Universidad de Comillas. Recibí la ordenación sacerdotal en 1978. He colaborado en la Parroquia, 13 años en una primera etapa como párroco. En mi trabajo asumí la representación sindical y en el barrio he participado activamente en la Asociación de

MI EXPERIENCIA EN EL APOSTOLADO SOCIAL

Vecinos. Desde 1999 dejé el trabajo escolar para incorporarme al equipo jesuita del Centro Pignatelli, con una larga historia al servicio del vínculo fe-cultura-justicia. Desde otoño 2004 vuelvo a dedicarme principalmente a la Parroquia.

He participado en múltiples encuentros de Acción Social y de Misión Obrera española y europea. En 1992-99 fui coordinador de Acción Social de mi Provincia (Aragón) y he coordinado también durante 8 años la comisión interprovincial de Acción Social de las Provincias españolas, tomando parte intensa en la “Iniciativa” del Apostolado Social SJ y en el Congreso de Nápoles (1997).

Algunas experiencias Los primeros impactos

Tuvo que ser en Alemania, estudiando filosofía, donde descubrí vitalmente al mundo obrero español, representado allí por tantos emigrantes gallegos y andaluces (además de los turcos, yugoslavos, etc.) que trabajaban en condiciones infrahumanas, lejos de sus familias, y sostenían el despliegue económico español con sus remesas de dinero. Aprendí con ellos a “aplicar sentidos” a la cara oculta de la realidad y a indagar las causas estructurales de las desigualdades sociales. También recibí el impacto testimonial de un cristianismo vivido hasta sus últimas consecuencias: por ejemplo, la figura de Marcelino, un sacerdote diocesano español, intelectual y místico, que vivía en los barracones obreros, sin dejar de hacer su tesis doctoral.

Al volver a España para estudiar matemáticas (1969-74), la Universidad del último período franquista estaba en pleno hervor político. Vivíamos con igual intensidad la cultura científica, las luchas estudiantiles y obreras, las relaciones personales sin barreras y la necesidad de cultivar cristianamente el compromiso por una sociedad más justa como signo y anticipo del Reino prometido. Se me tambalearon muchas actitudes vitales y rutinas ideológicas, pero así descubrí que las crisis no son necesariamente negativas. Aprendí a valorar la autonomía de lo humano (sin envoltura religiosa) como don del Dios de quien viene todo. La llamada a una mayor radicalidad brotaba a la vez de las circunstancias externas y de la maduración interna y nos llevó (como a otros muchos amigos de aquella época, cristianos o no) a una opción de vida y acción con los pobres, en un barrio popular.

Buscábamos un “más” (*magis*) que ha resistido el desgaste del tiempo y de las propias incoherencias.

Lo político

Ya en el Picarral viví más de cerca la importancia y las limitaciones de la lucha política para cambiar las estructuras de la sociedad. El contacto con líderes populares me llenó de profunda admiración por su capacidad de entrega. Pero la diversidad de estrategias políticas para conseguir derechos humanos mínimos y, luego, los defectos de la soñada democracia naciente hicieron patente la resistencia estructural del sistema a un cambio radical y la necesidad de transformaciones de largo plazo. Más que opciones políticas concretas, he vivido la acción política de base a través del movimiento sindical y ciudadano (asociaciones de barrios). Ahí he sentido también que las tentaciones del dominio, el lucro individual, el afán de consideración, atraviesan cualquier ámbito humano; los cambios de mentalidad son lentos y requieren un trabajo cultural. Nosotros, como cristianos y jesuitas, nos vemos remitidos continuamente a la adhesión personal al Jesús pobre y humilde para no convertir también nuestro servicio pastoral y social en fuente de supremacía.

*nos vemos remitidos
continuamente a la adhesión
personal al Jesús pobre y
humilde para no convertir
también nuestro servicio
pastoral y social en fuente de
supremacía*

La exclusión

El desarrollo económico y la modernización del país, facilitados por el sistema democrático y la integración en Europa, han llevado también consigo para ciertos colectivos humanos la expulsión oculta de los beneficios del bienestar. He experimentado de cerca en la gente con quien comparto mi vida la culpabilización de los parados de larga duración, la soledad de los prejubilados por la reconversión industrial, la esclavitud y el dolor

MI EXPERIENCIA EN EL APOSTOLADO SOCIAL

producido por la difusión de la droga, la explotación descarada de los empleos juveniles precarios, las dificultades de los ancianos con una pensión mínima y graves impedimentos físicos...; en los últimos tiempos también el aumento de inmigrantes que viven y trabajan en condiciones penosas, sin derechos, como aquellos emigrantes españoles de mis años jóvenes. Siempre la opción de nuestra comunidad SJ ha sido no crear proyectos sociales propios, sino integrarnos en los que van surgiendo de las asociaciones del barrio. Varios de mis compañeros trabajan intensamente en Centros de inserción sociolaboral para jóvenes descolgados del sistema escolar; yo he aprovechado mi formación matemática para colaborar en un Centro de Educación de Adultos donde muchas personas, en su gran mayoría mujeres, han conquistado las herramientas culturales para no sentirse minusvaloradas en esta sociedad. Así experimentamos como comunidad SJ el contacto con los márgenes reales de nuestra sociedad, que nos sacude permanentemente, aunque no sepamos encontrar respuestas adecuadas.

Cultivar lo espiritual

Entre las redes de gente trabajando en circunstancias y con opciones similares, quienes compartíamos la fe fuimos evolucionando de un activismo a veces excesivo a la necesidad de sostener y alimentar también la experiencia de fe subyacente a nuestra dedicación social. Por supuesto eso ha llevado a soportes comunitarios fuertes (comunidades de base) y a revitalizar por nuevos cauces nuestra pertenencia eclesial. Pero también hemos experimentado la fuerte ayuda que supone para este tipo de personas los Ejercicios Espirituales en la vida ordinaria y otros recursos de la espiritualidad ignaciana. Actualmente trabajo en equipo con una religiosa, un exjesuita y 6 laicos casados (la mayoría mujeres).

Cuando en 1989 fui invitado por el P. Provincial de España a encargarme de la faceta social en la Comisión que preparaba el año ignaciano (1991), se percibían como ámbitos alejados la dedicación a la espiritualidad ignaciana y la inserción social. Para mí, sin embargo, había una enorme experiencia espiritual acumulada en muchos compañeros (y también en grupos muy audaces de religiosas) vinculados a Misión Obrera, a parroquias populares, al trabajo en la marginación... Poco a poco toda esa experiencia empezó a salir a la luz en charlas y publicaciones muy difundidas; el volumen que editamos entonces (nº 4 de la colección ignaciana "Manresa") fue una

contribución más para subrayar la estrecha vinculación, que tantas personas hemos sentido, entre la espiritualidad ignaciana y el compromiso por la justicia, refrendada luego por la C.G.34 (d.2,nº8).

La muerte

En esta larga historia en el Picarral, he vivido juntamente con mis compañeros y con la gente, momentos muy intensos, de fiesta y de duelo, de entusiasmo y de fracaso, de logros y retrocesos. De ellos aprendo a no dejarme seducir por la eficacia inmediata, por la confianza en mis (nuestras) solas capacidades.

Pero quisiera referirme sobre todo al reto continuo que nos plantea la experiencia humana de la muerte. No me parece que en el apostolado social debamos relegarla al ámbito de lo meramente individual o interior. De hecho sufrimos continuamente su presencia en forma de declive o ruptura de proyectos colectivos que merecían la pena, donde habíamos puesto mucho cariño y entusiasmo. La sentimos repentinamente en forma de accidentes laborales (o de tráfico), a veces de hondo dramatismo, que afectan a la gente cercana y donde incluso nos invitan a decir una palabra de consuelo. La escuchamos como grito desgarrado cuando arrebatada la vida de un niño o de un joven. La vivimos como decrepitud, enfermedad o muerte en uno mismo o en los compañeros cercanos, en nuestros amigos más íntimos, en la gente que constituían piezas clave para nuestras plataformas sociales. Una y otra vez volvemos a sentir, en la realidad misma, “cómo la Divinidad se esconde”. Y somos remitidos a poner nuestra confianza última en “el oficio de consolar que Cristo nuestro Señor trae” para toda la realidad humana.

Estos días pongo un nombre concreto a estas vivencias que intento resumir: el de Julia, una amiga viuda, sin estudios y con una pensión escasa, con una historia de sencilla y total entrega a los demás, que en su reducida vivienda afronta un tratamiento de quimioterapia con la misma frase que en otras circunstancias duras de su vida me ha repetido: “La fe me da fuerza para sobrellevarlo”.

MI EXPERIENCIA EN EL APOSTOLADO SOCIAL

“Vivir-con”

En definitiva, releo mi historia desde la gratitud por el privilegio de hacer vida, en muy diversas formas, con multitud de amigos y amigas, sobre todo de la gente sencilla de mi barrio y de otros ámbitos similares. En ese “estar-con”, haciendo camino juntos, descubro sin duda una presencia privilegiada del Espíritu, que sopla donde quiere y que sigue actuando en esta realidad nuestra. A través de ellos he aprendido a sanar mis voluntarismos y perfeccionismos de siempre, para abrirme más a lo que se me va dando desde la propia realidad que me toca vivir.

EN CAMINO HACIA EL HOGAR

ENCARNARSE EN MEDIO DE LA RESURRECCION

Christian Herwartz

A causa del frecuente cambio de vivienda he vivido frecuentemente la extranjería y la separación pero también el hogar de la familia peregrinante y también en la Iglesia. Estos desarraigos y el fracaso escolar ocurrió - por suerte nuestra - en medio de un pueblo dolorosamente desarraigado y dividido. La historia del nacionalsocialismo en Alemania, que llevó a la Segunda Guerra mundial, estuvo muy presente con su racismo hasta bien dentro de la misma Iglesia. Este dolor de la separación ha movilizado la búsqueda y la defensa. Ahí pude descubrir la solidaridad compartida con gentes sin techo y el hambre por una comunidad religiosa y de actividad misionera en un contexto mundial. En un gran astillero comencé yo a adquirir una formación en ingeniería mecánica. Había mucho que aprender. El 24 de diciembre de 1960 trabajamos sólo a media jornada. Luego, cuando fuimos del astillero a casa, me di cuenta de que casi todos mis compañeros estaban borrachos. Yo estaba perplejo. Y me di cuenta de que la Noche Buena, la fiesta de la encarnación de Dios, para muchos hombres era un tiempo de excesos, de insatisfacción, de soledad o incluso de suicidio. Mi pena por la cerrazón y reserva ideológica y práctica se hizo mayor. ¿Por qué no vivían más hombres su fe de manera ostensible? ¿Por qué no protestaban contra la injusticia, aunque eso trajera consigo la prisión? ¿Por qué eran tan pocos los cristianos encarcelados en la parte occidental de nuestra patria? En la parte Este, el gobierno había proclamado y combatido la fe en Dios como una disonancia con su ideología.

Formación en la Compañía de Jesús

A los 25 años entré con mi hambre de compañía y solidaridad en la Compañía de Jesús. La historia de la separación también se sintió allí. Por suerte, hubo experiencias opuestas de amistad y acogida entre los hermanos jesuitas.

Una de ellas eran mis encuentros con Michael Walzer, compañero de estudios en Munich. Él se había dado cuenta pronto, cómo los niños tras cuatro años de escuela, eran separados para seguir su camino en diferentes clases sociales. En el camino hacia las escuelas en el tranvía se sentaban unos delante, los otros detrás. Ahora tenían distintos temas de conversación y distintos comportamientos. Michael se había comprometido en los encuentros germano-franceses, es decir en la reconciliación de los viejos contendientes. En un paseo, dijo él de repente: ?Tras el estudio de Filosofía

*Jesús vive entre
nosotros en el
puesto de trabajo*

iría con gusto a trabajar por dos años en una fábrica y acabar con nuestras divergencias. ¿Quieres venir conmigo? Aún hoy sigo admirado de mi espontáneo SÍ, que decidió toda mi vida ulterior. Pronto emprendimos algo para hacer realidad nuestro plan. Pero fracasó al primer intento y tuvimos que seguir caminos diferentes hacia distintos destinos. Pero siete años más tarde comenzamos con el trabajo en fábrica en Berlín y fundamos en 1978 una pequeña comunidad de

jesuitas en la que vivo hasta ahora. Michael murió hace casi veinte años de un tumor cerebral.

En el estudio de teología en Frankfurt fui magníficamente recibido por estudiantes extranjeros. Se encontraban regularmente en la Facultad y cocinaban con sus variadas motivaciones culturales. Yo era el único alemán entre ellos y no necesitaba cocinar. La cocina local era su costumbre. Esos encuentros me dieron ánimos. A través de ellos descubrí a los trabajadores extranjeros en Alemania. Como asalariado, trabajaba yo de manera regular durante los estudios en una empresa de mudanzas y me juntaba con muchos hombres que tenían tras sí penas de cárcel. También busqué reuniones con jóvenes. Pero los viajes al trabajo resultaron ser los tiempos en que con más provecho leía la Biblia. Esta experiencia me enseñó el camino ulterior.

Tras del estudio, que fue para mí un entrenamiento especial para aprender a escuchar, fui para tres años a Francia para aprender entre

hermanos que estaban reunidos en el grupo Misión Jesuítica Obrera. Ahora el motivo de mi búsqueda se precisó más: Jesús vive entre nosotros en el puesto de trabajo, en medio de nuestros esfuerzos y del desprecio explícito de nosotros trabajadores. ¿Cómo puedo yo descubrirlo y dirigirme mejor a Él? ¿Cómo podemos nosotros aprender la convivencia con Él poco a poco? ¿Cómo puedo yo participar con otros en Alemania como trabajador en la vida de fe dentro de una Iglesia decididamente extranjera?

Viajé a Francia sin conocimientos lingüísticos y, sin embargo, pronto encontré trabajo en Toulouse. Mis compañeros que me habían invitado también habían trabajado en el extranjero y conocían las innumerables molestias de la incompreensión del lenguaje y de la cultura. Entre ellos encontré especialmente como mi patria a la Compañía de Jesús. El trabajo de la misión del trabajo en Francia, España, Italia, Bélgica se convirtió en mi hogar. Con ese trasfondo pude más tarde superar mejor los tiempos de rechazo.

Pero en Francia se me otorgó una segunda afiliación. En una gran fiesta de trabajadores extranjeros me dí cuenta de lo siguiente: yo pertenezco a este pueblo de extranjeros en medio del pueblo de mis compañeros de religión franceses, a quienes tanto estimo. Ya no podía yo comprometerme - como asesor - en favor de extranjeros, en favor de colegas hombres y mujeres, sino como uno de ellos que forma parte del grupo. También me descubrí más tarde con mis paisanos alemanes, como extranjero.

Trabajo de fábrica y fundación de una nueva comunidad en Berlín-Kreuzberg

Al regresar a Alemania, tenía yo 35 años y había aprendido que la búsqueda de la fraternidad con Jesús lleva más allá de las fronteras. La fe desarraiga y permanece con frecuencia bastante viva en la increencia frente a viejas concepciones sociales y religiosas. Frente a una conducta aparentemente inusual, advertía yo por otra parte, cómo la identidad de jesuita había madurado y p. ej. el relato del peregrino de Ignacio se manifestaba constantemente. Esto me daba una tranquilidad interna. Comenzamos a recorrer en Berlín-Kreuzberg con nuestra pequeña comunidad jesuítica un camino desconocido antes en Alemania. Lo nuevo muchas veces se ve cubierto de sospechas, incluso porque frecuentemente

sólo puede fundamentarse conceptualmente y no basándose en la experiencia.

Frecuentemente hemos esperado en las plazas del mercado (Mt 20,3) de Berlín para ver dónde se abría una puerta y se nos invitaba: en el mercado de trabajo, en los focos sociales más candentes, cárceles, viviendas sociales. Especialmente provocativo, en el extranjero alemán, era una calle más allá. Berlín fue dividido por un muro estrictamente vigilado. Una cultura diferente había surgido al otro lado de la frontera y allí el lenguaje se había modificado. Pese a las dificultades volvimos a nuestro trabajo de allá porque los amigos que habíamos encontrado no podían devolvernos la visita. Ellos nos hicieron conocer un importante aspecto de nuestra sociedad capitalista. Después de algún tiempo volví a este otro mundo de mis sentimientos al hogar y logré entender allí mejor el lenguaje. Como no había teléfonos y el traspaso de la frontera no podía llamar demasiado la atención de las autoridades, debíamos frecuentemente esperar en la calle, hasta que llegaba alguno de los amigos. El tiempo siempre se hacía corto. La espera - hoy diría yo mejor: la plegaria - era parte de este tiempo rico en este extranjero tan cercano.

En nuestro distrito urbano de Kreuzberg viven muchas personas de origen turco. Ayudan a mantener viva en mí, mi lado extranjero. Esta tendencia la apoyó también un viaje a Turquía, en el que aprendimos a estimar más la cultura de nuestros vecinos.

El lugar decisivo de aprendizaje era sin embargo el puesto de trabajo. Mucho aprendí en mi oficio como tornero y más tarde como trabajador en el almacén y descubrí también las posibles relaciones y formas de comunicación en el trabajo a destajo. Mis colegas partieron conmigo el pan en medio de la basura en el lugar del trabajo. Al cabo de tres años en un conflicto con el maestro tomé la palabra en nombre de todos. Esta fue para mí una experiencia decisiva, del sentimiento colectivo y de hablar en su nombre. Más tarde hablé en grandes asambleas y en el Parlamento del sindicato y recibí parabienes o desaprobación. ¡Con qué rapidez se le eleva a uno del suelo y se le coloca en un pedestal! ¿No tienes miedo de quedarte sin trabajo?, me decían con frecuencia. Tras esas intervenciones públicas era importante, trabajar en silencio unos días, sin decir palabra, para soportar en mi persona la extrañeza surgida en torno a mí. Con gran disgusto de mis colegas debía, por eso, rechazar los cargos que se me encomendaban en nuestras organizaciones, que sin embargo son necesarias para sobrevivir

en el mundo del trabajo democrático-hostil que a veces muestra estructuras carcelarias.

Una vida intercultural

Una y otra vez, nos identificábamos los jesuitas con diversas culturas urbanas y veíamos desgarrada nuestra identidad. Diariamente la intercambiábamos, hablábamos, sentíamos, reaccionábamos con vocabularios y gestos diversos. Pero ¿desempeñábamos solamente distintos papeles? Esa cuestión me roía la mente. Pero fui lentamente descubriendo mi identidad en traspasar los puentes de las culturas opuestas en lo eclesial, social y político y vivir toda afiliación mía como peregrino sin desprecio de las ótras. La soledad de caminar a solas por los estrechos puentes sociales, a través de los muros de Berlín o de las prisiones, siguió en pie. Pero se compensó con la alegría de los reencuentros y nuevos conocimientos del otro lado.

Pasados dos años creció la población de nuestro piso, pese a que no residíamos en él más que los dos jesuitas. Llamaron a nuestra puerta gentes sin domicilio fijo. Situaciones muy diversas les habían llevado a esa situación. Muchos no tenían trabajo, o acababan de salir de la cárcel o del hospital o tenían problemas de adicción, o estaban enfermos - muchos eran prófugos de Alemania para la otra Alemania. Frecuentemente faltaban papeles para la burocracia. Nuestra pequeña comunidad se convirtió en un albergue. Muchos permanecieron con nosotros un par de días, otros muchos años. Al inicio solo los veía con una necesidad particular y no preguntaba más. Pero un día fui convocado a un encuentro internacional con jesuitas, que conviven con musulmanes. Entonces se me abrieron los ojos, dándome cuenta de lo unidimensional que era mi mirada hacia mis vecinos. Eran personas que arrastraban problemas que yo no tengo. Las correctas descripciones, de sus situaciones les segregaban. Ahora podían llegar a ser profesores y profesoras, con sus experiencias, culturas y religiones. Estas personas de más de 50 naciones, con quienes en esos años había dormido en un hogar, nos enseñaban hospitalidad, en la que podíamos descubrir su humanidad y su fe religiosa. El lado doloroso de su situación no se podía dejar de ver. Al cabo de algún tiempo sentimos también nosotros

*Jesús vive entre
nosotros en el puesto
de trabajo*

sus sufrimientos. Pero hoy nos regocijamos con ellos leyendo la Biblia, el Corán y descubriendo con ellos lo común que tenemos y que nos hace humanos. Es un regalo, abandonarme cada tarde al sueño entre ellos en esta concreta comunidad cosmopolita. La oración interreligiosa aquí nacida ha tomado también para mí una expresión pública cosmopolita. Con amigos nos encontramos una vez al mes en una de las plazas de Berlín para pedir por la paz.

La vida no es acotable ni se la puede ordenar por principios

Hace más de 25 años que me he hecho sedentario, para poder trabar relaciones personales a largo plazo en el trabajo. Constantemente puedo franquear nuevas fronteras y encontrar así la dignidad divina y la propia dignidad humana. Dios se ha hecho hombre con nosotros y ha traspasado en Jesús fronteras sociales y religiosas. Relegado al último rango fue ejecutado porque su vida transgresora de fronteras, sentarse a la mesa con publicanos y pecadores ponía en peligro a los poderosos. También nuestras normas son puestas en peligro por su comportamiento. Nosotros podemos comer y festejar con muchos hombres no bien vistos. Pero también advertimos que también nosotros excluimos personas. Esto ocurre muchas veces forzosamente en la defensa de un compromiso o de un lugar donde pueden reunirse los hombres. En medio de esa ansiedad advierto: Jesús no fue ni es un funcionario que debiera proteger una institución; Jesús prefiere ser excluido que admitido bajo nuestras condiciones. En situaciones de decisión, busco como los hombres son afectados por esa decisión. Incluso cuando esto significa una separación: el Cristo presente y resucitado acompañará a la persona no deseada y yo también puedo esperar nuevas relaciones con ese hombre. Esto ha sucedido a veces de manera maravillosa. En el Evangelio leemos, cómo Jesús camina sobre las aguas y, ya resucitado, a través de las paredes. Cuando totalmente sorprendido, al cabo de larga espera, advierto que Jesús durante mucho tiempo nos ha acogido consigo por este camino, comienzo a sospechar, lo que es vivir aquí con Él en la resurrección.

Virvir en la presencia del resucitado y descubrir su espera

Desde hace algunos años, invitamos en nuestro distrito de la ciudad y también en otras ciudades a practicar los ejercicios en la calle (Anuario de la Compañía de Jesús, 2002). Los participantes, ellos y ellas, viven en un refugio provisional y van a la ciudad con la pregunta: ¿Dónde quiere Dios encontrarme? ¿Dónde me espera Dios?

Con una introducción a la oración (Principio y Fundamento) comienzan los Ejercicios Espirituales. Partiendo de las preocupaciones o de las angustias de las ejercitantes, les preguntamos por sus ansiedades y por el nombre de Dios más familiar para las ejercitantes. Invitamos a invocar a Dios con el nombre de Dios que cada uno ha encontrado - p. e. "Tú que me miras amablemente" - y les invitamos a conversar con Él. Dos días después les relatamos la historia de Moisés en que mientras trabaja pastoreando ovejas descubre una zarza que arde pero no se consume. Moisés trata de acercarse a la visión de amor y la voz le pide que se descalce. Él debe pisar terreno firme y acercarse sin temor a Dios rechazando todas las tentaciones de temor o de soberbia. Luego se incorpora otra vez a su pueblo y oye el nombre de Dios, siempre presente, y recibe el encargo de servir a la liberación y adoración de su pueblo. Esta historia del libro del Éxodo (Cap. 3) la oyen los ejercitantes como instrucción para dejarse llevar desde su interior por la oración y caminar hasta donde Dios les espera. Allí es una gran ayuda, desnudar al menos el corazón de sus revestimientos y escuchar. Quizá así llegan los Ejercitantes a lugares en torno a los cuales dieron vueltas antes, contemplan la situación, descubren la presencia de Dios y descalzan sus pies por respeto a los hombres allí presentes y a sí mismos. Allí pueden - por ese camino de la pobreza que Jesús celebró (Mt 5,3) - abandonar algunas cegueras dolorosas y se hará luz en su vida. Al atardecer se reúnen los participantes en dos grupos como máximo y relatan sus búsquedas y hallazgos. Siempre acompaña una persona guía-espiritual a los pequeños grupos. En los 10 días de los Ejercicios Espirituales se instala en los grupos un silencio, que no es ningún silencio extraño. Aprenden a escuchar lo que les dirán otros participantes o personas en la calle, en una mezquita, o en la oficina de trabajo De ese modo pueden tomar parte en los Ejercicios personas a quienes de otra forma les sería imposible, porque el silencio les sería impracticable o les molestarían otros. La apertura a tantos hombres en esta forma de búsqueda religiosa que rebasa fronteras

EN CAMINO HACIA EL HOGAR

es para mí, la gran alegría en los Ejercicios. “Los ejercicios son el negocio de Dios” como lo expresa una de las participantes. El “Jefe”, Dios mismo. El dirige lo que acontece en los Ejercitantes y se les muestra siempre de una nueva manera.

FE QUE LLEVA A LA JUSTICIA JUSTICIA QUE CONDUCE A DIOS

Michael Bingham

CARACTERISTICAS DE UNA ESPIRITUALIDAD NACIDA DE UN ENCUENTRO Y EXPERIENCIA CON LOS POBRES Y DE LA LUCHA POR LA JUSTICIA.

¿Cómo el encuentro con los pobres y el servicio de la justicia, desde la perspectiva de la espiritualidad ignaciana, ha ayudado a que crezca nuestra misión?

¿Cómo tenemos que construir el puente que enlaza la pasión por la humanidad con Dios— la experiencia que San Ignacio presenta de forma sintética como ser contemplativos en la acción “bajo la bandera del Rey Eterno”?

Introducción biográfica

Yo nací en Inglaterra en 1941, de padre protestante, de Irlanda del Norte, y de madre católica, de Londres. Fui enviado a un internado de jesuitas, durante diez años, y después entré en el noviciado, en 1959. Siguió la Filosofía y los estudios para el grado en Oxford. Enseñé en un internado jesuita durante tres años, antes de comenzar la Teología en Heythrop College, Londres. La terminé en el Regis College de Toronto, Canadá, para volver a Inglaterra para mi ordenación en 1974.

Después de unos meses para estudiar español en Méjico, pasé a vivir a Medellín, Colombia, mientras estudié en el Instituto Pastoral Latinoamericano unos meses, antes de hacer la tercera probación con Miguel Elizondo, en un barrio pobre, en el curso de 1975-6. Permanecí durante tres años allí como miembro del clero parroquial, y después pasé a otra parroquia pobre (de los jesuitas en Cali), dos años. Últimamente trabajé en una parroquia rural, cerca de Barrancabermeja, antes de volver a mi país a finales de 1983

FE QUE LLEVA A LA JUSTICIA

Desde entonces he trabajado en una parroquia jesuita, en el centro de Liverpool, durante catorce años, y en 1990 fui a Irlanda del Norte a unirme a una pequeña comunidad de inserción, en una zona “nacionalista” (católica) de Portadown.

Mi vida en la Compañía y el Apostolado Social

Hasta que no fui a Canadá en 1972, para finalizar la Teología, no me sentí movido a desarrollar mi interés por la justicia social. Primero con un destino pastoral en un Instituto para chicas jóvenes delincuentes, y después, como miembro de una pequeña comunidad, fui capellán de prisiones. En diferentes ocasiones he permanecido en distintas misiones jesuitas con americanos nativos.

En 1975 visité varias comunidades Cristianas de Base, principalmente en Méjico, antes de ir a Medellín, Colombia, para estudiar práctica pastoral en Iberoamérica, siguiendo las directrices de la Conferencia del CELAM 1968. Durante el terceronado allí, atendí a los pobres entre los que vivíamos. Después, en un período corto de 1976, formé parte de los equipos misioneros en la diócesis de Riobamba, Ecuador, fui detenido allí brevemente durante la irrupción de los militares en la Conferencia de los Obispos de Iberoamérica, y expulsado del país.

Hasta 1983 he estado destinado a parroquias pobres en Colombia. Además de mis obligaciones pastorales ordinarias era capellán y coordinador de catequesis en las escuelas Fe y Alegría de Medellín (hasta que fui declarado persona non grata por el Obispo), y en Cali trabajé para mentalizar a algunos grupos de la vecindad. El Centro social jesuita CINEP de Bogotá ofrecía formación y reflexión a aquellos de nosotros que trabajaban en el sector popular pastoral. Antes de abandonar Iberoamérica estuve algunas semanas en Nicaragua, entonces en plena rebelión de los Contra, ayudando en una parroquia de las afueras de Managua.

*a medida que me
adaptaba al ritmo
de vida de los
marginados, me sentía
feliz como nunca*

Durante los siguientes 14 años, a partir de 1984, mi trabajo en una parroquia del centro de Liverpool, Inglaterra notable por el desempleo y viviendas deficientes, era en parte pastoral y en parte desarrollo comunitario. Contribuí a organizar grupos de residentes, juegos para niños y enseñanza para adultos, todo un contexto de buenas relaciones con la iglesia anglicana local. Trabajé algo con drogadictos, mientras que preparaba un master sobre el tema. Durante los años 80s ayudé a promover la solidaridad con América Central, y tomé parte en concentraciones protesta contra la presencia de bases nucleares. Dentro de la Provincia Británica pertenecía al grupo de Apostolado Social, y era miembro de la Comisión de ministerios sociales, y ayudé a organizar dos encuentros del sector norteño de la Misión Obrera.

En Irlanda del Norte, donde estoy desde 1998, mi trabajo está fuertemente influenciado por el tema de la división política y religiosa. Aparte de ayudar en la parroquia y en una prisión cercana, estoy colaborando en la organización de nuestro barrio local, pertenezco actualmente al comité directivo, he apoyado a los que se oponen a las manifestaciones sectarias en la zona. En la ciudad de Portadown pertenezco a un grupo interdenominacional de clero y colaboradores de la Iglesia, dirigido por seglares, que fomenta la reconciliación, y a otro que ofrece su servicio de mediación a las personas y a los grupos que están envueltos en conflictos, teniendo en cuenta el flujo reciente de emigrantes en la zona y el aumento del racismo. También trabajo con la organización "Mediation Northern Ireland", con base en Belfast, que facilita sesiones de formación a grupos sobre el tema de los conflictos. Hace poco terminé mi grado Master en Estudios de Reconciliación, en Belfast, y he hecho dos cursos sobre trauma, suicidio y depresión. También ayudo en el servicio telefónico a los que piensan en suicidarse.

Continúo siendo miembro de la Comisión para los ministerios sociales de mi Provincia, y mantengo lazos con los representantes de la Provincia Irlandesa en este campo, así como con la Misión Obrera. Hace poco he enviado un artículo a la publicación del Centro Fe y Justicia de Dublín, sobre "La Doctrina Social de la Iglesia en Acción".

Ocasiones en las que he experimentado Mociónes del Espíritu

A pesar de una educación convencional, incluso privilegiada, hacia 1968, antes de hacer la teología, surgían en mi conciencia puntos de interés e interrogantes, aparentemente ajenos a la dinámica religiosa o espiritual:

FE QUE LLEVA A LA JUSTICIA

la realidad de las injusticias sociales, la llamada a realizar un cambio radical, la supervivencia de las culturas humanas y de los recursos naturales.

En una visita a la misión jesuita, en el norte de Ontario, todavía recuerdo mi impresión al bajar del tren, en un paisaje helado, un día de Navidad, mi camino hasta el poblado lo hice casi de puntillas a través de la nieve, por miedo a dañar los sentimientos frágiles con mi torpe bagaje mental y cultural.

Al oír las historias de las internas en una cárcel de Toronto, donde era capellán, me encontré a mi mismo contemplando los bajos fondos de la sociedad y descubrí que era muy distinto de lo que hasta entonces había imaginado y sentido. Pienso que desde entonces veo las cosas de manera muy diferente.

En una casa de tercera probación, pequeña, casi sin espacio para vivir, en el “cinturón miserable” de Medellín, luché con las contradicciones y dilemas que nos presentaba al caerme en la cuenta, como desde un paracaídas, en medio de las vidas de vecinos que nos rodeaban.

De nuevo sentí el asombro y las dudas ante sus vidas y costumbres frágiles, perturbadas por nuestra presencia. Nuestra profesión de pobreza, era una burla en medio de ese pueblo humilde, pero digno, porque nosotros éramos, mirase por donde se mirase, “ricos”—en dinero, recursos, poder, influencia, educación y oportunidades—y sin embargo nos sentíamos, al compararnos con ellos, pobres en generosidad, disponibilidad, dependencia de los demás, autenticidad y espontaneidad.

Sacamos la conclusión que adoptar un papel dominante solo conseguiría perpetuar el sentido de impotencia e incompetencia de las gentes. Sentí el deseo de “entregar” o “devolver” el poder y la dignidad a aquellos a quienes con todo derecho pertenecía. Pensamos que el mejor regalo que les podíamos ofrecer era acompañarlos en sus penas y fatigas, sus esperanzas y sus luchas.

el aprender a poner más atención a las necesidades individuales me ha llevado a ser más consciente de los movimientos del espíritu en mi mismo

A medida que me adaptaba al ritmo de vida de los marginados, me sentía feliz como nunca. Allí es donde había una nueva esperanza para un orden mejor en la vida. Aunque los sentidos estaban continuamente heridos por las escenas, los sonidos y los olores propios del detritus de la sociedad, estar allí era ciertamente un privilegio y una bendición.

La sensación de ser parte de una comunidad, de amplitud continental, con fines y compromisos comunes fue para mí una poderosa ayuda y motivación. Había un proyecto claro, político y social, de establecer una sociedad justa, con la cual nos podíamos identificar y en la cual podíamos confiar.

De vuelta a Inglaterra, en una parroquia de desarraigados en el centro de la ciudad de Liverpool, reconocí el mismo mundo de vidas humanas ordinarias, carentes de riqueza, éxitos o medios de fortuna, marcadas aquí por el desempleo, y consideradas inútiles para los proyectos nacionales. Aquí estaban de nuevo los amigos que ya conocí en Iberoamérica, cuya mayor debilidad es su mayor pobreza, y su humanidad su mayor riqueza.

La falta de acceso a la participación social, ya sea en los tugurios de Medellín o en el centro de Liverpool, genera características formas de conducta, de valores y de formas de mirar la vida. Y me di cuenta de que la fe que resulta de esta experiencia era cualitativamente diferente.

Yo contemplé la espiritualidad de los pobres como el modelo de toda espiritualidad, donde el sentido de dependencia e impotencia es condición absoluta de nuestra relación con Dios. Y no sólo eso, porque estas virtudes que sobreviven en nuestra sociedad empobrecida y cínica, han enriquecido mi propia espiritualidad.

Un día acudió a mí, en busca de ayuda, un joven a quien yo conocía. Era uno de los que abusaban de las drogas en la vecindad. Me di cuenta de que su sufrimiento no era tan conocido como los otros males de la marginación, a pesar de ser tan real como ellos. Después de haberme inclinado a centrarme en la gente, como clase social o colectividad, presté desde entonces más atención a las necesidades individuales y personales.

Al establecer relaciones en Irlanda del Norte percibí la contradicción entre vivir solidariamente con nuestros vecinos católicos e intentar superar la distancia con la comunidad protestante. ¿Cómo podía yo comprometerme con una parte y al mismo tiempo ser independiente de las dos? Si me dedico a la causa de la reconciliación, ¿puedo yo realmente afirmar que estoy comprometido con alguien?

FE QUE LLEVA A LA JUSTICIA

Aquí la prioridad es suturar las diferencias y las divisiones. Entre los derechos y las demandas de cada uno, puede verse ocasionalmente un destello del ideal, que busca una justicia más alta o más profunda, allí donde se juntan la verdad y la compasión.

Donde yo he sido inspirado por la espiritualidad Ignaciana

El lazo de unión entre la justicia y Dios se me ha ido descubriendo gradualmente. Ha sido como un nuevo descubrimiento de mi fe, a medida que confrontaba mi experiencia con mis creencias.

La imagen de Jesús, “pionero de nuestra fe”, el líder humilde que nos llama a seguirle donde Él ha ido primero, ha causado en mi profunda impresión, desde mis días de terceronado, y también la visión de su reino como troquel para la acción de transformar el mundo. La acción de Jesús a favor de los excluidos y vulnerables, y el reto a los que tienen el poder y los privilegios, saltaban a mi encuentro desde las páginas del Evangelio, cuando lo releía, y aumentaban su fuerza a vista del decreto 4º de la CG 32.

Yo he aspirado a una pobreza más radical en la solidaridad, como el generoso “vaciar” de Jesús, hasta llegar a aceptar las críticas y mal entendidos sin defenderme. Todas mis elecciones, todos los juicios, he intentado hacerlos bajo esa luz,— tras un discernimiento desde la perspectiva de los pobres.

En los primeros años de mi experiencia apenas hacía reflexión sobre mí mismo, tan entregado estaba a vivir mi compromiso y sus consecuencias. Solamente más tarde las gentes entre las que vivía me ayudaron a considerar con detenimiento mis estados de ánimo y mis deseos, para integrar mi propia espiritualidad en el tipo de vida elegido.

El aprender a poner más atención a las necesidades individuales me ha llevado a ser más consciente de los movimientos del espíritu en mí mismo, y a ser más comprensivo con los demás, con las razones que tienen para estar donde están, y con su capacidad para seguir adelante. Lo que antes era “contemplativo en la acción”, actividad movida más bien por una convicción, es ahora más estar en tono con el amor de Dios en mí.

MINISTERIOS SOCIALES EE. UU.

Suzanne Geaney

Breve Biografía:

Nací la mayor de siete hermanos. Yo era la “religiosa”. Asistí a clase en colegios católicos. Mi primer contacto con los jesuitas fue el Colegio Holy Cross. Después de dos años de servicio en el Cuerpo Jesuita de Voluntarios, trabajé para la archidiócesis de Filadelfia. Cuando tenía casi treinta años decidí lo que tenía que hacer con mi vida. Me gradué en Trabajo Social en el Byrn Mawr College. He trabajado en la Provincia jesuita de Maryland durante 21 años. Ahora trabajo en un ministerio que comenzó la Provincia de Maryland, pero de dimensiones nacionales, el Cuerpo Ignaciano de Voluntarios Seglares. Mi marido, que no es católico, ha formado parte, durante los 21 años de nuestro matrimonio en el coro de la iglesia conmigo. Tenemos dos hijos, muy musicales y generosos, que consideran a muchos jesuitas como sus tíos.

Reflexión

Mi primer contacto con el apostolado social tuvo lugar en 1968. Todavía recuerdo mi trabajo en un colegio, un centro graduado afro-americano, en una zona de nivel económico bajo. Me impresionó que tuviera muchos menos recursos que el centro donde yo había estudiado. Muy pronto contribuí al periódico del colegio, donde yo (y los otros redactores) nos centramos en las injusticias que veíamos dentro y fuera del colegio. Era a finales de los 60s, tiempo de elevada conciencia social en USA.

Yo me matriculé en el Colegio, donde mi padre había estudiado, y que había sido masculino hasta que comenzó allí mi promoción. El Colegio Jesuita Holy Cross

abundaba en oportunidades para aprender y para responder a las injusticias sociales. Los profesores nos animaban a ello. Su orientación fue realmente un gran regalo. Yo protesté ante las injusticias dentro y fuera del centro. Mi tema especial era el derecho de las mujeres. Asistí a todos los cursos en cuyos títulos se mencionaba la palabra “mujer”. Durante dos años recogí fondos para dar asilo a mujeres y niños en la ciudad. Eso me llevó a ser el primer miembro del equipo que vivió en el refugio, a partir de mi graduación.

En mi último año de colegio me sentí movida a tomar parte en el Cuerpo Jesuita de Voluntarios del Este (JVC). En el JVC los jóvenes pasaban un año, viviendo modestamente en comunidad, alimentados con la espiritualidad ignaciana y trabajando en una organización sin fines de lucro. Mi primer año lo pasé en Filadelfia, donde trabajé organizando el trabajo, principalmente sobre temas de vivienda. El espíritu, combativo y sin compromiso, del grupo en el que trabajaba no era alentador, y lo abandoné al año siguiente para trabajar, también en el JVC, en otra ciudad, donde me podía dedicar a los temas estructurales que eran la causa de la pobreza de la gente. Mi puesto pertenecía a la Oficina de Ministerios Sociales de la Provincia Jesuita de Maryland.

Lo que me satisfacía del JVC de Filadelfia era nuestra casa. El JVC viven normalmente en una casa o apartamento de una comunidad con bajos ingresos. Mis vecinos eran pobres, y muchas familias de puertorriqueños luchaban contra la violencia, las drogas, el crimen, la pobreza y el bajo nivel de las escuelas. Comprendí que la cultura común de nuestro país estaba con frecuencia enfrentada con los valores de las familias portorriqueñas que yo conocía. Muchas familias estaban prácticamente rotas por los conflictos. Después de un año en el JVC de Baltimore, volví a mi antiguo barrio de Filadelfia. Echaba de menos a mis amigos, que eran mis vecinos, y a los compañeros del coro de nuestra iglesia multi-étnica. Sentía un deseo intenso de volver a la comunidad que tanto echaba de menos.

Mis cuatro años siguientes en Filadelfia me ofrecieron un nuevo trabajo. Era la agente social de la parroquia. Una parroquia que se ocupaba de dos proyectos de viviendas, y al mismo tiempo de bastantes viviendas de clase media y alta. Me encantaba un trabajo que se dedicaba a tantas necesidades sociales. Trabajaba con gentes en situaciones de emergencia (falta de alimentos o cobijo), con ancianos confinados en sus casas, y con voluntarios de admirable generosidad. De hecho esos voluntarios y yo creamos una cooperativa, un club para comprar alimentos en la parroquia. Comprábamos alimentos frescos al por mayor, y los repartíamos según los

deseos de los miembros. Gentes de todos los niveles económicos se unieron al club, porque no había mercados cerca de la parroquia donde se ofrecieran alimentos frescos. Cada miembro se comprometía a trabajar varias horas al mes, exceptuados los ancianos confinados en sus casas, a los cuales les llevaban los alimentos otros miembros del club.

Tanto me gustaba ese trabajo que cuando intenté recibir internos que ayudasen en los ministerios sociales de la parroquia, el supervisor me indicó que necesitaba un master en trabajo social para ser supervisor. Me matriculé en un centro graduado, para un programa a tiempo completo y así conseguirlo. Dos años pasé yendo de las clases a los suburbios. Estudié principalmente política social y programas de desarrollo, mientras que por las noches me ocupaba, como tutor de adultos, en un programa G.E.D., en mi barrio. El GED es abreviatura de “General Equivalency Degree”, (algo semejante a Diploma de Colegio).

“Amar con Actos de Servicio”

La Iglesia en Filadelfia no animaba o enriquecía espiritualmente a los laicos. Mi vida espiritual estaba casi apagada. Quizás fue la razón más importante para que abandonara mi querida ciudad y volviese a Baltimore después de mi graduación. Me ofrecieron un puesto a través del Asistente Provincial para Ministerios Sociales en la Provincia jesuita de Maryland, el mismo cargo que había tenido durante mi año de JVC en Baltimore. Dos cosas me atraían fuertemente a ese trabajo: la oportunidad de dedicarme a temas de justicia estructural y la oportunidad de profundizar en mi espiritualidad ignaciana al trabajar junto a los jesuitas. Dos años en el cargo y me sentí llamada a hacer los Ejercicios según la Anotación 19 para entrar más de lleno en la espiritualidad de las personas con las que trabajaba. Por fortuna los terminé justo antes del nacimiento de mi primer hijo. (Más adelante hubiera sido del todo imposible hacer los Ejercicios).

Dieciocho años estuve trabajando en el apostolado social para la Provincia de Maryland, seguidos de otros tres años en la recogida de recursos para la Provincia. Durante ese tiempo Dios me bendijo con un admirable marido, dos hijos y numerosos jesuitas que han sido mis compañeros y amigos.

Mi trabajo en el ministerio social ha sido muy variado: ayudar a jesuitas y laicos que trabajaban directamente en los social, urgir a las corporaciones/sociedades de USA a actuar con más sentido social

MINISTERIOS SOCIALES EE. UU.

responsable, facilitar préstamos con fondos de la Provincia para construir casas, o crear puestos de trabajo para los pobres, a nivel nacional o internacional, organizar programas de retiros espirituales estivales familiares para familias urbanas, que de otra forma no hubieran podido descansar y rezar juntos, facilitar a jesuitas y a sus socios seculares la ayuda legal en temas de legislación y de justicia. He gozado durante el trabajo de cada día. En los años 1990s mi colega, el Asistente de Pastoral y ministerio internacional me llevó a tres viajes internacionales , en los que visitamos a los jesuitas de Maryland y sus obras sociales, en lugares como Méjico, Chile, Bolivia, Argentina y Brasil.

Nunca olvidaré una de las visitas, que realicé mientras desempeñaba mi trabajo en los ministerios sociales en la Provincia. Un grupo de representantes del ministerio social de las Provincias de USA viajó a la ciudad fronteriza con Méjico, Juárez. Allí pudimos ver miles de chabolas, en basureros, donde vivía la gente. Sus “casas” eran apenas trozos de chapa. Y subsistían con lo que podían encontrar en la basura. El olor era nauseabundo (propio de un vertedero). Su aspecto reflejaba desesperación y abatimiento. Quedé hondamente impresionada y horrorizada de que permitiésemos que seres humanos vivieran así. ¿Cómo puede la economía de nuestro mundo permitir que cientos de millones de seres humanos pasen hambre todos los días?

En el año 1995 encontré la manera de llenar un hueco en mi formación personal. Yo no conocía realmente a Ignacio de Loyola y deseaba reparar esa falta. En 1996 el Provincial me concedió tres meses sabáticos para estudiar a San Ignacio y sus primeros pasos en la fundación de la Compañía de Jesús. Leí muchos libros, e hice Ejercicios de ocho días en el Centro Jesuita para el Crecimiento Espiritual. Los Ejercicios reanimaron mi espíritu y en ese ambiente adopté el Examen como forma primaria de oración.

Caminé adelante hasta el 2002. Dios había intentado ponerme en marcha y yo, finalmente presté oídos a su llamada. El resultado fue mi nueva tarea: Directora Ejecutiva del Cuerpo Ignaciano de laicos Voluntarios (ILVC). Este Cuerpo ofrece la oportunidad, a personas de 50 o más años, de servir materialmente a los pobres, de trabajar por una sociedad más justa, y de reflexionar y orar según la tradición ignaciana. Las personas, maduras, con experiencia y buen sentido, sienten que se les abren los ojos al relacionarse con los que viven en pobreza. Yo trabajo en guiar y fortalecer la organización, para que crezca internamente mientras sirve donde llama el Espíritu

Creo que este Cuerpo es el trabajo ideal para mí. Ofrece oportunidades que facilitan el avance espiritual. Aunque mi trabajo es solamente indirecto, con los miembros, es precisamente su formación la mayor fuente de alegría para mí. Soy testigo de su respeto a la dignidad de la persona. Nuestro boletín de noticias se llama “Amar con Actos de Servicio”, una descripción apropiada de nuestro programa, único y exigente. Necesitamos desarrollar más la conexión con los aspectos de justicia estructural de esos ministerios, y espero llegaremos a hacerlo.

Cuando dejé mi trabajo en la Provincia, me pregunté si había oído correctamente la voz de Dios en mi discernimiento. Mi trabajo es duro pero siento con tanta frecuencia un gozo tan intenso que estoy segura de que Dios me ha puesto precisamente donde estoy. Cuando no puedo ver a Dios, tengo a la familia, a los amigos, a los compañeros de trabajo, y a mi director espiritual, que me ayudan a reconocer donde está el Espíritu.

Mis mayores consolaciones han sido siempre las oportunidades de ser generosa . A quien mucho se le dio, se le pedirá mucho.

Gregory Boyle

Si encuentras un trabajo para un muchacho de tu vecindad, puedes estar seguro de que otro ocho mocitos del mismo barrio te van a ver para que les busques trabajo. A fines de mayo me llamó Chico. “Búscame un trabajo”, me espetó, con lo que yo diría, bastante cara dura. “Pero si yo ni siquiera te conozco. ¿Qué te parece si primero nos vemos?”

Busqué un hueco para ir a su casa, no lejos de mi oficina, en una calle en cuesta arriba, detrás del Alto de Roosevelt. Chico tiene 16 años y procede de una zona vecina, que se formó hacia los años 40, en la época de Pachuco (el del mono con cremallera). Saludé a la madre de Chico, una mujer pequeña y agradable, que está contenta con su hijo, y al mismo tiempo muestra su temor por el camino que su hijo cholo ha elegido. Y es claro que mi visita le agrada.

Chico y yo nos sentamos en el porche de entrada. Es un muchacho de piernas largas, y de aspecto casi cómico. Como la mayoría de los mocitos del barrio, su pelo al cero ha dejado largas patillas y mechones sobre sus orejas, un tanto largas. Son más notables que la mayoría. Su sonrisa está pronta y deseosa de mostrarse, siempre muy en la superficie, y dispuesta a salir al menor pretexto. Chico es tímido y nervioso, y sin embargo habla de temas que normalmente no salen tan pronto en las conversaciones con otros jóvenes. Hablamos de su madre, de la familia, y del estado actual del barrio en relación con sus enemigos vecinos. Un chico agradable, que se me hace más simpático por pedir un trabajo a ojos cerrados.

“Si te encuentro un trabajo ¿hay algún oficio que tu has querido aprender, o elegir?” Contesta rápidamente, sin necesidad de pensarlo, “Si, ordenadores. Siempre he querido conocerlos y manejarlos”. Le aseguro que intentaré darle gusto, y le prometo que haré lo que pueda.

Pocos días después, llamé a Chico. Mi búsqueda de un trabajo en ordenadores me llevó al Centro Chrysalis, un centro de recursos, sin afán de lucro, para los sin techo. Sabía que habían recibido recientemente un banco de ordenadores, y les hice una oferta. Les dije que conocía a este muchacho, Chico, y que él quería aprender todo sobre ordenadores. Les dije que iba a la escuela en las mañanas, y podría trabajar en el Centro de una a cinco de la tarde, de lunes a viernes. Yo pagaría su salario semanal, buscando el dinero en algún sitio. “Vosotros hacéis de tutores y le enseñáis todo lo que vosotros sabéis. Llamemos a eso un trabajo”. Estuvieron de acuerdo.

“Bien, comienzas a la 1,00” le digo a Chico por teléfono, concretando nuestras condiciones. “Si no vas a la escuela por la mañana, no se te ocurra ir al trabajo. Y yo me enteraré si has hecho novillos. El trabajo es un privilegio. Ir a la escuela cada día te lo ganas. Tendrás dos jefes. A uno lo verás el lunes, y con el otro estás hablando ahora. Si me entero que pierdes el tiempo, te duermes o creas problemas (y yo me enteraré), te va a costar caro. ¿Estás enterado?” “Sí, jefe, Muchas gracias, le prometo que no le dejaré en mal lugar”. Y termino yo la conversación. “Tu sabes, mocito, que conozco a miles de muchachos, y te he elegido a ti para este trabajo. Me alegro de conocerte y estoy seguro que lo harás muy bien. Buena suerte”.

Pasó el lunes, seguido del martes, y entramos en el miércoles, y yo sin saber nada de Chico. Me resistí a llamarle, a la espera de que él me llamase a mi. Nada. Empecé a pensar que quizás se había desilusionado de mí. Quizás mis indicaciones no eran claras y él no encontró el lugar de trabajo. Quizás sucedió algo, no pudo ir, y no se atreve a llamarme. Me rascaba la cabeza pensando en la falta de comunicación por parte de Chico, cuando la máquina del fax empieza a soltar un mensaje en mi mesa. Veo al comienzo del papel el membrete “Chrysalis Center”. El texto está escrito a mano con letras vacilantes. Es de Chico:

G -

Estoy aprendiendo a usar el fax

Estoy aprendiendo un monton de basura aqui

Con afecto,

Chico

P.S. Me gusta el trabajo

gracias por habérmelo buscado

CHICO

Dos meses más tarde la primera visita que recibí, a las 7,30 de la mañana. fue la de Rosa, la mamá de Chico. Me dice que la noche anterior estaba con algunos amigos cerca del porche de su casa. Pasa un coche despacio, bajan los cristales, hay un intercambio de palabras y finalmente comienzan a disparar desde el coche. Una bala hiera a Chico en la parte alta posterior del cuello, y ahora se encuentra en la sala de cuidados intensivos del Hospital General.

Salgo inmediatamente

Entro en la unidad y veo a Chico tendido, delgado con tatuajes, vestido sólo con una camisa grande, entubado, con todos los controles necesarios instalados. Su mirada fija, ojos abiertos, dirigida al techo, cubierto de losetas acústicas. Un médico a los pies de su cama escribe notas en una pizarra. Me dirijo a él para conocer el estado del paciente. “Padre” me dice el médico internista, “nunca he visto una parálisis tan elevada”. Y señala a lo alto de su propio cuello. “Es tan alta que sospechamos haya daños en el cerebro, aunque aun no estamos seguros de ello”. El médico se va y yo me acerco a Chico. Sus ojos aún no dan señales de haberme visto. Permanecen fijos en el techo, sin parpadear, abiertos más de lo que parece posible. Me inclino : “Chico”. No se mueve. No da señales de reconocermme. Le administro la unción de los enfermos. Le froto generosamente con el óleo, esperando contra toda esperanza que el bálsamo penetrará en su cuerpo inerte, y que el óleo nos traiga a los dos alguna compensación por esta loca e inútil pérdida de vida. No sucede nada. Solo me queda pensar.. “menos mal, al menos no sabe lo que le pasa”. Para decir verdad la visita del día siguiente sería cosa dura. Realmente cruel para mi. Un torrente de escenas vinieron a mi memoria en los horas después de la visita y me hicieron ver con claridad la enorme pérdida. Todavía veo a Chico esperándome en el porche los viernes por la tarde. A diferencia de otros muchachos que esperan su paga, nunca tuve que tocar el claxon, ni salir del coche para buscar a Chico. Él estaba siempre sentado en su porche. y yo casi siempre llegaba tarde. El siempre veía venir el coche que subía la empinada cuesta de la estrecha calle y venía deprisa (Los muchachos en este barrio no corren, a no ser que persigan a alguien). Saltaba al asiento, junto al conductor, y ya nadie le sacaba de allí. Allí sentado charlaba y charlaba. Ya hacía mucho tiempo que las reticencias y la timidez

habían desaparecido. Y hablaba y preguntaba sin parar. Era un “buen preguntón”. Preguntaba sobre muchas cosas. Y sin faltar jamás las preguntas sobre Dios (¿Cómo si yo lo conociera!) “¿Se enfadará Dios si tengo relación con mi chica?” ¿Cómo cree usted que es el cielo? ¿Cree usted que Dios nos oye?”. Ciertamente el tiempo que algunas veces tenía que pasar con él, en el coche, preguntándome qué pensaba Dios, valía más que la paga semanal. Y hasta el día de hoy siento no haber estado más tiempo con él.

Al día siguiente fui a visitarle. Encontré a Chico como lo dejé el día anterior. Los ojos del todo abiertos, centrados en el mismo sitio del techo. Pero de todos modos hice un intento para comunicarme. “Chico”, dije junto a su oído. Sus ojos rígidos se derritieron en un instante y me miró, y no se separaron de mí. Me quedé petrificado y sin habla. Los ojos de Chico se llenaron de lágrimas. Los míos también. “¿Sabes quién soy, hijito? Y en cuanto sus ojos pudieron moverse un poco expresaban afirmación. El sólo podía mover sus ojos. “¿Sabes hijo, (y me costó mucho decirlo), que todos te queremos mucho a ti?” Esta última frase le conmovió y lloraba sin freno. Y su cara me decía, de una forma clara, “¡Sácame de este cuerpo! “.

Le di la extremaunción, como lo había hecho el día anterior, y pesaba para mí: “la buena noticia es que está vivo, y la mala que conoce lo suficiente para desear no estarlo”. Nuestros ojos estaban unidos entre sí mientras me retiraba de la unidad de cuidados intensivos. Sus ojos parecían que querían salirse de sus órbitas y ser llevados a otro lugar. La puerta se cerró detrás de mí, pero al cerrarse no hizo desaparecer los ojos intensos de Chico.

Una semana más tarde el corazón de Chico se paró, incapaz de sostener por más tiempo el sufrimiento traumático. Y al bendecir la cruz dorada que reposaba en su féretro, se la di a Rosa con un abrazo, y pensaba que ahora ya podía dar rienda suelta a mi profundo dolor. Por mucho tiempo me había contenido y lo había guardado en mi interior. Tenía que atender a la familia de Chico, su amiga, sus compañeros. Pero ahora di permiso para que esta pena ocupase un lugar muy íntimo de mi corazón. Cuando muere un muchacho se agolpan en mi memoria de repente y en tropel las muertes de los otros que ya se fueron. Me encuentro sin defensas al darme cuenta que la muerte de Chico es la octava en tres semanas. Y es sorprendente que este pensamiento se me presente en este momento.

Decidí apartarme del féretro y apoyarme en un árbol solitario, no muy lejos de la multitud. Permanecí allí solo, dando rienda suelta a mi dolor

CHICO

y lloré la gran pérdida. Al poco tiempo el agente de la funeraria vino a mi lado. Es más un conocido que un amigo. Ahora rompe el silencio de mi dolor y sin saberlo entra en el espacio reservado para mí. Me molesta mucho el sentirme molesto. Siento la obligación, clara y necesaria, de romper el silencio, de recibir al agente funerario en mi espacio reservado, aunque no esté invitado a entrar en él. Me quito las gafas y limpio los cristales. Señalo apenas al féretro de Chico y sé que tengo que decir algo para romper el silencio. “Era un tipo estupendo”, susurro al agente funerario. Y él, en una voz alta y disonante dice :”¿Lo era?” *MI CORAZÓN SE HUNDE. SE EXACTAMENTE LO QUE QUIERE DECIR. ÉL ESTÁ COMPLETAMENTE AJENO A LA REALIDAD . ALGO PARA LO QUE ÉL NO ESTÁ PREPARADO. ¿CÓMO PUEDE DECIRSE QUE UN CHOLO DE 16 AÑOS, MUERTO DE UN BALAZO, CERCA DE SU CASA, PUEDA SER UN TIPO ESTUPENDO?* Y sin embargo nada puede variar esta realidad: que Chico era un hijo del que cualquier padre estaría orgulloso al llamarlo hijo.

ESPIRITUALIDAD IGNACIANA Y APOSTOLADO SOCIAL

William Ryan

Mi vida

Nací en 1925, en la ciudad de Renfrew, Ontario, Canadá, quinto de nueve hermanos, en una familia con recursos limitados. Mi padre abandonó el cultivo de la tierra para dedicarse a la tala y aserrado de madera, en el valle Gatineau, Quebec, dejando a su mujer y familia en una ciudad lejana, pero cerca de las escuelas y la iglesia. Porque para mi madre la Misa diaria, con sus hijos, era un deber. Pronto aprendimos los hijos a trabajar y a ser responsables. Yo pasaba los veranos con mi padre en los campos madereros y en los aserraderos, trabajando diez horas al día, con sólo 14 años, en condiciones realmente abominables. Pero allí comenzó mi idilio de amor con la naturaleza. Estudié en una escuela pública y más tarde en el Colegio St Patrick de Ottawa. En 1944, estaba a punto de enrolarme en la fuerza aérea, después de haber tomado en Ejercicios la decisión de no ser sacerdote. Unos días más tarde, al escuchar a un sacerdote jesuita que alababa a los jesuitas como buenos sacerdotes—yo nunca había tratado antes a ningún jesuita—conocí al instante y para siempre que yo debía ser jesuita. Durante el resto de mi vida, de diversas maneras, he intentado siempre relacionar la fe con la justicia—intentando dar valor espiritual a mis esfuerzos por un mundo mejor para los pobres, que viven y trabajan en las injustas condiciones que yo había experimentado en los aserraderos de madera, donde corrí el riesgo de morir o sufrir graves heridas.

Mi vida como jesuita y el apostolado social

Gocé con mi vida en el noviciado, descubrí la oración y no quería que se terminasen los Ejercicios completos. Sin

embargo me sentía como confinado y aprovechaba todas las ocasiones posibles para hacer trabajos físicos en la granja y para dar largos paseos. Pedí ir a la misión canadiense de Darjeeling, India. No pude evitar de alguna manera mi frustración con los textos de la filosofía neoescolástica, que me hacían estar en continua tensión con mis profesores—y finalmente con el Rector que me consideraba algo loco porque no me adaptaba al sistema como los otros jesuitas. Agotado busqué refugio en el trabajo, esparciendo abono orgánico en la granja Guelph. Nuestro Provincial, P. Swain, me destinó en misión a Darjeeling, pero en su visita insistió en que estudiase filosofía. Por acuerdo amistoso me envió a la Universidad de San Luis para estudiar economía.

En San Luis volví a encontrarme con la filosofía, a través del estudio de la historia del pensamiento económico. Comprendí la naturaleza reduccionista de toda la teoría económica, y naturalmente de toda la metodología científica. Y me invadió una sensación de libertad al llegar a ese punto. Nunca he sido partidario de la teoría o paradigmas de la economía neoliberal. Hice mi tesis para el MA sobre la historia y la ideología de los sindicatos católicos en Quebec, y esto me permitió conocer a fondo la relación ambigua en la vida real entre la Iglesia y el trabajo, entre la fe y la justicia. Mi tesis mereció una invitación para ampliarla ligeramente y presentarla para el doctorado. Pero pensé que debía seguir adelante.

*descubrir cómo el Cristo
Resucitado guía a toda la
creación hacia su
consumación escatológica*

Pedí hacer la teología en Europa. Con dudas iniciales fui enviado primero a Inglaterra y luego a Bélgica. Me aburría la teología que presentaba Heythrop y dedicaba mucho tiempo a podar los árboles para que el bosque respirase. Al llegar a Eegenhoven, Lovaina, en 1956, me encontré con una nueva experiencia, vivir con jesuitas de 24 países. El decano, P. Malevez, me introdujo enseguida a los escritos “prohibidos” de Teilhard de Chardin y Henri de Lubac. Al fin llegaba a estudiar cómo relacionar cielo y tierra, mi economía con mi espiritualidad, y a descubrir cómo el Cristo Resucitado guía a toda la creación hacia su consumación escatológica.

Rene Carpentier S.J. me enseñó a integrar la espiritualidad con la teología, y con Andre Vachon S.J. traduje el libro seminal de Gerard Gillemán SJ, *Le Primat de la Charite en Theologie Moral*, al inglés. Mi tesina para la

licenciatura versó sobre la pregunta: “¿Es nuestro trabajo científico e industrial irrelevante para la venida del Reino?”

Mi tercera probación en Paray-le-Moniale fue tiempo de oración y de pastoral activa. Fui aceptado por Harvard para hacer el doctorado en 1959. Cambié mi campo de especialización desde las relaciones laborales al desarrollo económico, porque la pobreza mundial era ya el problema prioritario de la justicia en el mundo.

Pánico repentino en Harvard—un jesuita ya mayor compite con los genios jóvenes—que se convirtió en sonrisas al descubrir que era yo quien competía allí. Mis profesores estaban interesados en el catolicismo, y miraban con benignidad a los jesuitas, en especial el historiador ruso de economía, Alexander Gershenkron, que sentía fascinación por la relación entre religión y desarrollo, y que dirigía mi tesis doctoral, anunciada con el título *“El Clero y el desarrollo económico en Quebec*. Inesperadamente mi Provincial y sus consultores vetaron inicialmente el tema de la tesis, por miedo a abrir viejas heridas en las relaciones franco / inglesas , católicas y jesuitas.

Yo fui liberado de la enseñanza de economía en Loyola College, Montreal, porque los Obispos canadienses me invitaron a unirme a su equipo de la Conferencia Nacional. Fueron los años gloriosos del episcopado, cuando ellos pusieron toda su confianza en su equipo y nosotros respondimos con dedicación plena — especialmente tras la doctrina social católica del Vaticano II—desarrollando el ecumenismo social y estableciendo relaciones con el equipo estimulante de la Comisión Pontificia para la Justicia y Paz. En 1969 me convertí en un problema para el P. Arrupe. Los Obispos canadienses querían mis servicios, como también los solicitaba la Universidad Gregoriana de Roma. El Vaticano me pedía para el SODEPAX , el nuevo Consejo Vaticano- Mundial para el Centro de Justicia Social de las Iglesias en Ginebra. Y los Obispos americanos junto con los jesuitas me buscaban para el proyectado Centro Internacional de Desarrollo. El P. Arrupe me envió en misión a Washington, donde fundé el Centro de “Concern” (Temas Sociales), que no era propiedad ni de los Obispos ni de los jesuitas. Nos basamos en las opiniones y doctrina del Sínodo Romano sobre la Justicia en el Mundo, y tuvimos la adhesión entusiasta de los religiosos, especialmente de las religiosas, de muchos Obispos y laicos. Era el modelo apropiado para su tiempo y fue imitado ampliamente, en especial en USA.

En 1978 el P. Arrupe accedió a los deseos del Provincial de Canadá, y me nombró para sucederle. Volví a Canadá, pensando para mi cómo implementar la CG 32. Después de meses de consultas y oración presentamos el plan “Nuestra Manera de Proceder en los años 80s”, que fue bendecido por el P. Arrupe, que insistió que no se cambiase sin su permiso. La prioridad más alta era aumentar nuestro apostolado con los nativos, pero se incluían otros proyectos de justicia social como el Centro Jesuita para la Fe y Justicia Social, una comunidad rural para personas discapacitadas, etc... Fue una ocasión apropiada para trabajar con la Conferencia Canadiense de Religiosos y Obispos en temas de justicia social y en procesos de discernimiento.

En 1984 la Conferencia Canadiense de Obispos me eligió su Secretario General—y me abrió un panorama más amplio para la promoción de la justicia social. Pero mis mayores esfuerzos se dirigían a trabajar, con un Equipo de Obispos veteranos, para reflexionar y poner al día la CCCB. El problema más serio era que los Obispos aceptasen mayor responsabilidad en las resoluciones de su Conferencia y en las declaraciones públicas sobre justicia social y otras iniciativas.

Durante el período 1990-93 trabajé con miembros del parlamento federal y altos funcionarios, de todos los partidos, en debates informales sobre temas de justicia social. Más tarde fui asesor especial del Centro Internacional de Investigación para el Desarrollo, institución secular muy respetada de Ottawa, en un proyecto sobre Ciencia, Religión y Desarrollo. Mis investigaciones se publicaron con el título *“Cultura, Espiritualidad y Desarrollo Económico: Abrir un Diálogo”* (1995). Me centré en una encuesta que había hecho en 29 países pobres y cómo personas con experiencia veían la relación entre desarrollo, cultura y religión. Tuve que enfrentarme a la tarea desagradable de cerrar el Centro Social Jesuita para la Fe y la Justicia, principalmente por razones económicas. Desde entonces he tomado parte en un intento de mantener el Centro Jesuita vivo, como un proyecto menor de los jesuitas, y me he ocupado en la investigación y en conferencias públicas sobre desarrollo, globalización, ecología y espiritualidad. La Ecología y el Dialogo entre denominaciones religiosas en especial en relación con el Islam, han ido ocupando un primer lugar en mis actividades. Con la ayuda de John Coleman S.J. he organizado un seminario Internacional sobre Globalización y el Pensamiento Social Católico: Parada Actual y Esperanzas Futuras—Todo aparecerá en un libro publicado por Orbis y Novalis en otoño del 2005.

Experiencia Espiritual

Teniendo en cuenta la gracia extraordinaria de una fuerte vocación, no soy propenso a los movimientos pendulares de consolación y desolación, y normalmente gozo de paz interior, incluso en medio de tormentas externas. El Espíritu jugó un papel preponderante en los primeros pasos de mi vida espiritual, pero el desprendimiento—dejar hacer—era mi preocupación principal. Primero lo experimenté como un factor negativo, tener que abandonar las amistades y otras cosas para mí muy queridas, pero luego gradualmente me proporcionó en la vida una nueva libertad. Llegué a identificar la presencia del Espíritu con el vigor, en mí mismo o en otros o en grupos. Tedio e impaciencia con respecto a los libros de texto de filosofía y teología, eran para mí una fuente de frustración, que yo compensaba con visitas a la naturaleza, donde comencé a encontrar a Dios presente y activo. Paseos largos eran una oportunidad para recordar los hechos de mi vida personal, y mis decisiones como administrador. Durante la filosofía, mi inquietud impaciente fue mal entendida por mi Rector y mi médico, pero de alguna manera conté con la gracia y el apoyo de mi padre espiritual, y de otro padre ya mayor, para salir incólume de la prueba. Llegué a comprender que la libertad espiritual llevaba consigo decir la verdad, tal como la veía yo, aun a costa de pagar por ello. Esta prueba me fortaleció de manera considerable en mi trato abierto y humilde con la autoridad, y en la obediencia, sin perder mi paz interior. También me proporcionó cierta serenidad en las dificultades, perturbadoras para mi alma, con el Papa Pablo VI, durante la CG 32, donde propuse audazmente que la Congregación uniese la fe y la justicia en todos sus trabajos, antes de formar las comisiones tradicionales. En las complejas dificultades de la fundación del Centro de “Concern” (Temas Sociales), así como en mi tarea más fácil del provincialato yo encontraba fuerzas y libertad al conocer que contaba con la completa confianza del P. Arrupe. No separábamos la fe de la justicia en el Centro de Concern. Organizamos un equipo sobre conciencia social y espiritualidad jesuita, y publicamos nuestras conclusiones en “*Soundings*”, justo antes de la CG 32. Me acompañó el calor de buenas amistades, y el trabajo en equipo me ayudó a reprimir la intensa ira que se apoderó de mí en mi primera experiencia de la tremenda pobreza del Nordeste de Brasil, en 1969. Al aceptar la elección como Secretario General de la CCCB hice los Ejercicios de treinta días, buscando la gracia de no comprometer mi libertad espiritual al aceptar esa tremenda responsabilidad. En el transcurso del tiempo había

llegado a estimar el vivir con incertidumbre,— confiando en el Espíritu para que me guiase en una lectura prudente de los signos de los tiempos.

He logrado permanecer casi siempre fiel a las prácticas espirituales de jesuita, oración y Eucaristía—si bien en los intervalos semanales de comunión con la naturaleza el repaso de mi vida en oración me parece más vital para mi sanidad y discernimiento. Nunca he separado mi lucha por la justicia de mi unión con Dios. De alguna forma, al menos desde mis días en Lovaina, me he inclinado a ver las cosas en su conjunto—espiritual e intelectualmente. Mi enemigo ha sido siempre el reduccionismo, en cualquiera de sus formas. Una visión integral que ve el sistema económico como un subsistema del ecosistema es cosa naturalmente familiar para mí. Mi puente normal entre la justicia y la unión con Dios está edificado en una actitud estable de agradecimiento, fortalecida por la oración a la Trinidad, para recibir la gracia de estar junto a Jesús que lleva la Cruz, para la “recreación” (nueva creación) del mundo y de todos sus pueblos—especialmente los pobres. También la oración frecuente para ver y encontrar a Dios presente y activo en mi mismo, en todas las personas, y en todas las circunstancias – y para que Él acepte mi ofrecimiento. Por desgracia soy muy consciente de que no acudo generosamente a la llamada constante a dar más tiempo y atención a la oración.¹

¹ Para más detalles sobre lo tratado en este artículo véase “Faith & Freedom: The Life and Times of Bill Ryan S.J.” de los periodistas profesionales Bob Chodos & Jaimie Swift (Novalis, 2002)

NUESTRO CAMINO JUNTO A IGNACIO

Benito Baranda
Lorena Cornejo

Breve biografía

Nacimos en 1959, Lorena en Ecuador y Benito en Chile, tuvimos el regalo de crecer dentro de familias cristianas, con numerosos hermanos (4 Lorena y 9 Benito), y de formarnos en ellas con el apoyo de la educación heredada de la Compañía de Jesús (Colegio de las Esclavas del Sagrado Corazón y Colegio San Ignacio de los padres jesuitas, ambos en Chile). Participamos activamente en las Comunidades de Vida Cristiana (CVX) desde nuestra época de estudiantes de psicología en la Universidad Católica (1977), donde nos conocimos y nos llegamos a querer profundamente. Aprendimos allí, con la experiencia de los Ejercicios Espirituales, a vincular estrechamente la fe en Jesús, la búsqueda de la justicia y el amor, a nuestras vidas. Hicimos un camino de formación profesional para servir con excelencia a los más excluidos, nos casamos y cambiamos nuestro estilo de vida para acercarlo a quienes viven en esa condición, trabajamos junto a ellos en la calle y en poblaciones marginales, dentro del Hogar de Cristo. Hoy vivimos en una comuna popular de la periferia de Santiago (La Pintana) estamos felices con nuestros seis hijos adoptados, seguimos en el Hogar de Cristo y participación en CVX.

Exclusión social y Hogar de Cristo

El estrecho vínculo con la Compañía de Jesús lo hemos mantenido gracias a un “modo de proceder” cotidiano que ordena y alimenta nuestra vida que se sostiene en la participación de la CVX y al ser parte de una obra de “caridad

y justicia” que es el Hogar de Cristo. Nos sentimos tempranamente invitados por el Señor a servir a la causa de la justicia junto a quienes son violentados e injustamente tratados al interior de nuestra sociedad, por ese motivo nos acercamos al Hogar de Cristo, trabajando junto a niños y niñas cuyos derechos habían sido vulnerados en sus propias familias, y luego –ya casados- instalándonos a vivir en una hospedería de niños y niñas en situación de calle en Santiago de Chile. Contamos con la estrecha ayuda de los miembros de la CVX en cada una de estas tareas y con el apoyo de los Ejercicios Espirituales que nutrían nuestro actuar cotidiano y que nos permitieron unir definitivamente fe y vida, fe y justicia, contemplación y acción, y nuestras propias personas con la misión que se nos ha encomendado de parte del Señor. La vida nos cambió radicalmente conviviendo diariamente con estos niñ@s marginados, excluidos y en algunos casos explotados, nuestra fe logró una raíz fundamental en la vida y la mirada de la realidad se transformó.

Desde el Hogar de Cristo buscamos construir una sociedad chilena más justa, haciendo una invitación a la solidaridad primero entre quienes viven hoy en exclusión social, y luego de aquellos no excluidos hacia quienes hoy sufren esa condición. Acerca de lo primero, trabajamos por construir puentes entre las mismas personas, familias y comunidades que viven marginadas, para que ellos reconozcan sus riquezas y valores, se unan y luchen por el respeto de sus derechos, buscando salidas humanas y colectivas a su condición de marginalidad, y contrarrestando la tendencia al aislamiento y soledad que se privilegia en la sociedad contemporánea. Esto es lo que hicimos desde la Hospedería de niños (1984) y lo que hemos buscado realizar específicamente en la población El Castillo de La Pintana, con las familias para las cuales trabajamos.

Ha sido importante, como lo aprendimos de San Ignacio y en sus Ejercicios Espirituales, salir de las fronteras de la Compañía de Jesús y contribuir en otros ámbitos en esta misión de extender la acción por la justicia que emana del Evangelio. Por este motivo Lorena ha destinado tiempo a acompañar alumnos de la universidad para que “aprendan” a vincularse en condiciones de igualdad y de reconocimiento de la dignidad, con aquellos que sufren pobreza y exclusión, y sigue colaborando con personas y familias que vivían marginadas y que han crecido descubriéndose a sí mismas, a Dios y a los demás, creando comunidad. Para Benito, la tarea se ha extendido a la colaboración con la política social del Estado en distintos ámbitos, a la creación de fundaciones y ONGs que se involucren en acciones

específicas por la justicia para con los más pobres, y al provocar en la comunidad nacional un sentimiento y una convicción de la urgencia de la justicia, vinculando personas especialmente jóvenes en esta tarea.

Lugar importante ocupa nuestra propia familia, al no poder tener hijos biológicos decidimos adoptarlos para formarla, cada uno de ellos ha cambiado nuestra propia vida y al interior del hogar ha puesto como tarea permanente la donación gratuita de nosotros mismos, el entregarnos a ellos y ellas, el acompañarlos en su crecimiento, el enfrentar los grandes cuestionamientos de la vida y la fe, y en definitiva el efectivamente constituir una comunidad de vida centrada en el Señor por intermedio del amor. Los pasos que fuimos dando para hacerla crecer, fueron fruto de un discernimiento continuo, de un ponernos delante del Señor como matrimonio y familia, para escucharlo. La llegada de Manuel, nuestro primer hijo, nos abrió a un mundo grande de servicio, y este se fue profundizando luego con Constanza, Ignacio, Antonia, Santiago y Magdalena, esta última hija nos ha hecho crecer y “ver y escuchar” cosas diferentes, ya que es multidiscapitada. La CVX ha representado un espacio fundamental en este caminar familiar, nos ayudamos mutuamente, hacemos un discernimiento comunitario y convivimos aprendiendo humildemente unos de otros en esta senda ignaciana. También para nuestros hijos, el que trabajemos junto a los más pobres significa un diálogo permanente acerca de sus vidas, ellos nos acompañan con mucha naturalidad y agrado a múltiples actividades junto a estas comunidades, y el Hogar de Cristo – incluida la figura de su fundador el Padre Alberto Hurtado- son parte de la vida hogareña, no está disociado de nuestra vida familiar ni representa una amenaza a ella.

Experiencias de “servicio de la Fe y lucha por la Justicia”

Al casarnos (1982) efectuamos un discernimiento en común para “escuchar y ver” donde nos quería el Señor, se nos presentó con una gran claridad y consolación el cambiarnos de barrio, dejar de vivir en la zona económicamente rica de la ciudad de Santiago –donde nos criamos y educamos junto a nuestros padres y hermanos- para trasladarnos a una barrio más sencillo, a una pequeña casa con vecinos económicamente pobres. Al paso de los años se nos manifestó con una contundencia impresionante el que Dios nos quería allí para algo más, cerca de nuestra

NUESTRO CAMINO JUNTO A IGNACIO

casa se abrió la hospedería de niños del Hogar de Cristo (1984) y nuestro espíritu se conmocionó al vernos llamados a encargarnos de ella, instalándonos en un pequeño cuarto –desprendiéndonos de bienes materiales- y recibiendo el apoyo de nuestra CVX... los caminos del Señor se vieron con claridad, primero nos acercó al barrio y luego nos ofreció un magnífico regalo: servir a los niños en situación de calle viviendo junto a ellos. La fe se hizo realidad en la lucha sin tregua para con estos niños, su situación de abandono, la violencia de la calle, las amistades y compañías, sus propias formas de protegerse y ayudarse, el estrecho vínculo que generamos con algunos de ellos, nos llevaron a modificar radicalmente nuestra propia percepción de la realidad, de la justicia social, de la vida de fe y a profundizar la oración contemplativa.

Años más tarde, luego de estudiar un tiempo fuera de Chile, regresamos a trabajar y a vivir a una comuna de Santiago, fuertemente golpeada por la injusticia y la exclusión social, esta es La Pintana. Específicamente –gracias al Hogar de Cristo- nos instalamos a trabajar en la población El Castillo (40.000 habitantes), originada por las violentas erradicaciones de familias que vivían en campamentos en otras comunas de Santiago, y de donde provenían los niños más abandonados que nos había tocado conocer en la hospedería. Fue fruto de un discernimiento el quedarnos allí, además el poder formar también una CVX junto a otras familias para recibir la vida comunitaria que nos permita sostener la opción laboral en medio de la marginalidad. Las consolaciones y desolaciones se vivieron allí a diario, junto al surgir vida nueva, sin violencia familiar y dejando atrás la adicción a drogas, se nos presentaron suicidios de jóvenes amigos, maltratos al interior de la familia que causaron daños que aun perduran, y atropellos a la dignidad de las personas por parte de autoridades civiles, militares, y por quienes los contrataban con salarios de hambre y en pésimas condiciones laborales. Ha sido una vida fuerte, rápida y profunda en estos barrios, con familias amigas de las que aprendemos a diario junto a nuestros hijos, con momentos de sentimientos de intensa presencia del Señor y con otros donde hemos sentido su ausencia, a pesar de creer en su permanente estar allí.

Desde hace algún tiempo (1998), por otras actividades, nos ha tocado vincularnos con personas y familias de Haití, contribuyendo allí con jóvenes profesionales chilenos que van a colaborar voluntariamente en

diferentes acciones por la justicia, en el proyecto llamado América Solidaria. Las experiencias de gozo, comunidad y compañía, se entrelazan con aquellas de violencia, abandono y marginalidad, muchas veces no hemos preguntado ¿qué ha pasado Señor?, experimentando grandes desolaciones y profundas consolaciones. Se nos a hecho un imperativo el estar allí, cuando el mundo de los países ricos declaró económicamente inviable a Haití, con mayor razón dijimos –por nuestra formación fundada en los Ejercicios Espirituales y vivida en la CVX- es donde debemos colaborar, sabemos que no hay riquezas materiales –ni petróleo, ni oro...-, y no es un lugar militarmente estratégico, por lo tanto vivirá abandonado; es en esos lugares donde el Señor nos quiere, es más allá de nuestras fronteras donde estamos llamados a anunciar que hay vida en abundancia en medio de la exclusión y del aparente fracaso.

Discernir, permanecer en vida comunitaria (CVX) y no abandonar los Ejercicios Espirituales, manteniendo una activa vida de Iglesia, nos permiten crecer espiritualmente desde la acción diaria por la justicia, son las mismas personas y comunidades excluidas con las que nos vinculamos las que nos transforman como personas, matrimonio y familia.

EL AMOR OMNIPRESENTE

Ricardo Falla

Nací en la ciudad de Guatemala en 1932 de familia de clase alta. Crecí en fincas donde pasábamos vacaciones jugando con hijos de trabajadores indígenas. Educado en primaria y secundaria con los hermanos maristas. Bachiller en 1948. Dos años de *college* en Georgetown (1949-51). Noviciado en El Salvador (1951-53), Juniorado y Filosofía en Ecuador (1953-58). Magisterio en el Seminario de San Salvador (1958-61) y Teología en Innsbruck (1961-65). Tercera Probación en Murcia (1965-66). Antropología en la U. Texas (1966-71). En la URL de Guatemala, Director de Ciencias Políticas, creo que hasta 1974. Luego, en el CIAS-CA, en Guatemala (también en otros países de Centro América): investigación sobre resortes de la organización campesina, hasta 1979. Escritos inéditos. En Nicaragua de 1980 a 82. Luego al Ixcán a zona de guerra en 1983-84. Escribiendo en México y en El Salvador lo oído y observado en Ixcán (1984-7). Vuelta al Ixcán (1987-92). *Masacres de la Selva*. Diciembre 1992 descubre el ejército que estoy allí. Salgo. *Historia de un gran amor*. Soy destinado a Honduras al ERIC (Equipo de reflexión, investigación y comunicación) (1993-2001). Me toca el Mitch allí. De vuelta a Guatemala, a Sta. María Chiquimula, Totonicapán, parroquia *k'iche'* (2001 hasta hoy). Ayudo en la pastoral y escribo sobre la juventud indígena.

Recibí la gracia del sollozo interior
(Rom. 8, 23)

Mi vida, vista desde los casi 73 años, ha sido un proceso continuo de crisis, aunque cada una de ellas de muy diversa naturaleza. La primera fue en la adolescencia cuando Dios comenzó a sellar mi corazón y descubrí la vocación a la

Compañía. Entré en Sta. Tecla, El Salvador, después de que mi papá se opusiera durante varios años y me mandara a los EE.UU. a estudiar. Mi mamá había muerto, una ausencia afectiva que me acompañaría toda la vida. En la orden, nos formamos con disciplina, estudios intensos y piedad algo forzada. De CA fuimos a Quito (Cotacollao) donde gozamos inmensamente subiendo los picachos y volcanes nevados de ese maravilloso país. Vivíamos al lado de aldeas kéchuas y al subir a la Quebrada de los Cóndores, atravesábamos sus parajes. No les hablábamos, eran un enigma para nosotros.

En la misma línea seguí el magisterio, en el Seminario de San Salvador. Los seminaristas eran de áreas rurales y de clases medias urbanas. Los amé al extremo. Los entendía, me identificaba, pero no había en mí una conciencia social.

Luego, un cambio fuerte se dio en mí en Innsbruck, donde me mandaron a estudiar teología. De nuevo los picos nevados. Esquiábamos, mal esquiábamos. Allí me encontré con jesuitas que me aventajaban en muchas cosas. Uno de ellos influyó mucho en mí, porque me contó de los sacerdotes obreros y de su experiencia. Total que decidí trabajar con los emigrantes gallegos que llegaban a construir carreteras y dejé el esquí. Eso cambió mi visión ciento ochenta grados. Pasaban los turistas en sus carros y nos regalaban cigarrillos. Yo empecé a ver en esos momentos el mundo al revés. Siempre había pasado viendo a los trabajadores de caminos desde nuestros vehículos. Ahora, yo estaba con los trabajadores. Me dio vuelta el mundo. Nunca más fui ya igual.

Junto con eso, Rahner. Fue una pasión. Llegamos a Innsbruck, cuando el Vaticano II comenzaba. Era una tormenta dentro de la iglesia. Yo venía con mis ideas de "Potius disrumpar" antes que romper una regla. Lo había aprendido en el noviciado. Y me encuentro que en el teologado hay una subversión en contra de las normas. No comer en los cuartos. Pues comíamos, porque teníamos hambre. Ir a clases. Pues no íbamos, porque eran muy malas. No ir al cine, pues íbamos. Ellacuría era uno de los subversivos, que Coreth después en confidencia me contó que casi lo devuelven a su provincia. Pero toda esta subversión exigía una justificación. Allí fue donde me convirtieron los escritos de Rahner. Me liberaron intelectual y espiritualmente. Aah, dije, entonces, en la Compañía el carisma fundacional se encuentra en el discernimiento de espíritus y la obediencia es una consecuencia de él. Me sentí libre. Me sentí profundamente jesuita. Profundamente de la iglesia. Se me abrió una teología que no se aprende

de memoria, sino que era reflexión, cuestionamiento, creación, decir novedades, aunque a otros les parecieran herejías. (Fuimos también un poco presumidos).

En teología descubrí el Popol Wuh, libro sagrado de los mayas, lo estudié, aunque realmente no lo comprendí, y esto me llevó a buscar la antropología. Me mandó el provincial a los EE.UU. y allí saqué el doctorado, con trabajo de campo cada vacación en Guatemala. Estuve con los Yaruros en Venezuela. Se fue operando otro cambio. El *shock* cultural de dos meses y medio en la sabana del Orinoco fue algo que creo que me dura hasta el momento. Gente que vivía todavía con arco, sin fósforos, sin agricultura desarrollada, cazando venado disfrazados de cigüeñas blancas, con un sistema de parentesco elemental, como diría Lévi Strauss. Gente que jamás había oído de Jesucristo. Que se dopaban ritualmente, ingerían alucinógenos y danzaban toda la noche. Allí, yo zambullido, como un ser extrañísimo para ellos, pero con cariño. Allí las semillas del Verbo, allí la inteligencia humana, allí el vicio y la mentira... allí la humanidad en origen.

Volví de los estudios a Guatemala y Centro América. Comenzamos a cuestionar las estructuras sociales y políticas. Eramos un grupo. Había gente mucho más consciente e inteligente que yo. Allí estaba César Jerez, que ya murió, allí estaba Juan Hernández Pico, que todavía da batalla, allí estaba Fernando Hoyos, muerto en la guerrilla guatemalteca, allí muchos otros, algunos más jóvenes, otros mayores. Nos fuimos a vivir a una zona marginada, la entonces famosa Zona 5 de Guatemala. Éramos el CIAS de CA. Éramos gloriosos, donde caíamos, hacíamos olas. Unos estábamos dedicados a la investigación, otros a la acción. Estos últimos nos jalonaban. Ellos se vincularon a la vanguardia revolucionaria orgánicamente y luego dejaron la orden. Nosotros, nos mantuvimos jesuitas.

Fue el momento de mi conversión más profunda y más dolorosa. En un trabajo de investigación me enamoré apasionadamente de una compañera. La represión se cernía ya sobre nosotros y yo descubría el amor a los cuarenta años. Probablemente era un reflejo del vacío por la muerte de mi mamá, y en ella encontré esa indecible ternura. Estuve en ésas, si dejo la orden, si me quedo. Hice Ejercicios, en un mar de lágrimas y sollozos. Allí descubrí que los sollozos eran el mismo "abba" de san Pablo y el mismo sollozo que aparece tantas veces en la autobiografía de Ignacio. Pero había un llamado inaguantable que me llevaba a la muerte de ese amor y a la muerte mía (la ausencia de sentido). Era terrible. Y decidí salir de Guatemala a fines del 79 para hacer otra vez Ejercicios, pero ya separado por la distancia

de ella. Cabarrús fue mi mistagogo, no me forzó, porque el ángel de Jacob fue quien me violentó. Y la dejé... ¡Una situación tremenda para ella! En la desesperación, se cortó las venas. Pero yo no cambié de rumbo. La fe me guiaba, me jalonaba. No sé si hice lo correcto. Creo que sí, creo, porque no tengo evidencias, y sentí que hacía una alianza con Yahvé, el innombrable, y que él se encargaba de ella mejor que yo mismo podría hacerlo. Ella me dijo, Falla, Falla, te vas a enamorar de otra. Pero no, Yahvé salía garante de que eso no sucediera. El me daba su palabra. No podía fallar, ni yo podía dejarlo mal, entregándome más tarde a otro amor.

De México, donde hice esos Ejercicios, fui a Nicaragua y trabajé dos años en Reforma Agraria con el gobierno sandinista, hasta que se abrió la posibilidad de ir a Guatemala, a la selva del Ixcán, que era terreno de guerra. Sería acompañante pastoral de la población civil. Tuve que hablar con la guerrilla en México para entrar clandestinamente al país y allí pasé seis años, en dos ocasiones, apoyando como sacerdote a las comunidades de población en resistencia que se escondían del ejército bajo la sombra de la montaña. Fue un tiempo de adelgazar mucho, pasar hambre, huir de un lado a otro bajo las balaceras, cambiar de campamento cuando nos quemaban las chozas de palma y vivir sólo con la mochila al hombro, comiendo lo que la gente me daba. Allí no corría el dinero. El vacío de ella me acompañaba en la montaña y me hacía sollozar en "la soledad sonora", como dice San Juan de la Cruz, pero de allí nacía la fuerza para resistir al lado de la gente indígena de Guatemala. Y resistimos, porque ni nos acabó el ejército, ni nos refugiamos en México.

Mi trabajo era pastoral, pero no abandoné la investigación, y en una salida a México logré escribir un libro sobre las masacres de la selva que denunció al ejército muy duramente. A los meses, éste descubrió en la montaña una cueva donde guardaba mis papeles y me acusó de guerrillero (1992). Tuve que salir de la selva, para explicar a los obispos lo sucedido. Ellos me respaldaron con su testimonio de que yo no era guerrillero, sino sacerdote en trabajo pastoral. Pero ya la obediencia no me dejó volver y me mandó el provincial a Honduras, a un trabajo más monótono, aunque siempre dentro del sector social, cuyo coordinador fui luego nombrado. Después, la provincia me mandó a la Congregación General 34, donde conocí a muchos jesuitas de todas partes del mundo. Al final de la Congregación me dieron junto con un francés el premio al mejor poeta, una forma bonita de decir que mis intervenciones habían sido graciosas y curiosas, pero no sustantivas. Pienso yo.

EL AMOR OMNIPRESENTE

Por fin, me encuentro de nuevo en un pueblo indígena de Guatemala. Y he decaído porque las fuerzas ya me faltan. Estoy escribiendo sobre la juventud. Se ríen de mí. Yo viejo, escribiendo sobre jóvenes. Pero siento que nos une algo común. Decía el maestro Erikson que las crisis identitarias se repiten en la vida. Vivo hoy la tentación entre no querer ser viejo y tirar la toalla porque soy viejo. Jóvenes que me leen, ojalá vivan para vivirlo. Es bonito. De eso se trata la vida. Y de nuevo, el omnipresente amor. Pero ya no les cuento más.

PEREGRINOS EN MISION

EL ARCO Y LAS FLECHAS: COMUNIDAD Y MISION ITINERANTE

Fernando López

Itinerario familiar

Nací en Canarias (España), hijo de Lucas y Araceli y el mayor de cinco hermanos en una familia de clase media. Mi infancia y primera juventud están vinculadas al mar y a la parroquia de San Francisco con Don Juan al frente. Mantengo algunos recuerdos fuertes: oración diaria en familia; eucaristía frecuente; Manuel, amiguito que vivía con su familia en unas cuevas del barranco y mamá lo invitaban a comer, jugar y tomar baño en casa con nosotros... Le queríamos mucho. Después aprendí que Manuel significaba "Dios con nosotros". Cuando comencé como catequista (15 años) le propusimos al párroco dar catequesis en la barriada de pescadores pues los niños no venían a la iglesia de la matriz. Allí me encontré con el dolor humano, la pobreza injusta y la muerte temprana... En esa época nació la pregunta: ¿por qué este mundo es así mi Dios, tan desigual, unos con tanto y otros con tan poco? También en esos años descubrí con pasión la vida de Jesús... Guardaba la Biblia debajo de mi almohada y soñaba con sus enseñanzas. Bombardeaba a mis padres con cuestionamientos: ¿Por qué nosotros tenemos tanto y ellos tan poco? ¿Por qué Jesús nació pobre? Tenemos que vivir lo que la Biblia enseña, repartir y poner todo al servicio de los que no tienen... Los papás, con paciencia infinita, buscaban como responderme... La experiencia fundante del amor a nosotros y a los otros, los pequeños, fue sembrada en esta etapa.

Estudié física en Sevilla. En el colegio mayor fue fuerte ver muchos compañeros envueltos en el mundo de las drogas, alcohol y sexo. ¡Cuanto sufrimiento! Mi tabla de salvación fue un grupo universitario acompañado por Fernando García S.J. teníamos un día de encuentro semanal para compartir vida y eucaristía; y dos veces por semana un trabajo pastoral con niños gitanos y ancianos de un asilo.

La experiencia de cuatro años de noviazgo fue fundamental. Aquella mujer me ayudó a descubrir mi vocación misionera. Inicialmente, como laicos, queríamos ir a África. Después de un largo proceso de discernimiento me dijo: “Fernando, debes buscar tu camino y reza por mí para que encuentre el mío”. Queriéndonos mucho, por fidelidad a lo que descubrimos frente al Señor, decidimos separarnos... Y mi África fue Paraguay.

Itinerancia en la Compañía

Por medio de los jesuitas llegué al Paraguay (enero/1985) y un tiempo después entré en el noviciado. Eran los últimos años de la dictadura de Stroessner: pobreza, miedo, represión e injusticias formaban parte del cotidiano de la vida. De novicio, mi apostolado fue en una aldea campesina muy pobre y explotada por los patrones dueños de las tierras. ¡Aquella realidad me hacía hervir la sangre!

En el mes de EE.EE me sentí muy cuestionado contemplando a los Cristos pobres e injusticiados del país: ¿Qué he hecho por Cristo, qué hago por Cristo, qué voy a hacer por Cristo? ¿Cómo es posible que frente a esta realidad de injusticia y opresión no haya todos los días cristianos, padres, religiosos asesinados por luchar contra esta situación?

En el juniorado el rector no me dejaba participar de las movilizaciones por miedo a que me expulsaran del país por ser extranjero. Mientras mis compañeros participaban en las manifestaciones contra la dictadura, yo les acompañaba rezando en la capilla...

En filosofía la cosa cambió... Con otros estudiantes formamos un grupo de no-violencia activa (Grupo de Reflexión y Acción Mons. Oscar Romero – GRAMOR). Allí aprendí a rezar el Evangelio de la no-violencia, a colocar la otra mejilla, a ser manso como paloma y astuto como serpiente... De aquella experiencia nació el Servicio de Paz y Justicia – Paraguay.

También durante la filosofía viví inserto con los pobres del Bañado Norte de Asunción, zona inundable de la ciudad junto al río Paraguay. En el segundo año de filosofía abrimos otra casa de inserción en el Bañado Sur, en el basural de Asunción. Era una experiencia personal muy profunda la bajada a pie de la zona alta de la ciudad a la parte baja alagadiza... Sentía profunda emoción, consuelo espiritual y agradecimiento a Dios por poder salir de la universidad y bajar al bañado para vivir junto a los pequeños: “Bajar (y no subir) al encuentro de Dios”. También tuvimos la suerte de

agarrar una buena creciente del río que nos llevó a vivir cinco meses en un campamento de chabolas plásticas con las demás familias. Que gozo y confirmación en la misión sentía con las palabras de Arrupe: “Que nuestra formación e instituciones respondan a los grandes desafíos del mundo, pero que nuestro estilo de vida haga creíble el Evangelio que predicamos”. Palabras que resonaban en mi de forma más simple: “Enseñando en la universidad, escribiendo artículos, investigando en los centros sociales... pero siempre con los pies en el barro, junto a los pequeños”. ¡Si no es así, me seco! Los profesores que marcaron más mi vida fueron aquellos que desarrollaban sus ideas desde un compromiso e inserción junto a los pobres... Mis mejores trabajos de filosofía nacieron de las heridas de aquella historia donde había tenido la suerte de adentrarme.

En magisterio propusieron inicialmente el colegio de Cristo Rey... Representé al provincial lo que venía rezando y discerniendo con mi espiritual: necesitaba una experiencia de inserción entre los campesinos para aprender guaraní y conocer su mundo cultural. El provincial aceptó. Un año viví en aldea con una familia de 16 hijos. Dormíamos todos en un cuarto en catres de piel de vaca, conmigo dormían los dos hermanitos más pequeños. Las primeras noches no conseguía dormir de incomodidad e indignación: incomodidad por los dos niños que se pegaban a mi cuerpo para recoger el calor; lagrimas de indignación por sentir tanta injusticia, ¿por qué mi Dios este mundo es tan desigual? – me preguntaba aquellas noches. Con los campesinos aprendí mucho: a trabajar la tierra, plantar y cosechar algodón, arroz, frijoles, maíz; a masticar “pety” (tabaco) que la primera vez me emborracho haciéndome vomitar frente a las risas de todos.

Teología estudié en Brasil (ISI). Un tiempo fuerte donde experimenté la crisis más profunda de mi vida. La causa (aparte de mis limitaciones y contradicciones personales) creo que fue la distancia que sentía entre la reflexión teológica desafiante de la facultad y la propuesta comunitaria en la que vivíamos. Gracias a Dios, a cuatro profesores jesuitas que me ayudaron y, sobre todo, a los niños de la calle, conseguí sobrevivir. En el tercer año de teología, hice mi triduo de renovación debajo de uno de los puentes con un grupo de niños de la calle con los que tenía mucha amistad. Les pedí que rezaran mucho por mí en esos días. Para comer, ellos salían a robar (como de costumbre) y yo compraba un poco de pan para contribuir. Al verme triste, se llamaban unos a otros y hacían un círculo alrededor mío y rezaban el Padre Nuestro. Sin visiones místicas, con claridad sentí en aquellos rostros que Dios me decía: “Quiero que tu me sirvas en estos pequeños.

Ahora no entiendes lo que estás viviendo, pero es importante que lo aceptes y continúes hasta el fin tu teología”. Los pequeños me salvaron. Gracias a aquellos “rostros y voces de Dios” llegué, un poco roto, al final de teología.

Al terminar teología, para rehacerme de la crisis el provincial me permitió hacer una peregrinación de 4 meses por el sur de la amazonía brasileña, Bolivia y volver a Paraguay atravesando el Chaco. De mochila, salí de teología sintiendo la fuerte necesidad de encontrar a Dios nuevamente en el pueblo sencillo. Estuve con Don Pedro Casaldáliga, con las Hermanas de Foucault (indios Tapirapé), con los compañeros jesuitas de Mato Grosso (indios Rikbatksa). Muchas veces dormía donde encontraba lugar. Algunas veces quedé en las puertas de las iglesias y las personas que entraban me echaban unas monedas... Cuanto bien me hizo aquella experiencia, cuanto aprendí. Subiendo a la Paz (Bolivia), sobre un camión de madera, casi me congelé. Muchas familias viajaban conmigo, solo que ellas llevaban abrigo y yo solo tenía la ropa ligera de la selva. Escapé gracias a la lona del camión y al tubo de escape que salía por lo alto. Fue muy rico poder compartir con los compañeros jesuitas la marcha de los coccaleros y en Qorpa, junto al lago Titicaca, con el P. Pepe H. quien me animaba a contemplar toda aquella realidad desde el “altiplano interior”.

Durante toda aquella peregrinación muchas veces me venia la visión de la Storta: “Yo quiero que tu me sirvas en ellos”. Una fuerte invitación a estar donde están los crucificados de la tierra.

De vuelta a Paraguay fui destinado a la comunidad inserta de San Cayetano, en el basural de Asunción. El trabajo y la experiencia de aquellos años fue muy profunda. Los ganaderos traían en casa para rezar a los bebés muertos que encontraban en las bolsas de basura. Los lavaban, los vestían y les hacían un cajoncito, los “bautizaban”, los velaban toda la noche y los enterraban en sus patios junto a las flores, como era costumbre enterrar a los “angelitos” en Paraguay. ¡Quanta humanidad en aquellos trabajadores de la basura!

En mi proceso vocacional nunca fue claro ser sacerdote. Desde el noviciado hasta después de teología, ser hermano era lo que se confirmaba en mis EE.EE. Trabajando en el basural, los ganaderos comenzaron a cuestionarme por que no me “recibía de padre” para celebrar la eucaristía allí y con ellos. Así fueron pasando los años y el trabajo en la parroquia “Cristo Solidario” iba poco a poco estructurándose. Un buen día fui a hacer EE.EE con el que fue mi maestro de novicios, el P. Tomas, como tema de discernimiento llevaba el ofrecermé para la nueva región del Amazonas

(Brasil). El Espíritu fue por otros rumbos: me sentí derribado del caballo y solo escuchaba intensamente dentro de mí “Yo quiero que tu te ordenes”. Con muchas lagrimas y sin dudar ni poder dudar de lo que sentía fuerte en mí, fui a contárselo a Tomas... De gozo, los dos llorábamos agradeciendo al Señor. Escribí una carta al provincial contándole lo que había sucedido y diciéndole que, si él y la consulta lo veían oportuno, sentía que el Señor me invitaba a ser sacerdote. Cuando el provincial me preguntó donde sería la ordenación, le dije que se lo iba a preguntar a los gancheros pues ellos habían sido (una vez más) los profetas de Dios en mi vida. Las comunidades del basural propusieron que la ordenación fuese en el lugar donde yo había descubierto la llamada de Dios: en el basural (29/Septiembre/1997). La mayoría de los compañeros jesuitas de la provincia estuvieron presentes. Aquel día el basural se convirtió en una gran Catedral... Algunas instancias eclesiales oficiales reaccionaron diciendo que el lugar no era digno...

Después de discernir y ofrecerme durante cuatro años, por fin fui destinado al “Distrito dos Jesuitas da Amazônia” (DIA) en octubre/1998. Llegó el momento de colocarse nuevamente la mochila y retomar el camino-río en una nueva peregrinación de dos meses rumbo a Manaus (sede del DIA). Atravesé el Chaco Paraguayo y Boliviano, subí por las Reducciones de Chiquitos (fundadas en el s. XVII por el P. José de Arce Rojas S.J., misionero canario de la misma isla donde nací), visité Trinidad y Moxos... Que emoción más fuerte sentir en aquellos pueblos el espíritu de los primeros compañeros. Si ellos pudieron con la ayuda de Dios y en condiciones muchos más precarias que las de hoy... ¿por qué nosotros no? (fidelidad creativa). Atravesando aquellas selvas fue una gracia sentir que Dios continuaba siendo propicio hoy con nosotros, conmigo. Frente a la dura realidad de los excluidos que encontraba por los caminos surgía la pregunta: ¿Cómo vivir y construir condiciones de vida digna junto con los pequeños, donde las heridas de la historia están más abiertas y la vida más amenazada? (magis).

Por fin, después de seis días de barco por el río Madeira desde Porto Velho, llegué a Manaus en la fiesta de San Francisco de Asís (04/10/1998). Durante los dos meses de peregrinación no dejó de resonar en mí la experiencia fundamental del Peregrino: “Yo te seré propicio en la Amazonía”. Esa experiencia del Ignacio peregrino se repite varios momentos de mi vida... Siempre llega la hora de “cerrar los ojos y saltar”, de dejar las seguridades, de salir de los espacios conocidos y controlados, de dejarse conducir y “enterrar la semilla” en tierra nueva junto a los pobres, excluidos

y diferentes, con la única certeza y fe de que el Señor no la dejará podrir y si germinar de nuevo.

Me siento un privilegiado en la Compañía porque de los 20 años de jesuita, 14 he tenido la dicha de vivir con los pobres en comunidades insertas. Las palabras de Arrupe cuestionan: “Todos por los pobres, muchos con los pobres y algunos como los pobres”. ¿Por qué lo que debería ser común para “muchos - algunos” jesuitas se convirtió en experiencia extraordinaria de unos pocos privilegiados? ¿Y parece que cada vez son menos! Es cierto que constantemente surgen “tentaciones” (así yo las vivo) de subir, de asumir cargos institucionales para mantener instituciones, aunque ellas nos puedan llevar lejos de la óptica de “todos por” los pobres... ¿Cómo discernir y decidir las presencias institucionales que nos ayuden a estar “todos por, muchos con y algunos como” los pobres? ¿Y cómo tejer la red personal e interinstitucional (ad intra y ad extra de la SJ, en sus distintos niveles) entre los que están “por, con y como” los pobres para provocar sinergia transformadora?

Misión Itinerante en el Amazonas (DIA)

La misión en el DIA es la más desafiante e innovadora que he vivido en la Compañía hasta hoy. El DIA nació en mayo/1995 a partir de la provincia de Bahía. El P. Claudio Perani S.J. fue el primer superior.

La superficie total del DIA es de 3.100.000 Km² (¡6 veces España!). Una inmensa región en el corazón de la amazonía con 8,5 millones de habitantes pertenecientes a una diversidad muy grande de pueblos indígenas (más de 100), inmigrantes de distintos estados y “caboclos” (mestizos).

*“Yo te seré
propicio en la
Amazonía”*

Frente a esta realidad desafiante, nació el “Proyecto de Itinerancia” en el primer encuentro del DIA (junio/1996). El fundamento del proyecto está en Jesús, en su modo itinerante (“*de aldea en aldea*”) de vivir y anunciar el Reino y su Justicia. También nos inspiró la vida de algunos de los primeros jesuitas, que discurrían por el mundo como “caballería ligera” y “peregrinos”, al servicio de la Iglesia y de la Vida Abundante. En particular, fue muy importante conocer la gran movilidad de los primeros compañeros que llegaron a esta región amazónica en el siglo XVII. Incansables, recorrían en

pequeñas embarcaciones, a vela y remo, las aldeas indígenas a lo largo de la inmensa red fluvial amazónica. Subían y bajaban el Amazonas, desde el Atlántico hasta los Andes. Si hoy, con todos los medios disponibles, es difícil llegar a muchas regiones, ¿qué no sería en aquella época! En mis itinerancias, siempre recuerdo aquellos primeros compañeros itinerantes incansables y a ellos me encomiendo.

El documento de los obispos amazónicos “La Iglesia se hace carne y planta su tienda en la Amazonía” (1997) también nos inspiró mucho: estructuras leves que permitan movilidad en la misión. Como nos decía un amigo teólogo, P. Paulo Sues: *“La Iglesia nació como la Iglesia de los caminos, que aquí, en la Amazonía, debe ser la Iglesia de los ríos”*.

Mucho ayudó a concretar el proyecto las demandas de acompañamiento y formación a las comunidades más distantes que varios obispos e instituciones presentaron. Así surgió la pregunta, ¿por qué no colocarnos al servicio de las comunidades, organizaciones e instituciones de la región, con una estructura leve y móvil? Nació la intuición fundamental: “apoyar las iniciativas de los otros”, “colocarnos al servicio de los otros” para complementar su labor.

Al inicio fue fundamental el impulso, coraje y libertad de espíritu del P. Claudio Perani. Teniendo apenas 20 jesuitas en el DIA, liberó tres para el Equipo Itinerante diciéndonos: *“Dedíquense a andar por la amazonía. Visiten las comunidades, las iglesias locales, las organizaciones. Observen todo cuidadosamente y escuchen atentamente lo que el pueblo dice: sus demandas y esperanzas, sus problemas y soluciones, sus utopías y sueños. Participen de la vida cotidiana del pueblo. Observen y registren todo. Anoten lo que el pueblo dice, sus propias palabras. No se preocupen con los resultados. El Espíritu irá mostrando el camino”*. Y abriendo el mapa de la amazonía correspondiente al DIA, con una gran sonrisa, Claudio concluyó: *“¡Comiencen por donde puedan!”*

Inicialmente para mí fue muy difícil el proyecto. Llegué de Paraguay ofreciéndome para los pueblos indígenas. En una carta me presentaban la posibilidad de abrir una comunidad en el Alto Solimões (la triple frontera amazónica Perú-Colombia-Brasil). En mi cabeza, en mi corazón y en mi experiencia estaba la idea de una comunidad “fija y normal”, inserta entre los indígenas. Cuando llegué el P. Claudio me dijo que no tenía gente para abrir aquella comunidad y que si quería podía entrar en uno de los equipos del Consejo Indigenista Misionero (CIMI, órgano de la CNBB) o formar parte del recientemente creado Equipo Itinerante. Aquella propuesta me asustó:

¿Equipo Itinerante para trabajar con varios pueblos indígenas? Si ya me había costado mucho aprender guaraní en Paraguay estando en ambiente guaraní, ¿cómo será eso de itinerar por distintos pueblos y culturas? Le pedí a Claudio que me diera un mes para consultar, rezar y discernir la propuesta. Durante aquel mes, la primera cosa que hacía cada mañana era rezar frente al mapa de la amazonía. Inicialmente no conseguía ni abrirlo, me daba un miedo terrible y se me encogían las entrañas al contemplar aquella inmensa región siete veces mayor que Paraguay. Ríos y más ríos, selva y más selva, no conozco a nadie, ¿por dónde comenzar? Y me resonaban una y otra vez las palabras del P. Claudio: “comiencen por donde puedan”.

Poco a poco fui abriendo el mapa y acogiéndolo en mi interior superando el temor. Dentro de mí sentía cada día más fuerte la invitación del Señor a abrazar el proyecto, a entrar en aquellas selvas y sumergirme en sus ríos, a enterrar la semilla en aquella realidad sin querer entender ni tener certeza y claridad de todo. Resonaba en mí: “Hay que enterrarse como la semilla para poder germinar”, “Yo te seré propicio”. Después de consultar y confrontar la propuesta con algunas personas e instituciones (muchos no la veían clara), y rezarla bastante, decidí entrar en el Equipo Itinerante porque “algo me decía en el fondo del corazón que era de Dios”.

El primer Equipo Itinerante lo forman dos padres jesuitas Albano y Paulo Sérgio (enero/1998). Trabajan visitando las áreas de invasión (“favelas”) de las periferias de Manaus y con las comunidades ribereñas de las márgenes de los ríos. En octubre del mismo año entra la Hna. Arizete CSA y yo para trabajar junto a los pueblos indígenas en articulación con el CIMI.

Durante los dos primeros años del proyecto (1998-1999), cada uno de los miembros vivía en su comunidad y se encontraban para itinerar, programar y evaluar en equipo. Esto traía ciertas dificultades con las comunidades a las que pertenecíamos pues los ritmos y trabajos eran muy diferentes.

Al final de 1999 e inicio de 2000, llegaron nuevas fuerzas: P. Paco S.J., Hna. Odila FSCJ, Tadeu y Claudia (laicos). Cada uno enviado por una institución diferente. Juntos discernimos y decidimos crear la “Tienda de la Comunidad Itinerante Trinidad”, con el objetivo de apoyar la misión itinerante y como un espacio donde compartir nuestra fe, vida y misión itinerante. Procuramos casa por los barrios pobres de palafitos de Manaus y encontramos tres palafitos juntos: uno para los hombres, otro para las mujeres y el tercero para los servicios comunes de cocina y capilla. El barrio era una

“boca de fumo” (área de venta de drogas) y nuestros vecinos eran personas luchadoras, pobres y venidas del interior. Nos acogieron como familia y nos ayudaron a aprender a vivir allí. Vivir en la comunidad era una opción libre dentro del Proyecto de Itinerancia. Asociado a la comunidad inserta tenemos una pequeña oficina de apoyo para el trabajo.

Un paso importante dado en 2002 fue cuando las cuatro instituciones participantes del proyecto lo asumieron inter-institucionalmente constituyendo “un espacio interinstitucional de servicios”. Fue una gracia el hecho de los jesuitas “desapropiarnos” y “desapoderarnos” del proyecto, que nació con nosotros en la lógica tradicional de los otros colaborar con nuestra institución, con nuestro proyecto, con nuestra idea... Los miembros no jesuitas, en particular las mujeres, nos cuestionaron y ayudaron a salir de la lógica de poder (“desapoderarnos”), para junto con los otros, todos tener más fuerza. Las religiosas del equipo nos decían: “Tomen conciencia que el proyecto ya no es solo de ustedes, también es nuestro proyecto, de nuestra institución”. Esto fue posible por ser los jesuitas realmente “Mínima Compañía” en esta región, sin recursos humanos y sin recursos económicos. La “minoridad” nos abrió humildemente a la gracia de Dios, a su acción que “hace nueva todas las cosas”. Nadie posee, nadie es dueño, todos sostienen, a todos les pertenece y da identidad, todos son corresponsables... Reconozco que como jesuita nunca antes había vivenciado una experiencia así de “Mínima Compañía”.

A lo largo de los cuatro encuentros interinstitucionales que hemos realizado a lo largo de estos ocho años el grupo de instituciones participantes ha ido creciendo de cuatro a quince. En los inicios, nadie pensó que esta pequeña experiencia pudiera despertar tanto interés... Esto nos ha asustado un poco y nos cuestiona: ¿Qué es lo que tiene esta propuesta que la hace tan atractiva?

En el equipo es una gran experiencia de aprendizaje el hecho de compartir distintas espiritualidades, recursos humanos y económicos... Es todo un desafío, para el que no fuimos formados, la vida y el trabajo interinstitucional. Normalmente uno siente la tentación de hacer al otro a nuestra imagen y semejanza, querer que el otro sea como nosotros y así deje de ser y contribuir desde su riqueza y diferencia. La Trinidad ha sido una fuente de inspiración en esta línea: vivir la unidad en la diversidad.

A lo largo del camino definimos el objetivo general del proyecto: “Escuchar, despertar, incentivar y apoyar personas, proyectos e iniciativas en el mundo Ribereño, Indígena y Marginados Urbanos, a través de la

itinerancia y de la articulación con personas y entidades afines, para que los pobres, excluidos y culturalmente diferentes, se vuelvan sujetos de su liberación e historia y, se reconozcan como personas, hijas preferidas de Dios, a fin de evangelizar, humanizando los ambientes más agresivos, injustos y opresores, donde la vida humana está siendo amenazada, las culturas desrespetadas y los derechos humanos ignorados”.

Los objetivos específicos: 1) Conocer la vida concreta de las personas, aprender de ellas la manera de servir las mejor. 2) Contribuir con asesorías específicas. 3) Ayudar en la formación de las comunidades y de los agentes multiplicadores de las iglesias, pastorales sociales, movimientos populares, organizaciones sociales e indígenas. 4) Facilitar el intercambio entre las diversas y ricas experiencias existentes, procurando tejer redes de solidaridad y mutua ayuda entre ellas. 5) Estudiar y sistematizar las experiencias vividas para devolverlas a las personas, comunidades, instituciones con las que trabajamos.

Poco a poco definimos también algunos principios metodológicos: “Ir al lado del pueblo, ni detrás, ni delante; al ritmo de la canoa, siendo la praxis y la teoría los dos remos necesarios para avanzar; a partir de las lógicas y de los proyectos de vida de los indígenas, marginados urbanos y ribereños; “desempoderarnos”, disminuir para que ellos crezcan; reciprocidad e interdependencia; escucha y diálogo; inserción e inculturación; registrar, sistematizar y devolver la experiencia; cruzar experiencias y tejer redes...”

Otra cosa importante fue comenzar el proyecto “contemplando” la realidad amazónica y discerniendo los “rostros concretos” desde donde sentíamos el apelo de Dios para “complicar” con ellos nuestra vida. Respondimos primero a la pregunta por los sujetos: ¿Con quién vamos a estar? (y no ¿qué vamos a hacer?). Para ello nos inspiró la “Contemplación de la Encarnación” y la consideración ignaciana de “tiempos, lugares y personas”. Nos preguntamos: ¿Quiénes son los más marginados y excluidos en la Amazonía hoy? Emergieron los rostros de los marginados urbanos, ribereños e indígenas. En la amazonía hay profundas interrelaciones entre estos tres sujetos históricos. Por eso el Equipo Itinerante está constituido de tres sub-equipos, uno por cada sujeto histórico. Juntos intentamos estudiar, comprender y profundizar esas tres realidades para responder mejor a ellas. Fue una experiencia nueva para mí estar como jesuita en una región donde no había obras pesadas que nos amarraran y condicionaran nuestros discernimientos y elecciones. Todo estaba por construir y por eso podíamos arriesgarnos a “perder el tiempo” buscando nuevas respuestas frente a los

nuevos desafíos. Mucho resonaban las palabras de Arrupe: “No me preocupa que los Jesuitas se equivoquen, me preocupa que intenten dar respuestas de ayer a los problemas de hoy”.

Entre las itinerancias, y de modo sistemático tres veces al año, todos los miembros del proyecto nos encontramos unos 10 días para descansar, evaluar, estudiar, programar, rezar y compartir nuestra misión y nuestra vida comunitaria. También cada dos años hacemos retiro todos juntos y en el año intermedio cada miembro lo hace con su institución.

Viviendo con la mochila en la espalda ocho meses al año, también sentimos la necesidad de explicitar algunos rasgos de la “espiritualidad itinerante” que íbamos viviendo y nos daba soporte: *“Itinerar, interna y geográficamente, dejándonos conducir por la brisa del Espíritu de Dios, discerniendo su Voluntad, en el cotidiano de la vida de los pobres, diferentes y excluidos”*. Una espiritualidad que sigue el movimiento de la Encarnación-Muerte-Resurrección y que supone un constante *“salir de sí para bajar al encuentro y al servicio de los otros, movilidad y levaza, complementariedad*

*al ritmo de la
canoa, siendo la
praxis y la teoría los
dos remos necesarios
para avanzar*

y corresponsabilidad, inculturación, diálogo intercultural e interreligioso, amistad, solidaridad y fraternidad, buen humor para reírse de las limitaciones propias y de los otros”. Intentamos *vivir una “espiritualidad de fronteras” que parte del “estar con”*. *Estar con los otros, predilectos del Padre, donde está realmente presente el Otro: “Estar con quien nadie quiere estar, estar donde nadie quiere estar y estar como nadie quiere estar”* (P. Pepe H. sj).

Algunas imágenes y parábolas nos han ayudado a entender la intuición del Equipo Itinerante: El equipo se auto-comprende como un espacio interinstitucional de servicios; siendo más un pequeño catalizador dentro del complejo sistema social; el equipo es más hilo que nudo en la red; más un grupo de abejas polinizando el bosque que árboles fructíferas; más hilo y aguja para tejer que paño tejido; más semilla que planta; más caballería ligera que artillería pesada o francotiradores; más fermento que masa; más sal que comida...

El Proyecto Itinerante está abierto a laicas y laicos, religiosas y religiosos de distintas congregaciones, presbíteros y otras personas que quieran sumar fuerzas con los marginados urbanos, ribereños e indígenas

de esta inmensa amazonía. Las personas participan del proyecto enviadas por una institución que además contribuye con la sustentación del mismo.

Actualmente el equipo está constituido por 14 compañeros/as (laicos/as y religiosos/as) de ocho instituciones (Conegas de San Agustín, Hijas del Sagrado Corazón de Jesús, Siervas de la Santísima Trinidad, Comisión Pastoral de la Tierra, Consejo Indigenista Misionero, Voluntariado SJ Alemán, Maristas y Jesuitas). Y hay varias instituciones que quieren sumarse a la propuesta (de forma inmediata los Misioneros de la Consolata y un padre diocesano del Perú). El equipo está distribuido en dos núcleos: "Trinidad" con base en Manaus (Brasil) y siete miembros; "Tres Fronteras" con base la triple frontera Tabatinga (Brasil), Leticia (Colombia) y Santa Rosa (Perú) y siete miembros. También hay algunos miembros que colaboran a tiempo parcial.

Como perspectiva del proyecto, pensamos ir regionalizando pequeñas "células itinerantes" en las fronteras de los países amazónicas por ser estas lugares estratégicos donde las heridas están más abiertas y se abren nuevas y creativas posibilidades de servicio. En concreto, además de los núcleos Manaus y en de la triple frontera Brasil-Colombia-Perú, en el Alto río Solimões (o Amazonas), estamos también colaborando en la triple frontera Venezuela-Guyana-Brasil y comenzando a visitar la triple frontera Bolivia-Perú-Brasil para ver posibilidades de abrir otro núcleo del equipo en un futuro próximo dependiendo de las nuevas instituciones interesadas en la región. Y siempre en la perspectiva de servir y apoyar las iglesias, organizaciones y comunidades urbanas, ribereñas e indígenas de la región, intercambiando experiencias, creando redes de solidaridad y "tejiendo las fronteras".

Como dice el trovador popular de estos ríos: "Sueño que se sueña sólo no llega a nada, pero sueño que se sueña juntos se convierte en realidad". Y parafraseando al poeta: "Peregrino, no hay camino, se hace camino al peregrinar". ¡Vengan, vamos a peregrinar y remar con los pueblos de la amazonía!

EN BUSCA DE LO IMPORTANTE

Godfrey D'Lima

La Historia de mi vida

Vine al mundo en una aldea de la ciudad de Mumbai, India, que no se distinguía por su piedad o impiedad. El sector católico de la aldea era víctima de alienación cultural por defender su identidad. Pertenezco a la Comunidad tribal del Este de India, cuyas viviendas seculares de madera, no apropiadas para habitación humana, son heredadas en una ciudad super poblada. Fui a la escuela de los jesuitas en St. Javier, Dhobi Talao, donde estudiábamos juntos ricos y pobres, de diferentes comunidades, gracias a los subsidios del gobierno. Me gustaban especialmente el edificio alto y la torre, y la sección de Ciencias Naturales con miles de desgraciados pájaros, y otros animales, disecados. El contacto con los jesuitas en mi niñez y juventud me brindó oportunidades para interrogarme a mi mismo sobre mi persona, el universo y Dios. No me gustaba el conformismo escolar, pero era demasiado tímido para mostrar mi rebeldía, y porque dependía económicamente del sistema para sobrevivir. Me gradué en economía en un colegio público donde los valores humanos eran no menos apreciados que en mi ambiente cristiano. Mi atracción hacia Jesucristo creció a lo largo de los años por el ambiente familiar, la liturgia parroquial y el contacto con la Iglesia, las experiencias y las ideologías, los modestos esfuerzos para enseñar a los alumnos más pobres, y por la oración y la lectura de la Escritura.

Vida en la Compañía

Mi decisión de unirme a los jesuitas me vino desde una inspiración de seguir a Jesús. Como seglar pensé que sería más dificultoso hacerlo yo solo. Con la ayuda de una organización yo sería capaz . Comprendí que el voto de

pobreza era importante en el contexto de la India; mientras que la castidad era cosa que se espera de todos, y la obediencia se interpretaba de forma liberal. La pobreza ha sido de gran ayuda para ganarse la solidaridad con el mundo que nos rodea. Puesto que mi familia había vivido modestamente, sin estrecheces, mientras la vida religiosa ofrecía un nivel de vida más alto, yo podía conservar las raíces familiares y unirme a las masas de gente pobre. No aspiraba a largos años de vida gratis, con vivienda y mantenimiento asegurados, en la vida religiosa. Era suficiente tener una mínima preparación académica para servir a los pobres de la India. La Educación Superior pone en peligro el servicio a los pobres, porque está relacionada con el compromiso de la Compañía con los ministerios elitistas. Por eso estaba yo en contra de la así llamada “educación superior “. Mi particular pedagogía de mi formación sería: observaciones personales, lectura, reflexión, ser comunicador, y en concreto dedicarme al servicio de los pobres a través de la formación.

Durante los estudios de la filosofía intenté dedicar una hora, de estudio y juego, en un suburbio, a una cierta distancia del Colegio De Nobili. Y en el mismo De Nobili trabajé en una tutoría para vecinos pobres. Durante la teología, un grupo de nosotros vivíamos en un apartamento desvencijado, en condiciones de vida penosas. Además, al pensar que el desarrollo general de los temas era irrelevante, algunos de nosotros decidimos centrarnos en otros temas, dejando de lado el grado académico. Y aprendí una cosa: que yo no era una persona que pudiera prescindir de la Compañía o de la Iglesia para mantener mis ideales. Al mismo tiempo no podía arriesgarme a depender totalmente del sistema para alimentar mi compromiso.

Comprendí que la CG 32 era un tremendo reto. Quería que mi espiritualidad estuviese a la altura de sus demandas radicales. El asociarme con jesuitas que intentaban hacer realidad la CG 32 me ayudó a perseverar. Me gustaba el campo de la educación, y con frecuencia me recreaba la idea de enseñar, en Inglés, en las Escuelas Medias de la ciudad de Mumbai. Pero vi entonces con claridad y decisión que debía escribir al Provincial expresando mi opción por la India rural. Y si pudiese dedicarme a la educación en las áreas rurales pobres mis ideales quedaban de alguna forma cumplidos. Todas mis lecturas sobre el estado de la educación de las gentes confirmaban mi elección de trabajar con los pobres campesinos.

La confrontación impide el Servicio

Durante mi formación jesuita luché contra mi dificultad para tomar parte en acciones de confrontación a favor de la justicia o el derecho. Comprendía las razones para la acción directa a favor de la justicia. La vez que más me acerqué a la acción fue cuando me uní a una marcha de protesta ruidosa en el área tribal del distrito de Thane. Incluso llegué a visitar a un ex jesuita encarcelado. Pero ese fue el final de mi carrera como clásico activista social. Comprendí que si quería hacer algo útil por los pobres tendría que ser algún servicio limitado, que no pretendería – excepto como acto de fe—cambiar las estructuras sociales. Más adelante tuve la experiencia de acompañar a la conocida activista, Sra Media Parker, en una marcha. Mi timidez en el campo de la protesta social no me permitía más actividad en ese terreno. También fui testigo, en la Misión de Talasari, de la brutal paliza que dieron a dos sacerdotes diocesanos unos activistas de izquierdas, sin que se oyese la menor protesta por parte de los miembros tribales locales, a los cuales nosotros intentábamos servir. Se me ocurría que era absurdo que la Misión Jesuita estuviera enfrentada con otros que servían a la misma causa. La complejidad del servicio en misión y el compromiso social, exigían el desarrollo de estrategias bien pensadas para que la entrega a ese trabajo tuviera algún sentido .

Compromiso Concreto

Así comenzó mi entrega a la educación tribal como campo específico de mi inserción en el apostolado social. Me había resignado a no ser considerado un activista clásico, porque el campo de la educación primaria y no reglada no podía apenas cambiar las estructuras. Tampoco encajaba yo en el movimiento por la educación formal, que la Compañía siempre había promovido y estructurado. Comencé a supervisar las escuelas tribales en la Misión de Talasari. Pronto fue evidente que la Misión luchaba por salir de un sistema patrocinado por el cristianismo y cambiarlo en un sistema más universal o católico a favor del pueblo. Me encontré en medio de la tensión entre los, así llamados, servicios religiosos y el creciente servicio simplemente humano. Observé que mientras la asistencia a los servicios religiosos era limitada, los servicios seculares atraían a más público. Vi

entonces la utilidad de mis reflexiones en los años de formación para aceptar que lo secular y lo religioso están muy relacionados entre sí. Y que los valores humanísticos seculares facilitan más el acercamiento a las agencias humanas positivas que las agrupaciones religiosas.

A pesar de todo la tensión entre las opciones de la misión y mis perspectivas personales no terminó con mi entrega a la educación rural. Mientras que algunos opinaban que la educación no es más que concientización, yo vi que esa concientización no siempre ayudaba a los pueblos que la experimentaban. Y si ciertas ventajas se dilatan indefinidamente los movimientos sociales no pueden subsistir. Por ello hay que hacer accesible a los educandos algún tipo concreto de provecho visible. Las letras y los números se consideran provechosos, aunque en la práctica la mayoría de los pobres apenas llegan a dominarlos funcionalmente, como parte de algunos de los programas en los que he trabajado. Algunos dicen que si el resultado es tan limitado para qué sirven los programas. Pero cuando yo visitaba las comunidades tribales, que habían convenido con nosotros en establecer esos centros de

enseñanza, les oía decir: “al menos nuestros hijos van a una escuela que funciona, donde aparece el maestro, y ellos intentan aprender, y ¡algunos de ellos han aprendido ciertamente algo! Yo digo a los padres pobres que tienen que pagar una modesta cantidad en dinero o en otra forma. Los aldeanos facilitan espacio en alguna choza para las clases. Ellos compran el material necesario. Más adelante, con la ayuda de compañeros jesuitas y de religiosas hemos comenzado sociedades de crédito y ahorro, y hemos llevado a cabo alguna pequeña obra agrícola. También hemos iniciado algunas experiencias en granjas.

A medida que ponemos en marcha estos programas debatimos muchas veces con la gente tribal, individual y colectivamente. Y mi compromiso social tiene varios componentes necesarios: mucha observación, lectura, reflexión, y naturalmente reflexión teológica y oración.

*mucha observación,
lectura, reflexión, y
naturalmente
reflexión teológica y
oración*

Evitar conflictos

Hubo una época en la cual yo pensé que la Compañía, la Iglesia y el Mundo llegarían, en una escatología a corto plazo, a converger en los temas humanos. Hoy no espero que esa convergencia tenga lugar. Si se logra quedaré agradecido. Si no se logra no me desanimaré. Porque para mí el Misterio Pascual es un ejemplo de la Salvación que ya se ha cumplido y al mismo tiempo todavía está sin cumplir. Cada vez soy menos propenso a crear conflictos. Antes habría entrado en las asambleas de la Provincia con gran celo para reclamar una acción convergente a favor de los pobres. Pero hoy nos encontramos en posiciones divergentes, y esto no es del todo perjudicial a la causa de los pobres porque también la convergencia en temas elitistas tendrá una mayoría muy pequeña. Creo que es más provechoso usar la ayuda que nos ofrecen los jesuitas y otras personas (y es ciertamente considerable) que debatir el sentido del magis en nuestro tiempo.

He intentado mantenerme alejado (¡ y me sospecho que hay reciprocidad !) de los mecanismos de decisión de la Compañía, y hacer mi trabajo lo mejor que puedo, en lugar de enzarzarme en agrias controversias sobre qué tipo de apostolado debe mantenerse para que sea la vanguardia de nuestra acción por la fe y la justicia. He llegado a la conclusión de que los conflictos quitan fuerza a la creatividad y entrega personal. He encontrado la manera de convivir con lo que no estoy de acuerdo. Y si ha habido momentos de amargura, también he gozado momentos de gran gratitud por la ayuda que la Compañía y la Iglesia ofrecen a vocaciones como la mía, que dejan el campo trillado y se aventuran por terrenos, donde nunca yo hubiera pensado trabajar.

Visión espiritual

No es lo más importante que mi visión pueda llamarse ignaciana, cristiano-católica, o humanística. Para mí hoy lo importante es que mi visión está relacionada con la Bondad de Dios y que su Acción Salvadora alcance a los más necesitados de la familia humana. Estoy de acuerdo que para configurar esa expresión teológica sería necesario consultar cada una de las fuentes de la comunicación divina. Si Ignacio hubiera concebido la realidad humana y el desarrollo teológico tal como es hoy, no dudo en

decir que yo buscaría participar de su visión actual. Sobre lo que está todavía en perspectiva yo reflexiono, y oro y actúo, para que la pedagogía de Dios encuentre en mí un alumno aventajado.

He llegado a estimar las contribuciones de un ancho abanico de personas y de instituciones que complementan lo que yo solo no he podido lograr. Las ideologías y espiritualidades declaradas tienen que ser siempre evaluadas por sus manifestaciones prácticas. Lo mismo sucede con mi propia visión, que con frecuencia sufre por ejemplo con el peso de sus propias contradicciones, como son las facilidades amplias que los pobres apenas pueden permitirse.

Me sorprende, me divierte y me agrada, que se refieran a mí como un activista social en un contexto de seminario. Durante años me he contentado con ocupar la identidad de un experimentador de bajo nivel, con alternativas educativas posibles para alumnos tribales pobres. Cuando caigo enfermo físicamente o me encuentro en situaciones depresivas, me preparo para la ignominia de ser llamado un ser ya quemado. Pero nunca me ha faltado ayuda. Parece providencial que siempre haya habido personas que estén a mi lado con la ayuda necesaria para fortalecer mis energías y mi entrega. Y creo que mi espiritualidad se forja en esa solidaridad. Y no menos con la solidaridad del Misterio Pascual.

SEGUIR A CRISTO EN POBREZA

Tony Herbert

Tony Herbert nació en Sydney, Australia, estudió con los Hermanos Cristianos (Irish Christian Brothers), y con los Jesuitas. Al terminar sus estudios de media entró en la Compañía de Jesús, y en Melbourne hizo el Noviciado y la Filosofía. Fue destinado a la Región de Hazaribag, India, donde llegó en 1965. Terminado el magisterio, en San Javier de Hazaribag, estudió lengua Hindi y otras materias universitarias, y fue al Colegio St Mary de Kurseong para hacer teología. Más tarde fue enviado a Vidya Jyoti, Nueva Delhi. Después de la ordenación sacerdotal fue destinado a San Javier, y después a la parroquia, de Hazaribag. El tercer año lo hizo en Sitagarha. Durante la tercera probación eligió trabajar con los Dalits del distrito de Hazaribag, y después estuvo diez años viviendo y trabajando con las comunidades Dalits de las aldeas. En 1991 dedicó un año sabático a estudiar en el Instituto de Ciencias de la Conducta en Ahmedabad, Gujerat. A su vuelta comenzó, con otros jesuitas, el Centro de Recursos Prerana, en Hazaribag, que tiene por fin fortalecer el apostolado entre los Dalits. Actualmente es el Coordinador de ese Centro.

NARRACIÓN

Mi destino a la India lo recibí con dudas. ¿Cómo era la India? ¿Era yo la persona adecuada para ir allá? Hacia allí partí con el idealismo de un joven jesuita, y el espíritu de aventuras propio de la juventud. El viaje, (dos semanas en barco), era literalmente un viaje a otro mundo, que parecía acentuar el simbolismo de lo que dejaba atrás— ¿juventud, familia, todo un mundo? ¿quemaba mis naves? —. Era hacer realidad un compromiso aceptado de antemano. Años más tarde comprendí cuánta libertad me dio ese compromiso.

También años más tarde sentí lo violento que había resultado para mis padres. En aquellos días los sentimientos no figuraban en nuestra agenda.

Después de un período para aclimatarme fui enviado a San Javier de Hazaribag, un centro escolar de media con internado. Dos años de magisterio allí, dando clases, supervisando el internado y los deportes, sin mucho tiempo para pensar y reflexionar. Se trataba de una "institución completa", con un programa duro y difícil, que ofrecía amplia posibilidad de mostrar mis cualidades, o la falta de ellas. Aún mantengo amistades que comenzaron aquellos días, pero para mí la India era todavía otro mundo, fuera de las puertas del Centro. Era como si todavía estuviera en Australia.

Un día apareció una nota en el tablón de anuncios del teologado: un párroco de un pueblo algo alejado necesitaba cinco teólogos para dar retiros de tres días en diferentes aldeas como preparación de la Navidad. Sufría porque ansiaba ir pero comprendía que eso no era posible. Al fin escribí mi nombre. El párroco, misionero belga de lengua barba, me llevó a su pueblo, me puso en manos del catequista, dijo que volvería en tres días y se fue. Por primera vez en mi experimenté el vacío que después iba a sentir al vivir en las aldeas. Uno se ve desorientado, sin fuerzas, pero saca fuerzas de flaqueza, no las suyas propias que no existen, sino otras quizás más eficaces. El retiro de tres días fue poco menos que un fracaso, pero la gente era paciente y amable, y yo había cruzado un obstáculo importante en mi vida. Al verano siguiente, en la parroquia de Bhurkunda, di una serie de cinco retiros en aldeas, durante cinco semanas.

Después de la ordenación fui enviado de nuevo a San Javier, como lo había sido en el magisterio, pero con más trabajo y responsabilidades. El Centro educativo continuaba siendo un enclave inglés de grado medio muy exigente. Yo ansiaba salir de allí y meterme en la corriente de la vida india. Y también me preguntaba por qué habíamos elegido esta clase social para nuestra trabajo, cuando había mucha más gente que lo necesitaba con urgencia. Al cabo de dos años el Superior mayor prestó atención a mi inquietud y me envió a la parroquia local. Era una oportunidad muy deseada de ministerio pastoral, en comunidades cristianas pequeñas, diseminadas por los alrededores. Había confesiones, especialmente por las tardes, Misas

matutinas, visitas a las familias. Debía expresarme en la lengua local, conocer la vida de las aldeas, y ver de cerca las vidas de la gente ordinaria.

Un día, hacia el fin del segundo año, en la aldea de Januari, me quedé sorprendido al reflexionar sobre mi ministerio allí. Aunque siguiera trabajando durante cien años la gente seguiría igual. Aunque yo aprovechaba las fuentes de la vida sacramental cristiana, yo seguía culturalmente siendo un extranjero, sin poner atención a los problemas sociales urgentes. Parecía que el pueblo vivía en dos mundos distintos, el cristiano y el tribal. Y por más que la gente me estimase a mi, sacerdote visitante, estaba claro que yo no era uno de ellos. Comprendí que tenía que asimilarme a una comunidad, aprender su lengua y cultura, y entrar en su propio mundo. En nuestra zona había cuatro principales comunidades: Oraon, Santhal, Munda y Dalits. Después del terceronado, que comenzó enseguida, pedí al Superior Mayor trabajar entre los Dalits, y me lo concedió. Y así, a la edad de cuarenta años, comencé el trabajo que iba ser el principal de toda mi vida.

Los diez años siguientes lo empleé en recorrer y estar en aldeas, afanándome por ser parte del mundo Dalit. Al comienzo tomé como pretexto ser antropólogo, observando y tomando nota de las fiestas, ritos y costumbres y relaciones entre las gentes. Yo no tenía para esto una preparación especial, pero ya hacía tiempo aprendí que ¡en la Compañía termina uno por hacer aquello para lo que no tiene preparación apropiada.!

El pueblo esperaba de mi que pusiera en marcha planes y proyectos que les ayudaran en su pobreza. Este “faceta de desarrollo” era la tradición de la iglesia local, y era también la respuesta del gobierno frente a la pobreza de las aldeas. Me negué a seguir ese camino. De hecho cuando me preguntaban “por qué estaba allí”, mi respuesta era “porque quiero estar con vosotros”. Es una frase, pero era ciertamente verdad, yo estaba gozando plenamente de mi vida aldeana entre ellos. Yo terminaría aprendiendo que mientras muchos están deseosos de hacer cosas por ellos desde fuera, pocos están dispuestos, y lo saben ellos mismos, a entrar en un mundo, que califican de “manchado” (impuro). Estar auténticamente alegre entre ellos era ya un mensaje evangélico sin palabras, mucho más eficaz que el trabajo de desarrollo por ellos desde fuera. La importancia de la relación humana sobre la actividad iba a ser para siempre una guía de mi vida.

Dos cosas que aprendí en esos primeros años

a. Mientras que el nivel educativo en las comunidades de castas altas era razonablemente elevado, (ya había contribuido a ello durante mi estancia en San Javier), entre la comunidades socialmente bajas el analfabetismo era casi total. Nunca había yo caído en la cuenta de eso.

b. Había una corriente subterránea permanente de violencia contra los Dalits. Se manifestaba de forma física donde quiera que asomaba un asomo de independencia. O en forma de violencia crónica en un sistema feudal, con salarios de hambre, negación de recursos para sobrevivir (tierra, agua, bosques), y trabajo obligatorio. La mayor parte provenía de la clasificación de seres inferiores (intocables), aplicada a ellos por la casta Hindú.

Con el tiempo desplegué gran actividad iniciando centros educativos no reglados, para colocar niños en los hostales de nuestra misión, busqué un grupo de colaboradores entre los habitantes, ayudé en casos judiciales en los tribunales, pero siempre el período inicial de contacto prolongado con los Dalits lo he considerado como crucial para mí.

Me gustaba la vida al aire libre en mis correrías por las aldeas. Solía tomar un autobús local desde Hazaribag (a dos horas), y caminar, o ir en bicicleta de aldea en aldea, según un programa previo comunicado a las gentes, durante nuestras reuniones mensuales. En aquellos días no tenía motocicleta. El viaje en autobús y el caminar llevaban mucho tiempo, eran físicamente cansados y estaban sujetos a los monzones y al calor estival. Pero me ponía al nivel del pueblo, y esto para un extranjero yo pensaba que era importante. Era también la manera de tratar con el pueblo cara a cara, en el camino y en los locales de té. De esas visitas casuales todavía mantengo contactos periódicos con las comunidades Dalits.

El mundo de los Dalits era (¡todavía lo es) desconocido para mí. Según ellos yo no conocía lo básico de la vida de la aldea, conculcaba con frecuencia sus costumbres, no conocía bien su dialecto, y me calificaban sin duda como torpe e incompetente. Humillación para mí y cómico para ellos. En su mundo mis conocimientos eran inferiores a los suyos, y yo dependía de ellos para todo. Ellos me recibían en sus casas, me ofrecían el alimento, a su manera y a sus tiempos, y yo aprendí a estarles agradecido por todo. Sin pretenderlo era un feliz cambio de

papeles en la ecuación de poder, que es normal entre el sacerdote y el pueblo. Las circunstancias de la vida exigían una ascética dolorosa. Y no provenía de motivaciones religiosas, que pueda tener una “persona religiosa”, era simplemente la realidad de la vida de cada día, y con el tiempo me acostumbré a aceptarla de alguna forma, como el pueblo la aceptaba. Pero, para decirlo todo, permitan añada que yo volvía con frecuencia a mi base en San Javier para pasar allí algún tiempo.

Entrar en el mundo Dalit supone algo más que molestias físicas. El viaje de dos semanas en barco a la India no había borrado mi programación, por así decirlo, de educación urbana, de hombre blanco de clase media. Pero, lentamente a lo largo de los años, las circunstancias me obligaron a cambiar mucho de esa programación. Ya no valían las cosas que yo daba por supuestas en mi mundo anterior. Ahora yo veía ese mundo de forma distinta, ya no era para mí algo absoluto. ¡La gente me enseñó que mucho de ese mundo anterior y de la seguridad que me ofrecía, y yo atesoraba, era en realidad algo sin valor!.

La Fe iba más allá de mi punto de vista religioso cristiano y de sus símbolos

Esta nueva programación interior incluía mi espiritualidad. La Fe iba más allá de mi punto de vista religioso cristiano y de sus símbolos. Era más bien ver a Dios presente en medio de la oscuridad aparente, de la pobreza cruel, en la amargura de nuestro pueblo, que se veía abandonado una y otra vez. Era la Fe del centurión de Marcos. En situaciones, en las que, hablando humanamente, uno se inclinaría a decir que no hay Dios, era el pueblo quien reafirmaba que si lo hay, que Dios existe. Podríamos entonces preguntarnos ¿quién enseña la fe del Evangelio a quién?

Es más, el pueblo me ha llevado más profundamente al Evangelio, me ha mostrado sus riquezas, de una manera que no lo hicieron mis estudios. Muchas experiencias podría yo citar que me han mostrado a Dios presente en el ambiente público. Esos pueblos marginados son como un moderno Anawim, desnudos, sin las máscaras artificiales y artificios que yo uso, sin los “apuntadores de teatro” que la mayoría de la gente necesita. Esto no es dejarse llevar del romanticismo, o decir que ese pueblo es mejor, porque los pobres pueden ser tan perversos como el que más. Pero existe entre

ellos una sabiduría sin complicaciones, una claridad, una alegría espontánea, que procede de haber sido desposeídos de todo. De esta forma es el pueblo mismo quien despliega gran energía, ellos son los que dan esperanza, y por eso yo necesito todavía volver a ellos.

Me fascinaba su mundo religioso. Debajo de una primera capa de Hinduismo clásico, tan bien documentado, está un mundo subordinado de religión popular. Dedicué tiempo, y todavía lo hago, a participar en sus ritos de iniciación y en sus festivales rituales. A veces en la aldea de Horam, cuando estaba presenciando un rito, con la multitud a mi alrededor tan completamente absortos y entusiasmados, yo me decía a mi mismo: “he hecho tres años de filosofía y cuatro de teología, y sin embargo no tengo la menor idea de lo que está sucediendo aquí”. Esa experiencia tuvo varias consecuencias. Me movió a leer y estudiar y a intentar comprender. Me ayudó a ver que aquí, en la aldea, existía un diálogo religioso, (del cual nosotros comenzábamos a hablar con frecuencia), y que en ese diálogo debían tomar parte no sólo las religiones del pueblo sino también las grandes religiones del mundo. Y al mismo tiempo excluía lo absoluto de nuestra práctica Católico-Romana, que pretendía ser la única religión válida, y el “único sistema de símbolos”, para manifestar el Evangelio.

En mis visitas a las aldeas solía explicar la historia del Evangelio. “Si deseas una nueva vida, debes estar preparado para morir. Jesús es tu modelo. Su Pascua es nada menos que un itinerario para nuestras propias vidas”. En aquellos días solíamos tener reuniones evangélicas de oración, con cantos piadosos. Yo no podía cantar ni una nota siquiera, pero mis colaboradores, después de ensayar con un compañero jesuita, se ocupaban de ello. Mis visitas normalmente se centraban en esas reuniones. Al paso del tiempo algunos grupos pedían el bautismo. Solíamos entonces celebrar la Eucaristía. En esas ocasiones, en medio de nuestra lucha por la justicia, la Eucaristía tenía una significación especial, una celebración por esa lucha. Allí se juntaban miedo y confianza, desamparo y esperanza, al mismo tiempo. Quizás el pueblo no estaba muy atento durante la catequesis, pero en estas ocasiones los símbolos de la Eucaristía, el partir el pan y la participación, tenían una fuerza especial. En una ocasión nuestra Misa fue interrumpida por un terrateniente y sus seguidores, otras veces tiraron piedras a nuestro tejado. Cuando la celebrábamos en una aldea, el grupo entero, sin distinción de bautizados y no bautizados, estaba unido allí presente. Dar la Comunión a los bautizados y no a los demás me parecía un signo negativo. La

integración de estas comunidades con la iglesia local sigue siendo un problema complejo.

Mi interacción con otros sacerdotes y religiosas, que trabajan en la acción social, manifiesta que entre ellos hay una experiencia, demasiado común, de alejamiento respecto a la corriente central de la Iglesia. No entra en los objetivos de este artículo debatir ese tema. Basta decir que yo también lo he experimentado.

Es un resultado de su fuerte identificación con quienes trabajan, y se relaciona con temas como la tensión generada al moverse constantemente entre el mundo de su pueblo y el mundo de su comunidad religiosa (muy diferentes entre sí— ¿cuál es lo real?). Se refiere también a la ignorancia feliz de sus compañeros religiosos (¡su propia familia!) respecto a las duras realidades de la vida en los suburbios, y su resistencia aparente a ponerse en contacto con ella, e incluso a reconocerla. Se refiere al contraste entre nuestra vida cómoda por una parte, y las luchas increíbles de los marginados por otra,— y esto junto a nuestra manifestación de pobreza como compromiso evangélico, mientras que el pueblo vive su pobreza con la sencillez del evangelio. Este lleva a tensiones constantes, incluso a la ira, y es parte de mi historia. Existe la tentación de dejarse llevar de la compasión por sí mismos, y buscar apoyo moral, o también generar una ira oculta. El intercambio con otros compañeros jesuitas fue siempre una gran ayuda y fuente de fortaleza.

El desvío sentido por los religiosos en la acción social es simplemente la experiencia que es constante en el pueblo. Si vamos al pueblo marginado experimentaremos sin duda alguna su desvío. Por ello no debemos lamentarnos. En los comienzos yo creía que nuestro desvío era un ejercicio para atraer a nuestras comunidades alejadas hacia el buen camino. En la práctica esto significaría encontrar su sitio en una sociedad más amplia, como iguales, quizás aceptarlos en la iglesia local, (incluso con vocaciones entre ellos), en nuestras escuelas, y así recibir el reconocimiento social que merecían. Yo consideraba que mi “salir hacia fuera” era para “traer a otros hacia dentro”. He aprendido que eso no podía ser, porque los poderes que se oponían a ello son demasiado fuertes. Esto no es derrotismo, porque algo sucede, como diremos más adelante.

Después de diez años solicité un año sabático. Quizás empezaba ya a estar quemado. Un año en el Centro Jesuita de Ciencia de la Conducta, en el Gujerat, era un intermedio precioso y muy oportuno. Allí los estudios se centraban en la psicología propia de los pueblos oprimidos. Para mi la cordial hospitalidad de los jesuitas del Gujerat fue algo muy especial.

A mi vuelta, y con otros jesuitas, fundamos el Centro Prerana. Allí intentamos vigorizar nuestro trabajo en las aldeas Dalit, por medio de campos de entrenamiento dirigidos hacia la psicología particular de los Dalit, con gran énfasis en la formación de su propia organización. No era nuestro objeto proporcionar servicios sociales sino atender a las urgentes necesidades que se agolpaban normalmente en nuestra puerta.

En Prerana, además de nuestro trabajo en las aldeas Dalit, comenzamos una rama legal. En nuestra aldea se presentaba un problema social serio por las repercusiones de la mina de carbón, tanto para el pueblo como para el medio ambiente. De muchas maneras crea un ambiente demoleedor. Sin haberlo planeado de antemano, comenzamos a tratar los temas importantes, en nombre de los afectados, con las Compañías y con el Banco Mundial. Ese aspecto legal suponía trabajar en unión con otros. Había grupos, no conectados con la iglesia, dotados de un alto grado de compromiso y competencia. Era necesario estudiar más y leer más.

Comenzamos con grandes esperanzas, pero pronto nos dimos cuenta de que en nuestro mundo neoliberal ese trabajo legal era semejante al combate de David y Goliat, solamente que aquí quien triunfa es Goliat. Esto resume nuestro problema a una lucha condenada al fracaso.

Tratamos el caso con nuestra comunidad Dalit. Inicialmente teníamos la esperanza de ser capaces de traerlos desde los márgenes al centro de la vida social. Sospeché muy pronto que sería muy dificultoso. Especialmente en temas de justicia social, pronto comprendí que era muy difícil salir airoso, incluso con la ayuda de buenos funcionarios del Estado.

Por consiguiente: ¿Lo dejamos?. ¿Hacemos algo diferente que dé resultados?. ¿Aceptamos que no hay alternativa?. ¿Nos rendimos a la "realidad moderna" actual? Si las posibilidades son tan pocas ¿porqué hacerlo?

Merton escribe sobre hacer algo porque es real.. Está ahí, así que hay que hacerlo, y el resultado es secundario. Sea, pues así. ¿Por qué dedicar nuestros esfuerzos a una comunidad Dalit en vista de la ideología de castas, tan voceada, que lo domina todo? ¿Por qué desafiar al monstruo devorador neo-liberal con ninguna posibilidad de vencerlo? ¿Por que está ahí y hay que hacerlo. Esta es la realidad de nuestro mundo, visto a la luz de la Pascua de Cristo, y nosotros seguimos esa senda.

Así aprendí yo con más profundidad que mi vida de jesuita no era simplemente seguir a Cristo, sino que era seguirle en pobreza. Hay para un jesuita muchas formas de hacerlo, y una de las más genuinas es la solidaridad con los marginados. Es liberador y vivifica, tanto al que da como al que recibe. La Congregación General 34 habla de “comunidades de solidaridad”.

Pero hay más. Hay resultados, pero de forma inesperada. Alguien ha escrito que la experiencia de amar es en si el premio de amar, y no el pago de cualquier otra forma. El amar da como fruto el gozo. Yo gozo en mi trabajo, en mi entrega a las gentes, en el reto de este trabajo sacerdotal. En si todo esto significa mucho.

Además hay que considerar los resultados, el crecimiento de los individuos y de las comunidades en muchos aspectos. El grano de mostaza crece.

Otro resultado es lo que he aprendido del Reino de Dios a través de los pobres. Ya hice anteriormente mención de esto.

Y el hecho de encontrar a Dios presente entre los marginados es la razón de mi trabajo. Y la seguridad que da el saber que más allá del horizonte humano sin esperanza, hay esperanza y certeza. Contra toda lógica humana.

Todo esta experiencia ha servido para dar vida a los criterios ignacianos, largo tiempo repetidos. Quizás la base se puso en el noviciado, al leer de manera periódica el Examen (101), que nos dice que debemos “vestirnos de la misma vestidura y librea de Nuestro Señor”. Esto se desarrolla en todos los Ejercicios. Es su don, que excede toda proporción para el que lo recibe, o está dispuesto a responder a él. ¿Qué más podemos decir?.

NUESTRA FE Y NUESTRA BUSQUEDA DE LA JUSTICIA

Paul Caspersz

El que escribe estas páginas entró en el noviciado jesuita de India Meridional, con otros tres amigos, en 1942. Los cuatro habíamos tomado parte en el movimiento de “Acción Católica”, durante nuestros estudios superiores en Colombo. El fin del movimiento era hacer que la práctica de nuestra Fe fuera manifiesta en nuestra sociedad secular y no católica. Y yo naturalmente quería seguir adelante en ese ideal con más intensidad en la India. Entonces el país era una nación muy grande, que comprendía la India actual, Pakistán y Bangladesh. Ghandi y Nehru estaban en primera línea, luchando por la independencia. Me escribía un amigo, en vísperas de mi viaje desde Ceilán a la India: “Recuerda que vas a vivir y amar entre los indios”. Yo lo recordé, y tenía grandes esperanzas de ser, como novicio, de alguna forma, un testigo interesado de la lucha de la India por su libertad.

Nuestra desilusión iba a ser grande y penosa. Estábamos ciertamente en la India, pero la India para nosotros era lo mismo que si fuéramos novicios o juniors en Tokio, Londres, Nueva York, o en la luna. Se nos formaba para una espiritualidad incorpórea, muy alejada de los problemas reales de la gente: la extrema pobreza, los sufrimientos de los dalits (intocables), la opresión del sistema de castas, el poder opresor de los zamindars (terratinentes), la cultura, el arte y la religiosidad de la India. El noviciado tenía organizado un reparto de la comida sobrante, pero no estaba acompañado de un análisis social que explicase por qué jóvenes, como Veeran, el de ojos vivos pero con tos de enfermo, tenían que hacer cola para recibir comida. Aún recuerdo a Veeran y me pregunto a veces si habrá muerto de una temprana tuberculosis. No teníamos acceso a la radio o a los periódicos.

En Filosofía (1946-9), las cosas comenzaron a cambiar, pero lentamente. Yo fui el primer Lankan (de Sri Lanka) que fue enviado a Nápoles, Italia para la teología. Los cambios iban más deprisa. Oficialmente recibíamos sólo un diario católico, sobrio y seco como el polvo, “Il Quotidiano”, pero en vacaciones, y en algunos otros días varios de nosotros lográbamos leer “Il Mattino”, e incluso el diario comunista “L’Unità”. Algunos de mis compañeros italianos era partidarios, de palabra, de la Democrazia Cristiana della Sinistra. Y fue en Nápoles donde supe que Lercaro, el “Cardenal Rojo”, vivía en comunidad con doce “scugnizzi” (niños de la calle). “Si Dios me concede esa gracia”, fue mi oración, “yo también, algún día, viviré en comunidad con los pobres”.

No ocurrió tan pronto. Después de la teología en Italia, y de obtener un Master en Ciencias Sociales en Inglaterra, volví a Sri Lanka en 1957, pero no como yo pensaba y había propuesto a los superiores, para comenzar un Centro Social jesuita, sino a ser profesor en nuestra Escuela Superior en el Sur de Sri Lanka. En 1970, por falta de recursos económicos, los jesuitas tuvieron que entregar el centro al estado. Yo dejé el puesto de Principal de la Escuela Estatal.

La “gracia de Lercaro” llegó finalmente en 1972 a través del progresista Obispo Lankan (de Sri Lanka) Leo Nanayakkara OSB, que me dijo a finales de 1971: “He oído que busca usted un lugar donde pueda vivir con el pueblo y dedicarse a la investigación y acción social”. Y así el 11 de febrero de 1972 calentamos el puchero tradicional de leche y cuando creció y se derramó sobre las brasas, comenzamos el Satyodaya (“La Aurora de la Verdad”).

Ese puchero de leche fue un presagio del futuro. Era el primer gran momento crucial de mi vida desde que dejé mi casa para unirme a los jesuitas. Pero aquella mañana la ansiedad se mostraba claramente en nuestros rostros. ¿Era el fuego muy pequeño, o había poca leche, o el puchero era demasiado hondo? Si no se derramaba, las señales eran malas. Finalmente, tras mucho avivar el fuego, la leche hirvió y superó los bordes del puchero.

Fue como una profecía de los siguientes treinta años: luchas, dudas, ansiedad, dolor de cabeza y de corazón— las injusticias padecidas por el pueblo Tamil de las plantaciones, el conflicto inter-étnico, en todo el país, el futuro de las relaciones con los donantes extranjeros—. Pero también los grandes gozos y la camaradería en la comunidad Satyodaya, inter-étnica, inter-religiosa, inter-lingüística, mixta. Satyodaya era una institución, pero aún más era una visión, una estrella guía, y una esperanza. Pero no nos

— NUESTRA FE Y NUESTRA BUSQUEDA DE LA JUSTICIA —

hacemos ilusiones. El trabajo delante de nosotros es arduo y cuesta arriba. Necesito urgentemente la ayuda del Dios de la Justicia que me ayude a subir la cuesta.

El 11 de febrero de 1972 no había mucho lugar para la acción social, y, como el nombre Satyodaya, sólo pensábamos en la investigación social. Pero el 1 de julio de 1972 llegó la primera Ley de la Reforma Agraria, por la cual las plantaciones, de propiedad inglesa o local, quedaban nacionalizadas. La idea, pensábamos mis amigos marxistas y yo, era buena, era socialista y anti-imperialista. Su práctica, sin embargo, casi desde el primer día, era tremendamente racista. “El hombre blanco se ha ido. Ahora también os vais vosotros,” gritaban los matones a los indefensos trabajadores tamiles de las plantaciones.

Satyodaya interpretó los signos de los tiempos. Recuerdo con claridad el día en el que, con un estudiante universitario tamil fuimos al caer de la tarde a entrevistar a los tamiles, hombres y mujeres, expulsados de sus plantaciones, con apenas un día de aviso. Vagaban por las calles de las grandes ciudades en busca de alimento y cobijo. Después de más de dos horas de entrevistas, encontramos a un tamil, de unos 35 años de edad, que se expresaba con fluidez. Decidimos acompañarlo a un pequeño local de té, para hablar con él. Eran días de escasez aguda de alimentos en el país. Tan pronto como el propietario musulmán del local nos vio entrar, dijo: “no tenemos alimentos para vosotros dos, aunque podemos encontrar algo para el tamil”. “¿Cómo es eso?”, preguntamos. “Solamente tenemos roti (un tipo de pan áspero, hecho de harina) y algo del curry de patata, sobrante de la mañana.” “Precisamente eso es lo que queremos”, replicamos. Mi compañero universitario y yo estábamos hambrientos y sedientos, pero ambos notamos que el roti estaba pasado y el curry de patatas rancio. Nuestro acompañante tamil comió su ración rápidamente y se dio cuenta que nosotros rechazábamos el alimento y sólo bebíamos el té negro y muy caliente. ¿Porqué no coméis?, nos preguntó. “Realmente no tenemos hambre” le dijimos, sólo queríamos una taza de te. “Entonces, ¿puedo recoger vuestras raciones para mi mujer y mis tres hijos que están en el kovil (templo hindú), para pasar allí la noche? No han comido nada desde hace dos días”. Naturalmente le dijimos que sí. Todavía recuerdo con qué reverencia, casi religiosa, dobló en silencio los cuatro picos de la hoja de banano que contenía los alimentos, que iban a ser un festín para su mujer y sus hijos. No cabe dar marcha atrás en la lucha por la justicia mientras que esa escena siga en mi memoria.

En 1974 Satyodaya dio origen al Secretariado Coordinador de las Áreas de Plantaciones (CSPA), que es una Federación de organizaciones y grupos, que a partir de los horrores de 1971 comenzaron a preocuparse del pueblo tamil de las plantaciones. Después llegaron en 1977 los disturbios tremendos en toda la isla. Satyodaya intervino para ayudar en lo posible a las víctimas tameses. Socorrió a 2663 familias de plantaciones tameses, que lo habían perdido todo, o casi todo. En 1979 Satyodaya y CSPA contribuyeron a la formación del Movimiento Nacional para la Igualdad y Justicia Inter-racial (MIRJE). Satyodaya pasó de ser mayormente un centro de investigación socialista a ser un centro declarado de acción por la justicia social.

En el curso de su historia Satyodaya ha pretendido estar atenta a los vientos de cambio, que soplaban en las áreas religiosas y seculares: la aparición, del Tercer Mundo, tras la guerra, la rebeldía de los jóvenes en Sri Lanka, la inquietud de las clases medias y ricas ante su sistema actual de vida, el movimiento hippy

*para los seguidores de Jesús
el Servicio a la Fe florece con
esplendor vibrante en un
compromiso completo con la
Justicia entre los hombres*

consecuente, el Segundo Concilio Vaticano, las llamadas urgentes a la justicia social del Consejo Mundial de las Iglesias, la Congregación General 32 de la Compañía de Jesús y especialmente su innovador decreto 4, la idea nueva y llena de vigor de que la suma y objetivo de la Espiritualidad Jesuita es buscar el encuentro con Dios en todas las cosas. Satyodaya ha creído que lo divino debe buscarse especialmente en el lugar favorito de la presencia de Dios, que es en los pobres, los desfavorecidos, los marginados.

Por eso algunas de las mejores oraciones del jesuita deberían tener lugar en el mercado, en el ruidoso acontecer de los hechos, que en la vida moderna se suceden unos a otros con sorprendente rapidez. La acción contra la injusticia y por la justicia en este mundo requiere una ideología que defina los valores y las metas, y señale las maneras de actuar. Pero sólo la ideología no es suficiente. Para los no creyentes la ideología debe estar enraizada en el compromiso personal con la liberación de los pueblos de las estructuras injustas y de la opresión, y para los creyentes en una fe viva en el Dios de la Justicia que viene a nosotros en Jesús. Ha sido mi experiencia al trabajar con grupos seculares, incluso con no creyentes, con ateos

— NUESTRA FE Y NUESTRA BUSQUEDA DE LA JUSTICIA —

declarados y agnósticos, que sin ese compromiso sincero y profundo, expresado con frecuencia en el lenguaje del socialismo humanista, la acción por la Justicia se debilita y termina por desaparecer. Para los seguidores de Jesús el Servicio a la Fe florece con esplendor vibrante en un compromiso completo con la Justicia entre los hombres. Solamente cuando esa relación contemplativa, con el Dios de la Bondad y de la Justicia por la Fe, se une a la acción transformadora de la Justicia en las relaciones humanas, es cuando nos hacemos agentes poderosos para la realización de la voluntad de Dios, para establecer en la tierra una comunidad de justicia, paz y amor, como lo fueron los Profetas y Jesús de Nazaret.

SALVACION CON UN ROSTRO

Ando Isamu

Introducción Personal

Fui ordenado sacerdote jesuita en 1964, al final del Concilio Vaticano II en Tokyo. Esto ocurrió seis años después de mi llegada a Japón, desde España, como joven escolar. La primera misión que se me asignó fue trabajar en el Instituto Socio-Económico de la Universidad Sophia de la Compañía, (Tokio). En 1966 fui nombrado delegado por la provincia del Comité SELA (Vida Socio-Económica en Asia) que coordinaba y promovía los apostolados sociales en Asia Oriental. En 1968 enseñé Etica de la Economía en la Universidad Sophia. De 1972 a 1980 fui Jefe del Centro de Relaciones Asiáticas en el Instituto Socio-Económico de esa misma Universidad. En 1976 obtuve la ciudadanía japonesa. En 1979 me nombraron miembro del Comité Ejecutivo del recién fundado (Servicio Jesuita a Refugiados) en Asia Oriental. En 1981, la Provincia de Japón abrió un centro social en Tokio y pasé a trabajar allí. A finales de 1983 me nombraron Director del centro. De 1989 a 1991, serví como Secretario Ejecutivo de SELA en la Asistencia FAO. Actualmente soy director del Centro Social de la Compañía y vivo con una pequeña comunidad de seminaristas jesuitas.

Experiencias

Tras la misión de trabajar en la Universidad Sophia me fui a una zona pobre de Tokio donde un jesuita había creado un centro para niños con problemas de salud y un dispensario gratuito para gente necesitada. Mientras estaba allí alquilé un viejo lugar dentro de una comunidad que servía también de sala de encuentro para gente del vecindario y para estudiantes universitarios voluntarios. Aunque no fue fácil ser comprendidos por los jesuitas de nuestra provincia,

unos pocos mostraron interés en ir a vivir con nosotros. El lugar era muy poco espacioso y pobre, y en general estábamos allí viviendo dos o tres. Desde entonces he experimentado que es posible, también en sociedades ricas, vivir sencillamente en lugares que no son nuestros, como hace la gente de a pie. Esto no impide nuestra labor apostólica y uno siente que se viven los valores evangélicos y se acerca más a la gente.

***El conocimiento del Apostolado de Justicia Social
de la Compañía en Asia Oriental***

Cuando trabajé y enseñé en la Universidad me impliqué mucho en los problemas de pobreza y desarrollo, con las burdas violaciones de los derechos en la región de Asia Oriental y empecé una sección asiática dentro del Instituto Socio-Económico para sacar información, que fuera certera, sobre las realidades existentes y ofrecer oportunidades de talleres interesantes y el conocimiento de los problemas a estudiantes y docentes.

Mientras, un grupo de jesuitas de Asia Oriental empezó una nueva organización en red sobre el apostolado social, llamada SELA (Vida Socio-Económica en Asia) y fui nombrado por el Provincial delegado de Japón. Ese equipo jesuita produjo proyectos comunes en la región de Asia Oriental. El cuarto seminario internacional, “Educators’ Social Action Workshop” que tuvo lugar en Japón en agosto de 1971, para unos 200 educadores de 11 países asiáticos, me hizo comprender muchas cosas sobre las realidades asiáticas.

***Respuestas de la Compañía a la Tragedia
de las pateras cargadas de gente de Vietnam***

Junto con el equipo de SELA tuve la ocasión de visitar Vietnam durante el último periodo de la guerra americana en dicho país. La visita cambió de manera radical mis actitudes y vida personal. Pocos años después, el flujo de los refugiados de “las pateras” de Vietnam y de los refugiados de Camboya y Laos a Tailandia me apremió a estudiar la situación en campos de refugiados de Asia Oriental con un equipo de Japón. Unos cuantos jesuitas, en su mayoría relacionados con el equipo de SELA, vieron la

necesidad de hacer algo por la gente de Vietnam que había huido de su país en pateras. Fue así que empezó el JRS bajo el liderazgo del Padre General Pedro Arrupe. En un clima de simpatía internacional por esa gente, la Universidad Sophia, donde estaba trabajando empezó programas de educación en el campo de refugiados en Tailandia y creó un nuevo sistema para enviar a estudiantes a un trabajo voluntario allí, bajo el liderazgo del Obispo José Pittau, Presidente de la Universidad, en ese tiempo.

Nuestra oficina en la Universidad decidió que era su prioridad el cooperar con las actividades del JRS en Asia Oriental. Cuando centenares de “pateras” llegaron a orillas de Japón, y al final de los años '70, empezaron a buscar asilo, descubrí la frialdad de la sociedad japonesa hacia ellos. Recuerdo que era ciudadano japonés y las actitudes egoístas de esa sociedad me afectaron muy profundamente, pero al mismo tiempo esto fue para mí un reto porque yo me encontraba en una posición legal privilegiada para hacer oír la voz de refugiados extranjeros que pedían un lugar seguro para sobrevivir. Sabía bien que oficiales de la inmigración no podían abiertamente presionarme de ninguna manera, porque yo era ya ciudadano japonés, y no extranjero con un visado de tres años. Sin embargo, si que me presionaron a través de las autoridades de la Universidad donde enseñaba. Mientras, fue llamado oficialmente como experto por el Comité de Asuntos Extranjeros del Gobierno de Japón, cuando los políticos estaban discutiendo la ratificación de la Convención Internacional sobre Refugiados, de parte de Japón.

Salvación con un rostro

Un día, un joven laosiano en peligro de ser expulsado de Japón llamó a mi despacho en la Universidad. Yo no sabía qué hacer para ayudarlo, pero recuerdo que recé y recé buscando a las personas influyentes que podían ayudar. Su caso se resolvió milagrosamente en poco tiempo y a partir de aquel entonces decenas de jóvenes refugiados y desplazados empezaron a desfilar para pedir consejo y ayuda. Ciudadanos de a pie, algunos profesores y estudiantes universitarios se reunieron como voluntarios; los medios de comunicación empezaron a interesarse por la causa y unos 12 abogados asistieron también como miembros del grupo, proporcionándonos una fuerte imagen de organización profesional capaz de negociar con inmigración. El lobbying político fue una poderosa

herramienta en ese momento para llegar a cambiar las cosas. Hubo éxitos, pero con mucho desgaste de energía y tiempo. El hecho que gente totalmente impotente en Japón fuera aceptada oficialmente fue para muchos motivo de gran alegría. Independientemente de las ideologías y de las creencias, y a pesar de los diversos enfoques religiosos, la compasión y el respeto por la persona humana ganaron la simpatía de la mayoría. Todavía hoy puedo sentir la alegría de decenas de jóvenes refugiados, desesperados, que se encontraron totalmente liberados y reconocidos, por fin, como personas humanas tras largos años de opresión sin ninguna culpa. Por primera vez en mi vida entendí realmente lo que es la “salvación”.

Sin embargo, a pesar de que el clima oficial había cambiado y de una legislación menos rígida para aceptar a los desplazados, ni el sistema y menos aún los oficiales responsables de mantener el status quo, cambiaron mucho. Y mientras cooperadores y voluntarios se cansaron de seguir luchando, pensando ligeramente que los problemas básicos se habían resueltos y que sólo unas pocas personas dedicadas a la causa tenían que seguir casos delicados necesitados de continuo y fuerte apoyo. Esta situación causó decepción y desaliento a todas las partes implicadas.

Al hacerlo perdí mi status ante la sociedad japonesa como persona enlazada con la Universidad, pero gané mucho más en libertad al estar al lado de personas discriminadas

Inauguración del Centro Social Tokio

Al comienzo de los '80 la Provincia abrió el nuevo Centro Social y me ofrecí para trabajar allí y dejar mi trabajo en la Universidad. La nueva estructura en un centro que empezaba a funcionar como resultado del donativo de una casa a la Compañía, pero sin mucha preparación, no era tarea fácil. Como ocurre en otras empresas apostólicas, hubo falta de comunicación y mutuos prejuicios. El futuro de nuestra implicación apostólica, en concreto la labor en Japón y una estrecha colaboración con el JRS, junto con otros nuevos cometidos, trajo penosas tensiones entre los

tres jesuitas que trabajan a tiempo parcial allí y que vivían en la misma casa. Yo era de hecho el único jesuita que trabajaba a tiempo completo en el nuevo centro. Los primeros dos años fueron difíciles y críticos hasta que se dieron algunos cambios entre el personal jesuita.

Por otro lado, ya que la Universidad absorbía cada vez más los esfuerzos de todos, decidí poner punto final a todos mis compromisos en la Universidad para concentrarme en el desarrollo del Centro Social, como centro de la provincia, junto con dos laicos. Al hacerlo perdí mi status ante la sociedad japonesa como persona enlazada con la Universidad, pero gané mucho más en libertad al estar al lado de personas discriminadas.

Desde entonces, las prioridades apostólicas del Centro han sido:

- ° Fuertes conexiones en red con la Compañía sobre problemas relativos a asuntos del apostolado social especialmente en la región de Asia Oriental
- ° Devenir un canal con el Secretariado en Roma, traduciendo al japonés e introduciendo en nuestra provincia los principales documentos del Padre General y del Secretariado
- ° Promover el apostolado social a nivel provincial
- ° Afianzar nexos con ONG japonesas que trabajan para transformar la sociedad, poniéndose al lado de los débiles y de las víctimas de la opresión.

Nuestro centro está muy metido en los programas de desarrollo para las comunidades rurales pobres en Vietnam (15 años) y en Camboya (5 años).

La labor con trabajadores migrantes es una de nuestras prioridades y dedico parte de mi tiempo a actividades pastorales en una parroquia de la diócesis de Tokio, con ellos y, con voluntarios tratamos de buscar soluciones a los difíciles problemas con los que se enfrentan en Japón. Trabajadores de Brasil, Perú, Filipinas etc, constituyen más de la mitad de la población católica en Japón.

Como último punto a compartir con los lectores, me gustaría mencionar que me siento siempre plenamente satisfecho con mi vida y mi vocación jesuita. He tenido, como es normal, decepciones, malentendidos, noches oscuras, falta de apoyo, pero me encuentro a menudo con paz en el corazón y lleno de alegría. Tengo delante sin cesar nuevos retos. Un sentido

SALVACION CON UN ROSTRO

de impotencia es un fenómeno muy común, pero a menudo mi oración natural es: “Señor, ahora te toca a ti. Haz algo”.

Si tuviera que entrar en el noviciado de nuevo, elegiría el mismo estilo de vida, el mismo camino apostólico.

PASION POR DIOS Y COMPROMISO POR LA HUMANIDAD

Rigobert Minani

Una juventud en un país inestable

Mi país, la República Democrática del Congo (ex Zaire), ha conocido apenas independiente (1960) varias rebeliones (Katanguesa, Mulelista, etc...) que han marcado a la mayoría de mi pueblo. Yo nací el 13 de octubre de 1960, es decir 4 meses después de la independencia. He conocido desde mi infancia guerras civiles, seguidas por la dictadura militar del presidente Mobutu. Gran parte de mi vida ha transcurrido bajo este régimen que durante 32 años (1965-1997) dirigió el país con mano dura. Hasta 1991 ninguna oposición ni civil, ni militar logró inquietar ese sistema. Acababa de entrar en la Universidad (1981) cuando Mobutu decidió cerrarlas y obligar a los estudiantes a hacer el servicio militar. Yo estaba entre los que se resistieron a enrolarse. Me uní a los que, en aquel entonces, denunciaron ese régimen político. El combate fue duro y desproporcionado. Por un lado un grupo de ciudadanos sin recursos, por otro el poder súper militarizado, con una policía secreta despiadada.

El año siguiente, al no poder estudiar en una Universidad oficial, volví a empezar mi formación universitaria en la Facultad Católica de Kinshasa. Al final de mi primer ciclo entré en la Compañía de Jesús.

Pasión por Dios

Marcado por las atrocidades de la dictadura, me sentía constantemente habitado por una inquietud: “¿Qué hacer para salir, yo, mi pueblo y mi país de esa marginación?”

Varias instancias habían procesado el régimen de Mobutu¹, pero concretamente, la situación no hacía que empeorar. Entré en el noviciado convencido de que era necesario que las cosas cambiaran. Me preguntaba si la opción que acababa de tomar “Pasión por Dios” era la mejor manera de ser solidario con mi pueblo “compromiso por la humanidad”.

Grande fue mi satisfacción al descubrir, entre otras cosas, al comienzo de mi formación, el contenido del decreto 4 de la Congregación General 32. El estudio de su este decreto representó un momento sumamente importante en mi camino y la instancia que, a la vez, unificaba mis dos aspiraciones, proporcionando al mismo tiempo una sólida argumentación de un compromiso que a partir de ese momento trataría de mantener en equilibrio los dos polos de la espiritualidad ignaciana.

Al final de mis estudios de teología, en 1992, sentí la necesidad de encarnar esto en acciones concretas. Con algunos amigos, creamos *una ONG de inspiración cristiana de defensa de los derechos humanos y de educación cívica llamada ‘Groupe Jérémie’*², que para oponerse a la dictadura actuaba más abiertamente y utilizaba como método la no violencia activa y evangélica (sensibilización, peticiones, sit-in, marchas, etc...).

Esta temporada fue la más bella de nuestro compromiso por la democracia y la buena gobernanza. El régimen de Mobutu se había debilitado y más de un observador anunciaba ya el fin de la dictadura.

En 1994, todos esos esfuerzos locales se vieron aniquilados por la consecuencia de la guerra y del genocidio en el país vecino, Ruanda.

La crisis en la Región de los Grandes Lagos africanos

El 6 de abril de 1994, el avión del presidente ruandés cayó en Kigali, víctima de un atentado. Siguió una guerra que arrojó más de 2 millones de refugiados sobre el territorio congolés.

Como líder de la sociedad civil en la ciudad fronteriza de Bukavu (Este de la RDC), me encontré en el centro de este drama humano. El JRS vino en nuestra ayuda abriendo un primer proyecto que se me confió, sin embargo los esfuerzos por estabilizar la situación tuvieron un resultado limitado. En la ciudad de Bukavu había 250.000 habitantes, y recibió en 15 días a más de 350.000 refugiados. Ese fenómeno causó la congestión de todos los servicios públicos. Y toda la vida social se vio bloqueada. Fue entonces cuando experimenté **los límites de una labor sobre las consecuencias de una crisis y no sobre su causa**. Pasaba mis días a organizar campos de refugiados, a distribuir alimentos, a luchar en contra de las epidemias, a ocuparme de los huérfanos, a curar a los heridos. Pero cada día la labor se volvía más difícil... las necesidades eran enormes y los medios humanos y financieros muy limitados.

Esta crisis era un desafío para nuestra fe. ¿Cómo justificar todo lo que estaba ocurriendo en un país cuya mayoría de habitantes son cristianos?

Esa situación volvía insignificante nuestra caridad sacudiendo profundamente nuestra conciencia.

Fue después de esta dolorosa experiencia de los límites de la generosidad y de la buena fe que mi provincia me ofreció la oportunidad de ir a formarme en Ciencias Políticas en el Instituto de Formación Política "Pedro Arrupe" de Palermo, Italia.

En 1995, cuando dejé Bukavu, la situación era desesperada. El genocidio acababa de causar a más de 500.000 muertos en Ruanda, en Burundi había estallado la guerra civil. Zaire (hoy RDC) estaba desestabilizado por la presencia en su territorio de más de 2.000.000 de refugiados ruandeses. El huracán había sesgado vidas humanas de gente querida. Mons. Christophe Munzihirwa S.J. fue matado a tiros el 29 de octubre de 1996, cuando la crisis volvió a estallar esta vez en la RDC.

Interpelado por esta caótica situación me puse a reflexionar de manera más sistemática y metódica sobre qué se podía hacer para contribuir en devolver la estabilidad, la paz, la buena gobernanza y el progreso a mi país y a la región.

Ya que la región está constituida por un 90% de cristianos, consagré el primer año de mis investigaciones al estudio de la doctrina del compromiso socio-político de la Iglesia³. Al haber descubierto que la fe cristiana era, a pesar, de todo una palanca poderosa capaz de trabajar para un mundo mejor, consagré el segundo año de mis estudios a explorar cuál podría ser la misión de la Iglesia en África y, en particular, en la RDC. Elaboré varias pistas de acción que todavía no he acabado de explorar y de poner en práctica.

En 1997, he vuelto a mi país más preparado para ayudar a afrontar la crisis multipolar que atravesaba la sub región de los Grandes Lagos. Cuando estalló una segunda guerra en agosto 1998, en octubre 1998 con otros amigos creamos la *Red de organizaciones de inspiración cristiana de defensa de los derechos humanos y de educación cívica* (RODHECIC)⁴. Hoy cuenta con 75 organizaciones miembros y 102 organizaciones colaborando desplegadas sobre los 2.345.000 Km² de la RDC, el objetivo siendo la creación de una sinergia entre las organizaciones comprometidas en nombre de su fe en la transformación de la sociedad. Al trabajar en estrecha colaboración con el Centro de Estudios para la Acción Social (CEPAS) fui llamado en 2003 a animar su sector socio-político.

Mis gozos y mis tristezas, los de las masacres de Kisangani

En esta labor, he conocido momentos de gozo y de desaliento. En efecto, del 14 al 15 de mayo 2005, la ciudad de Kisangani ha conocido una de las masacres más horribles de nuestro país. Un escuadrón de la muerte desembarcó en esa ciudad y procedió a la masacre de las poblaciones civiles,

a la ejecución de los militares, seguida por sus mutilaciones. Los cuerpos decapitados y destripados puestos en los sacos ensangrentados fueron tirados al río por este comando, desde lo alto del puente Tshopo.

Gracias a la red de organizaciones y de las personas en el lugar, y utilizando yo mismo un teléfono satelital, pude ser uno de los relevantes principales de los gritos desesperados del pueblo mártir de Kisangani. Situándome fuera del alcance de los verdugos, alertaba la opinión nacional e internacional en los primeros minutos tras el comienzo de las matanzas. Unas horas después publicaba informes circunstanciales y comunicados de prensa denunciando esta situación e indicando los nombres de los principales verdugos y las identidades de las víctimas. Esta acción ha permitido detener a tiempo las masacres que en menos de 48 horas habían causado la muerte de más de 250 civiles. Había sido posible, por primera vez, volver a trazar de dónde había llegado el escuadrón de la muerte, saber su nombre y los nombres de sus comandantes.

A raíz de esas informaciones Naciones Unidas envió dos misiones de encuesta de alto nivel que pidieron que a los comandantes de esta matanza se los detuviera y procesara ante un tribunal de justicia.

Pero hasta el momento esas personas siguen libres, y por el acuerdo de paz algunos ocupan puestos de responsabilidad. Algunos de ellos han intentado más de una vez hacer daño a testigos oculares que habíamos logrado hacer huir y a nosotros mismos.

Dos jesuitas (los padres Xavier Zabalo y Guy Verhaegen), que iban hacia Kisangani, habían sido brutalizados durante esos acontecimientos.

Conclusión

Hoy con la puesta en marcha de parte del Gobierno de Unidad Nacional y con las perspectivas de las elecciones libres, nuestro trabajo se despliega sobre dos frentes:

- la preparación de la población para que vuelva a ser dueña de su destino por medio de opciones electorales responsables y acertadas
- la formación de un liderazgo político y social en el seno de las confesiones religiosas.

— PASION POR DIOS COMPROMISO POR LA HUMANIDAD —

Ciertamente, la situación sigue siendo difícil, pero nuestra pasión por Dios y nuestro compromiso por la humanidad es un fuego que nadie podrá jamás apagar.

¹ “Un llamamiento de la nación”, la declaración de los Obispos del Zaire, 1 de julio de 1978. “Nuestra fe en el hombre imagen de Dios”, declaración del comité permanente de los Obispos del Zaire, 2 de julio de 1981.

² www.groupe-jeremie.org

³ Rigobert Minani, *Existe-t-il une doctrine socio-politique del' Eglise?* Kinshasa, Cepas

⁴ www.rodhecic.org

REFLEXIONES TEOLOGICAS

Una re-lectura teológica de los relatos de vida

LOS JESUITAS: ¿BURGUESES O AMIGOS DE LOS POBRES?

UNA REFLEXION ESPIRITUAL
DESDE UNA PERSPECTIVA EUROPEA

Michael Hainz
Asistente Director
del Instituto Social
Mónaco - Alemania

Me ha llenado de emoción y de inspiración la lectura de las experiencias de mis compañeros jesuitas y de nuestros colaboradores. Han ido alimentando en mí el deseo profundo de ser cada vez más (“magis”) un buen compañero de Jesús pobre, y me enseñan de una manera existencial cómo esto puede acontecer. ¡Gracias por esos testimonios! La primera parte de lo que San Ignacio llama ‘amor’ se refiere justamente a la narración de esas biografías socio-espirituales: “dar y comunicar el amado al amado lo que tiene” (EE, 231). Vamos a añadir una segunda parte, correspondiente, para que juntos nos percatemos de ese amor, en mutua comunicación.

“Estar con” los pobres y con Jesucristo “pobre y humilde”.

No sorprende el que al contar sus historias los jesuitas europeos, y no, y amigos se centren en la persona de “Jesús pobre y humilde” (Alemany), según el sentido en que nos lo presenta la segunda semana de los ejercicios espirituales (EE, 98, 146). Seguirle a Él lo más cerca y concretamente posible es la motivación clave de esas experiencias. Esa identificación personal con Jesús pobre y humilde los lleva a buscar hoy a los pobres, a ser sus amigos porque Jesús - ¡e Inigo! - así lo hicieron. Las experiencias no hacen hincapié en el aspecto moral de esa consecuencia. Por el contrario ponen el acento en la gracia de familiarizarse más con Jesucristo mediante un contacto de cerca con los pobres. C. Herwartz, por ejemplo, manifiesta lo fácil que fue para él comprender la Biblia en el bus en su camino diario hacia el trabajo y cómo encontró a Jesucristo al compartir dureza y desdén y al partir el pan con sus compañeros trabajadores. El trabajar y vivir con los pobres

alienta la fe en el Señor presente, que enseña, parte el pan y comparte Su gozo y paz.

En estos testimonios tres frases clave (“estar con”, “los pobres”, “Jesucristo pobre y humilde”) se emplean para formular el proceso y la experiencia central: *Estar con los pobres es una señal y un medio (=un sacramento) para acercarse a Jesucristo pobre y humilde. Una acción humana - el procurar “estar con” los pobres cada vez más y eventualmente “vivir con” o cerca de ellos è (Alemany)*— se presenta como el prerrequisito natural para la gracia de la revelación del Señor presente entre nosotros. Así, la formulación contemporánea de nuestros compañeros no pone el acento en la acción por los pobres, cómo elaborar proyectos sociales o luchar políticamente, sino que subraya como lo más importante *el estar de alguna manera con los pobres* - y así devenir de alguna forma, por ejemplo en la oración (Bingham), como los pobres.

Esta acción humana consiste en buscar a los pobres, tomar contacto con ellos, acercarse a ellos, dejarse tocar, invitar por ellos. Esto corresponde exactamente al estilo de vida de Iñigo, recién convertido, que se disocia del mundo confortable de la corte española y de la casa de su hermano, empieza a vestirse como los pobres, a vivir como ellos en los hospitales, a pedir limosna etc. En las experiencias europeas esta implicación con los pobres se realiza viviendo y trabajando en parroquias pobres e insertas (Alemany; Bingham) u ofreciendo hospitalidad en una comunidad interreligiosa en una zona pobre de Berlín (Herwartz) - ambos enfoques inspirados por la tradición del sacerdote obrero. Se informa también de otras formas de implicación con los pobres, por ejemplo la investigación científica social (Ryan; combinada con la vida de comunidad inserta y la labor con el JRS: Isamu), la pastoral amazónica itinerante con indígenas (López), el acompañamiento de las víctimas de violencia en Congo (Minani) o del sistema de castas en la India (D’Lima).

Como gracia y fruto espiritual de esto compromiso con los pobres, nuestros compañeros hablan de una familiaridad creciente con Jesús, así

Estar con los pobres es una señal y un medio (un sacramento) para acercarse a Jesucristo pobre y humilde

que pueden hablar de un proceso dinámico interconectado, según la segunda semana de los ejercicios espirituales. La persona orante (jesuita y colaborador) quiere seguir más de cerca a Jesucristo pobre y humilde. Esta añoranza motiva la implicación con los pobres y en los encuentros que de ella se desprenden con obreros, gente en paro, drogadictos, jóvenes con trabajos precarios, ancianos con una pensión mínima y/o migrantes (para usar ejemplos europeos), Jesucristo se revela como presente y aumenta así la familiaridad con El.

***Exclusión, muerte y presencia del Señor resucitado.
La tríada de la encarnación, crucifixión y resurrección.***

Algunas tradiciones católicas se concentran sólo en la realidad de la cruz, por ejemplo las procesiones de Semana Santa en España, el Via Crucis, o el duro trabajo religiosamente plausible en la Polonia rural. Desde el Concilio Vaticano II se ha vuelto “políticamente correcto”, en la teología católica, juntar explícitamente ambos aspectos, crucifixión y resurrección (“pascha-mysterium”), que en la espiritualidad práctica a veces lleva a una combinación sin inspiración, estancada. En las experiencias se encuentra encontrar un rasgo diferente y verdaderamente ignaciano, que incluye la tríada de encarnación, crucifixión y resurrección (López). Según el curso de las meditaciones ignacianas empezando con la segunda semana, la integración explícita del misterio de la encarnación (EE. 101 y ss) parece tener un significado profundo y práctico especialmente en el proceso de compromiso con los pobres. (1) De manera análoga, como fue para Jesucristo una “kénosis”, un abandonar la esfera perfecta de Dios, un “degrado y humillación” entrar en un mundo “extraño”, corrompido, de esclavitud y de igualdad con los seres humanos (Fil 2, 6-8), así la iniciación en el ambiente de los pobres consiste en abandonar la esfera rica, segura y entrar en mundo culturalmente extraño, “sucio”, destrozado. (2) El tener explícitamente en mente la encarnación inspira el proceso gradual e infinito que consiste en entrar más y más en el mundo sorprendentemente diferente de los pobres - un proceso de aprendizaje y entendimiento graduales, de ser invitados por esos pobres y familiarizarse cada vez más con ellos, con sus condiciones de vida, con la luz inesperada del Señor presente. Esta orientación hacia el proceso de encarnación ayuda a evitar enfoques a

— **LOS JESUITAS: ¿BURGUESES O AMIGOS DE LOS POBRES?** —

corto plazo, acciones aisladas y fomenta un compromiso continuo, serio con los pobres - como la de Jesús y de Ignacio. Una diferencia entre las experiencias europeas y, por ejemplo, el trabajo con los Dalits en la India o con los Indios de Amazonía podría ser que las últimas parecen exigir un proceso más de fondo de aprendizaje cultural e interreligioso (López; Herbert).

El enfoque hacia los pobres y con ellos, llamado explícitamente una “exégesis” de la peregrinación de Ignacio (Herwartz), es un verdadero proceso “descendente”. Los jesuitas y sus amigos que se han tomado en serio esa kénosis, esa manera de acercarse a los pobres, han experimentado ellos también, al igual que los pobres, exclusión, subvaloración, menosprecio (Herwartz), alienación (D’Lima) y ser “persona non grata” (Bingham) - ¡hasta entre los compañeros jesuitas! Además el sufrimiento de los pobres afecta a los apóstoles (por ejemplo: la falta de derechos para inmigrantes, la soledad de los ancianos, la acusación de culpa personal para el desempleo (Alemany) y experimentan las múltiples formas de “muerte” (por ejemplo Boyle; Alemany). Una y otra vez perciben de nuevo en la realidad “cómo la divinidad se esconde” (EE. 196), y lo único que pueden hacer es confiar “en el oficio de consolar” de Jesucristo a sus discípulos (EE. 224). ¡Y esto ocurre! Jesús, él mismo que transgredió barreras sociales y religiosas y fue tratado como un criminal, camina como el Señor resucitado junto con los pobres y Sus discípulos, “reza” en Sus discípulos y hace que la misión de los jesuitas sea capaz de descubrir y ayudar a otros a descubrir Su presencia (Herwartz). W. Ryan, raro ejemplo de científico social, escribe de forma convincente el haber descubierto cómo el Cristo Resucitado “está conduciendo toda la creación a su cumplimiento escatológico”, cómo Su espíritu le concede “paz profunda” en lo íntimo de su ser “a pesar de tormentas que agitan la superficie” - todo esto “basado en una firme actitud de agradecimiento, sostenida por la oración a la Trinidad para recibir la gracia de ser puesto con Jesús llevando su cruz para la recreación del mundo y (...) especialmente de los pobres” y también por medio de “oración frecuente para ver y encontrar a Dios presente y activo en mí, en toda persona, y en toda circunstancia”. Así que la línea ignaciana que empieza con la segunda

*las experiencias incluyen
la tríada de encarnación,
crucifixión y resurrección*

semana en definitiva hace referencia no sólo a la resurrección, sino que también a la infusión del Espíritu Santo.

Discernimiento y oración

Las experiencias insisten en la importancia y provecho del discernimiento personal y comunitario como medio para descubrir cómo seguir a Jesucristo de forma más auténtica al implicarse con los pobres. El discernimiento personal ha ayudado realmente al apóstol a tomarse en serio no sólo la lucha por los pobres, sino que también sus necesidades personales, y ser alimentado así por los dones concretos del Dios de amor - fundamento de nuestra vida y de los ejercicios espirituales (Bingham). Tras haber discernido con los miembros de la parroquia pobre y con otras organizaciones locales, Alemany ha aprendido a no dejarse seducir por la eficacia inmediata y por su confianza sólo en medios humanos. Regularmente entre los viajes en barco, el equipo amazónico itinerante (hombres y mujeres de distintas espiritualidades) se toma diez días de “contemplación” para recuperar y descubrir mejor aún la llamada de Dios “discerniendo rostros concretos” (López). Al no haber sabido cómo ayudar el caso de un Laosiano pendiente de una expulsión, Isamu “rezó y rezó”, y éste y otros casos se “resolvieron milagrosamente”. La lección a sacar de estas experiencias es que el apostolado (social) de la Compañía será tanto más fructuoso cuanto más regularmente los apóstoles se tomen el tiempo para discernir y rezar. Y de paso estas experiencias desmienten el antiguo prejuicio según el cual los jesuitas en apostolado social “no rezan”. De haber habido esas tendencias en el pasado, ahora han sido superadas por una clara convicción y práctica “de cultivar lo espiritual” (Alemany).

Nosotros - Formas de redención

Las experiencias del apostolado social presentan un testimonio “contracultural”. Una vida significativa, el gozo y la salvación no pueden encontrarse en una muestra individualista “de un sólo hombre” o “de una sola mujer” que trata únicamente de tener una vida satisfactoria y/o más rica materialmente para sí. Por el contrario “vivir con multitud de amigos y

amigas”, “haciendo caminos juntos”, es considerado como un “privilegio”, una “presencia privilegiada del Espíritu Santo” (Alemany). Al reflexionar sobre este aspecto comunal de redención, a menudo mencionado en las experiencias, dos son los puntos que me han llamado la atención: (1) La desaparición de la noción de “justicia” y, por consiguiente un tipo distinto de escatología, y (2) el silencio sobre la eucaristía. Solamente en el contexto de una visión retrospectiva de los años 1969-74 la “lucha por una sociedad más justa” es considerada como “signo y anticipación del Reino prometido” (Alemany). En las últimas, contemporáneas reflexiones no he encontrado referencias explícitas al término “justicia”. Parece haber sido reemplazado por “estar” o “vivir con los pobres”. Por consecuencia, la idea explícita de una escatología colectiva relacionada con las condiciones sociales de esta tierra parece también haber desaparecido. Me pregunto si los jesuitas comprometidos en el ámbito de lo social lo expresarían con términos tan penetrantes como lo hizo el entonces Cardenal Joseph Ratzinger en una entrevista en 1994: “El objeto de

*el apostolado (social) de la
Compañía será tanto más
fructuoso cuanto más
regularmente los apóstoles se
tomen el tiempo para discernir
y rezar*

nuestra esperanza no es un futuro mejor, sino la vida eterna” (Salz der Erde, 126; la traducción es mía), sin excluir de forma explícita una equivocada interpretación individualista de redención, desligada del mundo. O, para parafrasear la escatología implícitamente limitada de algunos nuevos movimientos espirituales: “Estamos llamados a amarnos. Ya que ese amor mutuo sólo puede realizarse en la comunidad cristiana, no hacia el mundo (que no puede responder de manera adecuada), cultivamos (solamente) nuestra comunidad”. En un mundo individualizado en donde a los cristianos se los concibe como minorías dispersas, tales escatologías (posiblemente) individualizadas puede que sean consideradas plausibles. Pero la teología cristiana, especialmente una teología ignaciana trinitaria que inspira a sus seguidores a que esperen, recen y trabajen para que todos (inclusive las esferas socio-cultural, económica y política) estén dirigidos a “la mayor gloria de Dios” (omnia ad maiorem Dei gloria) “debe” necesariamente incluir también una escatología colectiva “relacionada” de alguna forma con el progreso o desarrollo socio-cultural, económico y político (Gaudium et

spes 34s, 38s, 45). Los jesuitas añoramos, rezamos y trabajamos por una redención personal y común y creemos, por consiguiente, en una escatología que todo lo abarca - contraria al "Zeitgeist" individualista la cuya antropología liberal con tanta determinación rechazó el Cardenal Joseph Ratzinger en 1994 (Salz der Erde, 178-180).

En las experiencias he echado en falta la eucaristía. Al trabajar en el apostolado social, la celebración de este santo sacramento es esencial: entrar más y más en la entrega de amor incondicional de Cristo y estar unidos a El, escuchar la palabra de Dios y discernir en su luz, las condiciones de vida, aprender de Jesús su manera de incluir a los pobres y pecadores en la comunidad (expresada explícitamente en la forma de comidas comunes) y así dejar crecer la esperanza de que esta "forma" de banquete común es realmente signo y anticipación de la vida eterna a la que deberían corresponder en la medida de lo posible los actuales modelos de realidades sociales. Francamente, la celebración diaria de la eucaristía da a mi compromiso en el apostolado social el ejemplo, la esperanza y la fuerza que necesita: Todos, y no sólo yo, estamos llamados a ser hijos del único Dios y a ser redimidos.

Impulsos prometedores de cara al Futuro

De las experiencias saco cinco ideas innovadoras que tienen la fuerza de revitalizar el apostolado (social) de la Compañía de Jesús:

(1) San Ignacio se describe a sí mismo como "peregrino" y nos ha llamado a seguir el ejemplo de Jesús itinerante y de sus apóstoles. Al comparar las experiencias de F. López sobre la "Misión Itinerante en Amazonas" y la de C. Herwartz "Itinerancia en el propio país" con las condiciones de facto estructuradas y confortables de muchos jesuitas, por lo menos en Europa, estoy convencido de que si tuviéramos un *estilo más itinerante de misión* y, por consiguiente, un estilo de vida más inseguro y más pobre, tendríamos apostolados que darían más frutos, comunidades más creíbles y apóstoles felices y auténticos.

(2) Un ejercicio concreto para entrar en esta itinerancia pobre puede verse en una innovación espiritual, llamada "*ejercicios espirituales en la*

— **LOS JESUITAS: ¿BURGUESES O AMIGOS DE LOS POBRES?** —

calle” (Herwartz). Este prometedor modelo de retiros en medio de grandes ciudades lleva seriamente a la vida urbana pobre de Ignacio durante sus originales ejercicios espirituales en Manresa - pre-condición de vida real fomentada por el fruto de los ejercicios espirituales de los primeros compañeros de Ignacio.

(3) Considero, además, las actividades en contextos multirreligiosos y donde se cruzan varias denominaciones, campos prometedores de nuestro apostolado (también social). El que los jesuitas echen puentes entre confesiones hostiles (Irlanda del Norte, cf. Bingham), consideren también a sus compañeros-huéspedes musulmanes como sus “maestros” espirituales (Herwartz) o consideren el aprendizaje teológico y el conocimiento de otras religiones como tarea propia (la comunidad jesuita en Ankara), todo esto hay que leerlo como un “símbolo real” del “Unico Dios y Padre de todos” sus hijos (Ef 4,6).

(4) Al respecto, algunas experiencias (Bingham, Herwartz) aluden a la dimensión global de nuestro apostolado social. Sin duda alguna, una globalización del apostolado social jesuita más intensa e institucionalizada (véase el JRS) correspondería mejor a la meditación de San Ignacio sobre la encarnación (EE. 111ss) y a su tan querida imagen del “cuerpo universal de la Compañía” (Const. 135 et passim) y a sus criterios apostólicos en las Constituciones (622s). ¿Quién otro que el cuerpo dinámico, relativamente competente y universal de la Compañía de Jesús podría actuar en la Iglesia como “signo y medio efectivo” de la unidad económica, política y - en un cierto sentido - socio-cultural de toda la humanidad?

(5) El P. Alfred Delp SJ (1907-1945), un mártir jesuita matado por el régimen nazista por su resistencia comprometida, interdenominacional, y cuya historia es fascinante, caracterizó al burgués como a “ un ser humano vis-à-vis del cual hasta el Espíritu Santo queda, por así decirlo, perplejo sin poder entrar, porque todo está bloqueado por seguridades y seguros burgueses” (Gesammelte Schriften, vol. IV, p. 299; la traducción es mía). ¿Cómo los jesuitas y sus amigos pueden evitar el devenir burgueses? Las experiencias nos dan una respuesta clara: ¡Trata de hacerte amigos de los pobres! Para realizar sin cesar ese contacto constante no solamente dentro del sector, sino como dimensión social de la identidad jesuita, es decir por todos los jesuitas y sus colaboradores, propongo la institucionalización del

consejo de San Ignacio a los teólogos jesuitas que participaron en el Consejo de Trento en 1546. En su carta a Jay, Laínez y Salmerón les pidió, además de cumplir con los deberes principales como padres del Concilio - inter alia - enseñar a los niños, dar buen ejemplo, visitar a los pobres en los hospitales (MI Epp. I, 386-389). Al acompañar a los extranjeros pendientes de deportación en un campo de detención alemán y al defenderlos, recibo el don de una mayor credibilidad apostólica y un sentido de pertenencia más hondo a Jesucristo. Gracias a esos compromisos apostólicos, a tiempo parcial, nos arraigamos en la realidad de los pobres - y compartimos la promesa: “La amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno” (34a CG, D. 2, nr. 8).

ESPIRITUALIDAD IGNACIANA Y APOSTOLADOS DE JUSTICIA SOCIAL

Claudio Burgaleta

*Asistente Director
de "RENEW international"
Morristown, NJ - EE. UU.*

Introducción

Supongo que lo que se me pide en este ensayo es reflexionar de una manera teológica sobre los testimonios o las historias que el *CIS* ha reunido de jesuitas y colegas laicos en diversos ministerios sociales del mundo, sobre cómo la Espiritualidad Ignaciana ha informado esos ministerios. Entiendo la reflexión teológica como examen crítico de una situación o evento, y en este caso de los testimonios reunidos por el *CIS*, a la luz de la Palabra de Dios, Jesucristo, y de las diversas fuentes que la comunidad por El iniciada, la Iglesia, ha empleado a lo largo del tiempo para comprender, celebrar, dejarse guiar por su persona y su mensaje y vivirlo.

La finalidad de la reflexión teológica como yo la practico sirve para desentrañar más a fondo cómo Dios, por medio del Espíritu, de Jesús actúa en el mundo. Se trata de un ejercicio que supone destapar y disfrutar de las sorprendentes erupciones de gracia, como también encontrar las resistencias estructurales y personales y las barreras a los intentos de Dios de ponernos bajo el estandarte de su Hijo, la Cruz, símbolo y signo de la victoria de Dios sobre el pecado y la muerte.

Por ello, siguiendo la sugerencia de los editores de este volumen, he dividido mis comentarios en varias partes. Empiezo con una visión teológica general de las historias que he leído, y luego paso a hablar de cómo están presentes en estos relatos diversos aspectos de la Espiritualidad jesuita y ciertas *lacunae* que he observado. Concluyo, al final, evidenciando lo que considero ser algunos aportes de las historias a la vida del Espíritu y a otros ministerios de la Compañía.

La Visión Teológica General de los Testimonios.

Los diez testimonios o historias que he leído son relatos dispares de experiencias apostólicas y religiosas que no tienen la pretensión de presentar al lector algo que se aproxima a un tratado teológico sobre Dios o cualquier otra división clásica de teología dogmática o sistemática. Sea como fuere, hay una cierta visión teológica común que los *relatos* comparten. Revelan una creencia y compromiso personal con, según las palabras de Paul Caspersz, S.J. (SRD), “el Dios de Bondad y de Justicia [que] viene a nosotros en Jesús.”

Este Dios revelado por Jesús está íntimamente unido a la creación, y por medio del Espíritu de Jesús sigue sosteniéndola y guiándola hacia el plan de Dios. En particular, el ejemplo y el Espíritu de Jesús, inspira a hombres y mujeres de buena fe, cristianos y no cristianos, a continuar la misión de Jesús, a saber, el anuncio y la edificación de un reino más justo y más humano entre la humanidad. Lejos de ser una tarea predeterminada, el empeño de colaborar en el proyecto de Dios para la creación se dirige personalmente a cada ser humano bajo forma de invitación a seguir a Jesús, como discípulos suyos y requiere que cada persona que oye la llamada de Jesús discierna con atención el tiempo, el lugar, y las circunstancias que esa llamada conlleva.

En la mayoría de las experiencias presentadas predomina una Cristología que enfatiza la lucha de Jesús por la paz y justicia en su tiempo. Aún así, la divinidad del Señor también hace su aparición, por ejemplo en la cita de Michael Bingham, S.J. sobre el himno de San Pablo en Filipenses. Bingham reflexiona sobre el anonadamiento del Verbo para describir su propia experiencia de trabajo entre los pobres, adquiriendo la óptica de ser capaz de discernir todas las opciones desde la perspectiva de los pobres. Mientras encuentro que falta un lenguaje explícitamente afectivo para describir la relación con el Señor de la que goza la mayoría de los autores de los relatos, sus frecuentes expresiones de cómo los pobres han sabido revelar lo mejor de la humanidad, me sugiere la profunda gracia que Mateo nos describe: identificar y encontrar a Cristo en los *anawim*. Y es justamente en la estela de la espiritualidad de Mateo 25,25 ss, que las experiencias ven a los pobres y marginados como sacramentos de Cristo.

La última dimensión de la visión teológica general que me gustaría subrayar es su escatología. Una sobria toma de conciencia de los límites de todos los proyectos políticos e institucionales terrenos para alcanzar la

plenitud de la vida del reino de Dios caracteriza esos relatos, especialmente, diría, la experiencia de Alvaro Alemany, S.J. (ARA) y de Godfrey D'Lima, S.J.(BOM). Es una toma de conciencia nacida de las largas y muy difíciles luchas a las que esos hombres y mujeres han dedicado su vida. Pero al mismo tiempo brota de una visión espiritual del reino de Dios que encierra una promesa de misericordia y compasión que es humanamente imposible sin el poder totalmente transformador de la gracia. Y realmente esta dimensión escatológica ha sido para mí una de las mayores sorpresas de estas experiencias, porque al contrario de previas reflexiones liberacionistas, estos relatos están libres de jeremiadas degradantes en contra de los ricos y de retórica romántica sobre los pobres.

Aspectos de la Espiritualidad Ignaciana en los Testimonios

Como es de suponer, la espiritualidad ignaciana aparece a menudo en estos testimonios. Lo que destaca es el legado de los Ejercicios Espirituales, y predomina su pedagogía de leer los movimientos del espíritu, su lenguaje de combate espiritual y de libertad espiritual. Las Reglas para el Discernimiento de Espíritus se invocan no sólo para comprender la vida interior, sino que también la turbulencia de un apostolado comprometido en lidiar contra la injusticia, siendo el fin de aplicar esas reglas el ser contemplativos en la acción. Una ayuda crucial en el apostolado de transformación social parece ser la libertad espiritual o indiferencia característica del Principio y Fundamento y la solidaridad con los pobres expresada por Cristo en la Contemplación del Llamamiento del Rey. Encuentro lo dicho por Alvaro Alemany, S.J. (ARA) y Fernando López, S.J. (DIA) particularmente elocuente al respecto.

una visión espiritual del reino de Dios que encierra una promesa de misericordia y compasión que es humanamente imposible sin el poder totalmente transformador de la gracia

Además, la manera de proceder de Cristo - pobreza, no responder a los insultos y humildad, expresada en la Meditación de las Dos Banderas,

y contrastada con la lógica de nuestra naturaleza humana, riquezas, honores, orgullo - encuentra resonancia en las vidas de muchos autores, cuyo apostolado entre los pobres sintoniza con la escuela de pensamiento que ve los Ejercicios como un proceso de conversión que culmina en la elección o reforma de vida. Aquí la elección es el proceso de elegir y ser elegidos por los pobres, con todo lo que supone de muerte a uno mismo, y resurrección a una nueva vida de compromiso y compañerismo con los pobres, similar al ministerio de Jesús. Recomiendo en particular la lectura de lo que cuenta Godfrey d'Lima, S.J. (BOM), como ilustración de esos aspectos de los Ejercicios.

El otro gran marco heurístico que interpreta los Ejercicios como escuela de oración o de creciente unión con Dios está también presente en esos testimonios, como lo evidencia la clásica formulación de William Ryan, S.J. (CSU), su conexión entre Espiritualidad Ignaciana y su obra de justicia social: "Mi puente y unión con Dios regular está construido sobre una búsqueda perseverante de libertad espiritual basada en una actitud estable de gratitud, sostenida por la oración a la Trinidad para recibir la gracia de ser puesto con Jesús llevando su cruz para la recreación del mundo y de toda su gente, especialmente los pobres, y también oraciones frecuentes para ver y encontrar a Dios presente y activo en mí y en toda otra persona y en toda circunstancia, y para que mi *Suscipe* sea aceptado."

Si las referencias a los Ejercicios Espirituales son el lazo más claro en las experiencias con la Espiritualidad Ignaciana y los apostolados de justicia social mencionados, no son por esto las únicas. En los testimonios aparecen varios aspectos asociados con la espiritualidad de la Compañía, en su mayoría asociados con la renovación emprendida por las GC 31 y 32 y realizados durante el generalato del P. Pedro Arrupe, S.J. (1965-1983). Entre ellos, notaría las referencias a la vida de comunidad como compañeros y amigos en el Señor (Suzanne Geaney (MAR)), el discernimiento comunitario (Fernando López, S.J. (DIA)), el diálogo interreligioso (Tony Herbert (HAZ)) y la inculturación (Ricardo Falla, S.J. (CAM)) y Tony Herbert, S.J. (HAZ) en un número de escritos.

No se trata exactamente de temas ignacianos, pero los autores se refieren a ellos en una forma ignaciana. Es decir, los mencionan en su dimensión espiritual como se los entiende a esos conceptos en los documentos de la Compañía, y en lo que contribuyen en su obra de lucha por la justicia social. Estos términos ponen de relieve la toma de conciencia de las complejidades que los autores tienen de sus apostolados. En palabras

de Rigobert Minani, S.J. (AFR), “la crisis multipolar” que es el objeto del apostolado social, y las diversas estrategias y recursos que hay que emplear para encararla.

Lacunae de los Testimonios

Dos elementos importantes de la espiritualidad de los pobres, que he encontrado a menudo en mis ministerios entre inmigrantes latinoamericanos en Estados Unidos, y que son totalmente ignacianos, brillan por su ausencia en los testimonios, a saber el papel de María y de la Eucaristía. Falta, además, la mención explícita de compartir la Espiritualidad Ignaciana con otros, como elemento constitutivo de la mayoría de los apostolados reflejados en los testimonios.

El lugar de María en la vida de San Ignacio y en las contemplaciones clave y en muchos coloquios de los Ejercicios hacen que la devoción a esa santa sea un componente integral de la espiritualidad de la Compañía a lo largo de los siglos. En mi experiencia, no es menos central en la piedad de los pobres. Es curioso, entonces, que no aparezca mención de María en esos testimonios, ni siquiera en su presentación por los teólogos de la liberación como heraldo de un orden social más justo en su proclamación del Magnificat en el Evangelio de Lucas. Relacionado con lo anterior, y en la medida en que habla de la experiencia de Dios y de la Espiritualidad Ignaciana a las mujeres, habría que notar que no hay mención del lenguaje sexista de ciertas partes bien conocidas de los Ejercicios, por ejemplo, las Reglas de Discernimiento de Espíritus de la Segunda Semana, y el reto que han planteado a mujeres interesadas en vivir el carisma ignaciano, especialmente, a la luz de Decreto de la CG 34 sobre la situación de la Mujer.

Asimismo es desconcertante en los relatos la ausencia de la mención de la Eucaristía. No recibe mucha mención el sacramento ni en su interpretación vertical ni horizontal, es decir, como banquete escatológico y sacrificio de amor. En este Año de la Eucaristía, la importancia de ese sacramento para la misión de Justicia Social en la Iglesia ha sido puesto de relieve por el Pontificio Consejo Justicia y Paz, en su Conferencia en Junio 2005 sobre Eucaristía y justicia social, como también con la canonización en octubre 2005 del Beato Alberto Hurtado, S.J. de Chile, apóstol de justicia social y ejemplo de la dimensión eucarística de la Espiritualidad Ignaciana.

Por último, las historias incluyen varios testimonios de cómo el compartir la Espiritualidad Ignaciana con los colegas sea parte integrante del apostolado de justicia social, véase por ejemplo, los relatos de Alvaro Alemany, S.J. (ARA), de Lorena Cornejo y Benito Baranda (CHL). Y sin embargo lejos está de ser una dimensión integrante y programática en la misión apostólica de la mayoría de jesuitas cuyos testimonios se presentan en este volumen. ¿Podría ser esta la razón que en varias de las historias presentadas falta una mención explícita de la Espiritualidad Ignaciana? Uno se pregunta “lo integrador” que son estos muy laudables intentos de promover la justicia, cuando fallan en explicitar cualquier conexión con la dimensión religiosa de ese intento.

Conclusión

Unos 40 años después de que la CG 31 empezó el aggiornamento de la Compañía en la estela del Concilio Vaticano II, los testimonios de los que trabajan para promover la justicia social con y en la Compañía ponen de relieve un enfoque multi-polar sobre una serie compleja de retos, donde la Espiritualidad Ignaciana ha encontrado un papel importante. Fiel al espíritu de los Ejercicios Espirituales y como marco distintivo de los esfuerzos de la Compañía y de sus colegas al respecto es la búsqueda incesante del magis nacida de una experiencia de Dios, semper maior. En el caso de muchos comprometidos en el apostolado social, este “más” y este Dios que excede nuestros sueños por una existencia más justa a favor de los pobres supone, dicho con palabras de Fernando López, S.J. (DIA): “¿Cómo vivir y construir unas condiciones de vida digna con los pequeños, donde las heridas de la historia están más abiertas y la vida más amenazada?”

Es una lucha tan enorme y compleja que puede paralizarnos de muchas maneras llevándonos al fatalismo, al espiritualismo o al secularismo. Pero en esta vastedad y complejidad hay unos tremendos dones que se le han concedido a la Compañía. Estamos aprendiendo en nuestra vida con y de parte de la lucha en contra de la injusticia lo que significa ser “la mínima Compañía” ser partners y amigos en la lucha crucial de nuestro tiempo, rechazando el aislamiento, como también la necesidad de ser los protagonistas del cambio. Aprendiendo del Señor y de los pequeños a los que el Padre dio a conocer un modo de proceder caracterizado por la gratitud y la paciencia del sembrador que confía en que del grano de mostaza germinará un arbusto donde todo tipo de pájaros encontrarán cobijo.

ESPIRITUALIDAD CRISTIANA EN GESTACION

Jorge Costadoat

*Profesor de Teología Dogmática
P.U.C., Santiago - Chile*

Los testimonios son impresionantes. Nos narran experiencias de incursión en el mundo de los despojados, de los indígenas, de los extranjeros, de los trabajadores, de las organizaciones y de las luchas sindicales y políticas; relatan la vida común y corriente, pero vivida con radicalidad evangélica. Se trata de experiencias cristianas límites que nos ponen en contacto con el origen de la fe cristiana y la novedad extraordinaria del Dios de los pobres.

Tradición y la innovación

Ninguna de estas experiencias ha surgido de la nada. Ellas se explican al interior de la tradición espiritual cristiana, pero además la recrean. No puede pasarse por alto que representan una interpretación ignaciana del Evangelio. En estos relatos domina la fuerza extraordinaria de la Encarnación que arrastra a las personas a una solidaridad cada vez mayor con los pobres. Es la “kénosis” de cristianos que comparten la vida de los últimos, que se pierden entre ellos, que corren sus riesgos, que sufren el desprecio social o lamentan su muerte injusta, y que no tienen asegurado el triunfo sino en el reino prometido. Encarnación, “kénosis”, inserción en la fábrica, el basural, la selva, los suburbios..., bajo la inspiración certera de Ignacio “peregrino” que, por imitar al Señor, también quiso compartir la suerte de los pobres y plasmó unos Ejercicios Espirituales para que otros, con el Hijo, participaran en el despojo que redime al “género humano”.

La espiritualidad ignaciana suministra en estos casos instrumentos de lectura del Evangelio. Los Ejercicios son la matriz fundamental incluso de experiencias nuevas que se

intentan. Ellos soterráneamente urgen una integración de contemplación y acción, de fe y vida, de fe y justicia. Los Ejercicios han adiestrado los ojos de la fe para “ver y sentir” a Dios en los acontecimientos, en las personas, en los pequeños, y también para reconocer el pecado social. La experiencia ignaciana de la Storta hace reconocer a un jesuita la voz de Dios: “yo te seré propicio en la Amazonia”. Arrupe recuerda a otro: “todos por los pobres, muchos con los pobres, algunos como los pobres”.

Pero aún cuando estas experiencias son impulsadas y vividas al interior de una tradición espiritual determinada, son irreductiblemente nuevas, originales, innovadoras. El Espíritu que las suscita es inagotable, inspira nuevas formas de cristianismo. Todo lo cual exige relativizar los

*Encarnación, “kénosis”,
inserción en la fábrica,
el basural, la selva,
los suburbios...*

caminos conocidos para aventurarse por senderos vírgenes. En todos estos casos la ignorancia o la incomprensión ha sido un punto de partida obligado. A veces las personas son asaltadas por una pregunta: “¿Qué ha pasado Señor?”, “¿por qué este mundo es así, mi Dios, tan desigual...?”, “¿por qué los hombres no viven su fe de un modo más ostensible?”.

La respuesta a estas preguntas ha significado en las personas una crisis o, mejor dicho, un acto de fe estricta: iniciar una peregrinación en busca del Señor que unos calificarán de sospechosa, de extraña, de descabellada y que por cierto será muchas veces peligrosa, hecha de pruebas y de errores, de fracasos y de reprobaciones. Es que la experiencia cristiana auténtica no agota nunca el Misterio, habita el tiempo escatológico y no escapan a episodios apocalípticos. El cristiano vive de una esperanza que para el mundo empecatado es una ilusión, pero que lo enjuicia e irrita.

La lealtad al Evangelio se juega en la creatividad. Los que custodian el mensaje de Jesús en el corazón van solos, dejan la patria, atraviesan fronteras... Para inventar el reino que han descubierto, comprenden de un modo original la providencia de Dios, rescatan aspectos olvidados de Jesucristo, son especialmente dóciles al Espíritu, y así reinventan la Iglesia y proclaman el reino.

Dimensiones teológicas de una aventura evangélica

El mar de fondo de las experiencias cristianas en comento lo constituye *una confianza básica en Dios* y en su providencia. Difícilmente alguien se lanzaría a lo desconocido si no supiera que Dios lo acompañará en este viaje. Este el caso de personas que creen que Dios los sostendrá en una aventura que, por contagiarlos con los perdedores de siempre, los puede arrastrar a su desgracia. Se atreven, abandonan seguridades, se convierten en extranjeros porque saben que Él es el Dios de los extranjeros. Este Dios despierta en los cristianos “el lado extranjero” adormecido por esa fe institucionalizada que anestesia a muchos. Tales experiencias no serían posibles si no fuera el mismo Dios quien, con una fuerza irresistible, atrae hacia sus preferidos, hacia los más pobres, hacia los que no tienen un techo ni un terreno. El cristiano que alguna vez conoció verdaderamente al Dios de los pobres no lo volverá a encontrar sino yendo a los pobres, empobreciendo y enriqueciendo con ellos. La medida del Misterio de Dios es un viaje que no acaba nunca al lugar donde viven los que están en tránsito a la patria prometida.

El camino, empero, no es absolutamente nuevo. *Jesús hizo el camino*. Él es el camino a esa tierra nueva que esperan los desheredados del mundo. La experiencia cristiana de Dios es orientada interiormente por un Cristo itinerante que va “de aldea en aldea” predicando el reino y curando enfermedades y dolencias. Un Jesús peregrino “lleva más allá de las fronteras”. Un Cristo despojado, en viaje incesante a sus prójimos, teje entre ellos relaciones de amor. Un Cristo resucitado atraviesa todos los muros que los hombres han levantado para asegurar privilegios y oprimirse unos a otros. El cristiano, como otro Cristo, trasgrede los cánones de la religión y de las costumbres, ¡se hace ordenar sacerdote en un basural!, cuando está en juego la identificación real de Dios con los más despreciados de todos. Jesús “pobre y humilde”, en la misma medida que impulsa un acercamiento a los pobres y humildes y una lucha social por la justicia, precave a los cristianos de la tentación del poder de la que tampoco se libran los trabajadores sociales que, a través de grandes iniciativas e instituciones, sueñan cambiar el mundo, pero eximiéndose de ser verdaderamente tocados por las víctimas. En estas hay una sabiduría que el cristiano debe adquirir. Es la sabiduría de la cruz, la ciencia del Cristo que por nosotros se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Cor 8,9). Los testimonios recogidos nos hablan de una inspiración fundamentalmente evangélica, de

un amor entrañable por los pobres, de un aprendizaje insospechado para los sabios consagrados, de unos vínculos humanos imposibles de clasificar y, sin embargo, reales como el acero.

Esta configuración a Cristo no es automática, sino *pneumatológica*. Como en el caso de Jesús, predomina en el cristiano la búsqueda de la voluntad de Dios. El desapego a bienes y lugares es la cara austera de una disponibilidad fundamental a lo que Dios quiera. Así son los hijos del Espíritu que sopla a su antojo y que no sabemos dónde nos llevará (cf. Jn 3,8). El cristiano que explora el mundo de los pobres es exigido como nadie a vivir atento a la voz del Espíritu, discerniendo esta entre varias voces que lo tironean en otras direcciones. Ha de discernir las tentaciones del activismo, del voluntarismo, del perfeccionismo, de la acción irreflexiva, de la postura de moda, de las presiones provenientes de los que quieren instrumentalizarlo y, la peor de todas, esta de querer cambiar el mundo para no cambiar él mismo. Ha de vivir en vigilia, atendiendo a los hechos y a las personas para captar la presencia de Dios en el momento y lugar menos pensado. El Espíritu le ayudará a volver sobre sus pasos, a evaluar una y otra vez acciones grandes y pequeñas ejecutadas por tanteo. Así, conociendo en sí mismo la lucha final entre Cristo y el demonio aprende el cristiano a desenmascarar los pecados de una sociedad egoísta e injusta.

En estos casos de cristianismo social lo que de hecho resalta como más típico es el arrojo. El Espíritu lanza a los cristianos a tomar decisiones, a una acción, a adentrarse en mundos ignotos, a correr peligros y a sufrir las consecuencias del seguimiento de Cristo en pobreza. De tanto traspasar lo conocido, después de muchos e intensos encuentros con “los otros”, el cristiano imagina una “espiritualidad cosmopolita”. Algo así como una comunión entre personas cultural y religiosamente muy distintas que, porque son capaces de amarse y alegrarse juntas, anticipan un mundo realmente alternativo, un mundo “desde abajo”, un mundo al revés. En estas formas de comunidad estables o esporádicas, pequeña como una familia o extensa como una institución itinerante, unos aprenden de otros y todos importan con su nombre y apellido. El Espíritu que impulsa a ir al prójimo y a acogerlo en su diferencia, recompensa a los que cruzan a la otra orilla con una comunión nunca antes vivida.

Al principio y al final de todo este proceso está presente *la Iglesia como una realidad “in fieri”*. La soledad que el descenso y el despojo acarrea al cristiano es acogida y compartida en una comunidad CVX, jesuita,

interconfesional o interreligiosa. Sea que envíe, sea que reciba, allí ha estado la Iglesia a la medida humana justa para sentirse acompañados y saberse amigos. Las fronteras de esta Iglesia se desdibujan para expresar precisamente que su misterio no es otro que el Misterio de un Dios que busca la unidad de todas sus criaturas. Un cristiano y un musulmán pueden leer juntos la Biblia y el Corán. Pueden incluso rezar juntos, porque la Iglesia se debe a un reino que se espera, aunque ya está presente en estos experimentos. No extraña, por tanto, que estas comunidades que reúnen y unen a los pequeños y distintos, sean lugares en los que predomine la vida en plena efervescencia. Allí se constituyen espacios de contemplación y de acción, de contemplación y de reflexión, pues la experiencia compartida necesita ser elevada a concepto para encausar y custodiar la vida que genera. La misma fe demanda una actividad intelectual para pensar lo nuevo. Pues el acervo teológico tradicional o los canales eclesiales institucionales no bastan. Un alejamiento, una cierta liberación de los moldes conocidos es imprescindible si se quieren recrear nuevas modalidades de la misma Iglesia. El proceso puede ser doloroso respecto de la jerarquía, pero también cuando exige a los jesuitas, por ejemplo, desapropiarse de un proyecto que no puede sino ser ejecutado mediante una estrecha colaboración con los demás.

El Espíritu lanza a los cristianos a tomar decisiones, a una acción, a adentrarse en mundos ignotos, a correr peligros y a sufrir las consecuencias del seguimiento de Cristo en pobreza

La opción por los pobres tiene en última instancia *una motivación liberadora y misionera*. El cristiano prefiere a los pobres y empobrece con ellos, para sacarlos de la pobreza que los oprime. La solidaridad con ellos no estriba solo en compartir su desgracia. Normalmente habrá que luchar contra la injusticia que genera miseria o aliviar los sufrimientos innumerables de las víctimas. Pero tan importante o más que lo anterior, será liberar en el pobre su capacidad de evangelizarnos. Él es el sujeto por antonomasia del Evangelio. El pobre sabe de la vida y de Dios más que nadie. Mientras su protagonismo no cuente, su liberación pero también la de sus “liberadores” estará pendiente.

Es así que el encuentro real con el pobre como persona humana preferida de Dios tiene una fuerza misionera extraordinaria. Los vínculos evangélicos que se generan en torno a los pobres anuncian el reino al que Jesús consagró su vida. Nos hablan de modos de relación humana nuevos que cuestionan roles muy definidos. En el encuentro con los destinatarios del Evangelio los cristianos “aggiornan” su identidad más profunda, pues yendo a ellos como misioneros resultan por ellos misionados.

UNA NUEVA ESPIRITUALIDAD LIBERADORA

Thoonunkaparambil K. John

Teólogo

Vidyajyoti, Delhi - India

Estaba horrorizado y desmoralizado al ver que consentimos que seres humanos vivan así. ¿Cómo puede la política económica de nuestro mundo permitir que cientos de millones de seres humanos pasen hambre todos los días?

Es un grito real de ira y agonía cristiana. La explosión de asombro sale de los labios de Suzane Geaney, coordinadora seglar y colaboradora del apostolado social de la Provincia de Maryland. El grito de agonía a semeja el eco lejano del sentimiento Trinitario al contemplar la tierra, tal como lo describe San Ignacio en los Ejercicios Espirituales. Allí se pide al ejercitante que contemple cómo “las tres Personas Divinas... miran toda la haz y redondez de la tierra, y todas las gentes en tanta ceguedad”. Pleno de compasión divina Dios decide la gran obra de la Encarnación, para restaurar el orden humano y cósmico establecido por Dios. “Nacido en un pobre establo para morir en la Cruz de madera”, comenta san Ignacio al contemplar la Palabra Encarnada en un pesebre. Y es en esta situación humana marginada, el moderno “pesebre”, donde ahora está el Restaurador e invita a sus colaboradores. Hoy Él encuentra allí crímenes, explotación, violencia, drogas, pobreza, abandono, personas despreciadas y casi disminuidas, prisiones, centros de refugiados, las pateras y sus gentes, suburbios miserables, colonias de los vertederos de basuras, campos de desplazados y desahuciados, los sin tierra, los desempleados. Son los desechos de nuestra historia, los desagües de nuestra civilización. En palabras de Christian Herwartz : “Jesús vive entre nosotros, en nuestro lugar de trabajo, entre las penalidades y el desprecio hacia el trabajador”. Es necesario llegar a los atribulados, atenderlos y rescatarlos. Como los

“Galgos del Cielo” persiguen con un amor constante y apasionado al que se “escapa”, al oprimido y al opresor, a las víctimas de la injusticia y a sus verdugos, al creador del sistema y a los que sufren bajo el jugo pesado del sistema, así todos son perseguidos por Dios en Cristo a través de los trabajadores de la Justicia. Lo que está distorsionado tiene que enderezarse, hay que efectuar cambios, y para ello esa Fe tiene que vivificar a la Justicia a través de una acción transformadora.

Desde esta situación y perspectiva contempla Jesús la situación humana, se identifica con ella y comienza Su gran obra. Para eso alista partidarios, colaboradores, agentes y trabajadores, que vayan con Él. En esa compañía se invita a los jesuitas a caminar, a través de la re-interpretación de nuestro carisma por la CG 32.

Dos temas se destacan claramente de la participación decidida por nuestros adelantados jesuitas en y a través de sus narraciones.

Uno es sobre la naturaleza y estatura de Jesucristo. Tanto en los Ejercicios como en la teología se nos presenta, y conocemos, la persona de Jesucristo. En los Ejercicios lo vemos enviando a sus discípulos como pobres, y pidiendo a sus discípulos que abracen “incluso la pobreza actual”, para trabajar por el Reino de Dios. En teología Jesucristo es tratado y presentado, usando los materiales suministrados por la filosofía griega, como elevado a las alturas eminentes y abstractas de la teología. Pero algunos de los que narran sus experiencias confiesan que, aun poniendo el máximo interés en la reconstrucción de la civilización occidental, desgarrada por la guerra y por el posterior consumismo, encuentran “aburrido” lo que se les imparte en los centros de formación y en las facultades. Pocas armas y recursos encuentran en su bagaje académico para luchar contra la pobreza actual de las masas en todo el mundo, y para luchar por los derechos dados por Dios. Han tenido que volver a buscar medios y caminos para ser discípulos eficaces de Jesús, cuyo Padre en el Antiguo Testamento intervino en los asuntos humanos con un programa concreto de reconstrucción de la familia humana. Así lo vemos en el Éxodo, en los altamente instructivos Testamentos Jubilares y en la amplia literatura profética. Pero el grito de los profetas y la pedagogía de Jesús de Nazaret desaparecen en la aurora de los días imperiales. Y por eso la formación teológica, y con ella la espiritualidad corriente, no suministraron los medios para intentar actualizar el Reino de Dios en proyectos prácticos posibles. Para eso hubiera sido necesario experimentar la situación de la vida real y aprender de nuevo las lecciones que la vida

UNA NUEVA ESPIRITUALIDAD LIBERADORA

social y las ciencias sociales ofrecían. Esta carencia se va descubriendo cada vez con más claridad, por jesuitas y por otros, en el campo de la Justicia y de los Derechos Humanos. Que oigan los que tiene oídos para oír, parece ser lo que nos dicen esos jesuitas. Envíanos a nosotros, pero antes debemos estar preparados, nos dicen.

El segundo tema que se percibe en las participaciones espontáneas y valiosas de nuestros compañeros jesuitas, y de sus colaboradores comprometidos, es el reducido contenido social de la religión y el Dios frágil y empequeñecido de las religiones. La posibilidad o voluntad de las religiones para enderezar el mundo parece ser muy escasa, según nos dice la historia de las religiones. Después de los días del origen de cada religión, parece que se retiran de las áreas donde se construye o se destruye un orden humano sano, y se

recluyen en los campos aislados, que ellas han creado. Además, hasta fechas muy recientes, cada religión del mundo presenta a su "Dios", con exclusión de cualquier "otro". Incluso el Cristianismo ha mantenido y cultivado esa cultura religiosa. Cruzar la frontera, o atravesar la muralla, era sólo para saquear o destruir el dios de

no es meramente seguir a Cristo, sino a Cristo en pobreza, que desea y quiere la destrucción de la pobreza que atenaza a los pueblos, y que es fruto del fraude y de la violencia, actual y estructural...

los demás. Pero los narradores que estaban actualmente trabajando, en y con la Cultura de la Diáspora, se han visto obligados por la fuerza de las nuevas circunstancias a experimentar el diálogo actual interreligioso, y a constatar que el color y la fragancia de Dios era más o menos la misma en la religión de sus colegas. Como consecuencia han caído de forma espontánea muchos muros de Berlín. Los que trabajan en el campo de la justicia y de los derechos humanos, cristianos y musulmanes por igual, se dan cuenta con gran sorpresa de que los ricos materiales de la tradición religiosa de ambos pueden aprovecharse y ser aplicados a los problemas humanos, para intentar edificar una sociedad diferente de la que hoy existe. Esos descubrimientos han sido posibles al cruzar los bordes y venirse abajo los muros.

¿Qué manera de caminar con Jesús se espera de los jesuitas? Como dice uno de los narradores no es meramente seguir a Cristo, sino a Cristo en pobreza, que desea y quiere la destrucción de la pobreza que atenaza a los pueblos, y que es fruto del fraude y de la violencia, actual y estructural...La situación de los excluidos, despojados, marginados, de los que tienen escasos recursos, es el nuevo campo de Misión al que los jesuitas son enviados. Este salto implica participar de todo lo que aflige al nuevo mundo: la escasez de alimentos de los despreciados "dalits" indios (T.Herbert), su impotencia y su exclusión consiguiente del mundo competitivo de los que triunfan y detentan el poder, y la solidaridad con su vida angustiada por el rechazo de la sociedad. Y al poner esa situación en el centro del mundo, Jesús lee e interpreta al mundo dominador: el mundo de posesiones y riquezas, de poder y de influencia, pero al mismo tiempo con un mínimo espacio dedicado a la presencia de Dios. Muchos de los narradores creen que la espiritualidad y formación recibida tiene que ser explorada de nuevo, y ser cambiada, para entrar en este mundo de los pobres y de los despreciados, que son las víctimas directas de la injusticia. Se necesita una nueva visión, una nueva lectura de la situación total humana.

Una nota común en las narraciones es que en este terreno árido de lucha y la nueva espiritualidad liberadora hay que mantener el compromiso de nuestras Obras por la Fe y la Justicia. Porque la visión de la reciente opción es de un nuevo orden social. Fue iniciado por Yahweh el Creador, seguido por los Profetas, y confirmado por la vida y el ministerio de Jesús. Porque al comer el pan con los desempleados y drogadictos, volviendo periódicamente a los Ejercicios para recargar las pilas, y presentando los Ejercicios de una nueva forma, los promotores de la Justicia están inventando y materializando una nueva espiritualidad que sea apta para la construcción de un orden secular donde brillen los valores del Reino de Dios. La dinámica o elementos de esa espiritualidad son nuevos. Experimentos en el trabajo de los negocios humanos, sufriendo el desprecio y las amenazas de los que se aprovechan de los bienes del mundo y que detentan el poder, aguantando la soledad, el desamparo y la desilusión, contribuyen a esa clase de espiritualidad. En otras palabras, las cátedras y los púlpitos tienen que sustituirse por estar en medio de las gentes desorganizadas e inquietas de los desheredados abriendo nuevos caminos. Todo esto tiene que estar sustentado en una sólida formación sobre las materias que están relacionadas con el hacer o deshacer de un orden humano apropiado.

UNA NUEVA ESPIRITUALIDAD LIBERADORA

La inserción divina en la situación humana en la Encarnación va precedida por la experiencia divina (“com-pasión, sufrir con) de la desgracia de la naturaleza humana caída. Podemos decir que el decreto 4º de la Congregación General 32, que es, de acuerdo con la CG 33, “la aplicación a nuestros tiempos de la Fórmula del Instituto y del Carisma Ignaciano” (CG 33, 38), es una llamada hoy a otro nivel de identificación con Jesús en su Trabajo Redentor. Los narradores comienzan aquí su tarea con audacia, dando un salto al mundo de los pobres, los afligidos y los rechazados, víctimas todos de múltiples injusticias. Las experiencias citadas en los Relatos ayudan en gran manera a cumplir las directivas de los Ejercicios, que actualmente practican los jesuitas y sus colaboradores seculares tal como antes hemos explicado. Los narradores lideran a toda la Compañía en esta inmersión en la encarnación con Jesús y con las víctimas de la injusticia.

Otro aspecto de esta interesante narración personal es la similitud e interrelación de los dos ministerios, aparentemente distintos y separados: la Fe y la Justicia. Aquí la Fe se encuentra con la Justicia: una alimenta a la otra, se interpretan e iluminan mutuamente, y se enriquecen una a la otra. Los esfuerzos orientados “socialmente” se completan y perfeccionan por la dimensión de la Fe, y la Fe se convierte en empírica y encarnada. El espiritualismo incorpóreo sufre un correctivo, y la espiritualidad encarnada se muestra a sí misma de forma íntegra. Hay frecuentes alusiones a la necesidad de volver a las fuentes ignacianas, al discernimiento y a la oración, a la lectura reposada de la Biblia, tanto en horas tranquilas como en pleno viaje o trabajo. Hay un altar nuevo para la celebración de la Fracción del Pan, como testifica uno de los narradores. Las dos, Fe y Justicia, se ven aquí sanamente interactivas e integradoras. En una primera fase de la defensa de la Justicia algunos jesuitas la consideraban despojada de rasgos de Fe— un movimiento puramente secular. En la India, no sólo entre algunos jesuitas, pero incluso entre algunos activistas religiosos, la orientación de que “la Justicia es una causa por sí misma” era considerada como una manera de vivir. Y desde que la sospecha de marxismo continuaba acosando a toda la Teología de la Liberación, un cierto grado de despego, no sólo del personal, sino de los ministerios y de la ideología, retardó el rápido crecimiento de este retoño auténtico de la Biblia. El proyecto del CIS puede ser una buena contribución a este nuevo, y tan contestado, ministerio en la Iglesia.

Para nosotros jesuitas esta emergente integración de la Fe y Justicia es importante por dos razones: la primera que el énfasis del decreto 4 se centra en la nueva identidad de los jesuitas. Cuando la CG 33 declara que el

decreto 4 es la aplicación a nuestro tiempo de la Fórmula del Instituto, aprobada por el Papa de entonces, apunta claramente hacia la nueva identidad jesuita, Es una sana combinación del desarrollo de Fe- Justicia, que definirá la identidad del jesuita hoy.

En segundo lugar una expresión corriente en la teología contextual es la “semi- sacramentalidad del pobre”. Su objetivo es darnos a entender que Dios interviene a través de este sector de la familia humana, se enfrenta a las conciencias humanas torcidas y distorsionadas, y a los sistemas enemigos de los pobres, y condena los sistemas injustos de valores que son la base de tales estructuras. La intervención de Yahweh tiene lugar en, y, a través de los pueblos oprimidos. El mismo Jesús, al comienzo de su Ministerio manifiesta a sus contemporáneos que Él ha sido ungido y enviado a liberar a los cautivos. La “Compañía de Jesús” tiene una especial vocación para ejercer la intervención correctora y reconciliadora a través de la voz silenciosa de los desheredados, de tal forma que todos oigan a Dios y acepten su ofrecimiento de reconciliación. Los narradores aparecen cumpliendo esta nueva Misión.

Para mí el decreto 4 de la CG 32 es la fuente principal del avance de la Justicia, desde entonces. Es la exposición más brillante de una espiritualidad activa, y, a través de ella, la recuperación, por decirlo de alguna manera, de la Misión de Yahweh, en el Antiguo Testamento, y del Jesús de los Sinópticos en acción. Tanto Yahweh como Jesús aparecen junto a, y, caminando con las víctimas de la injusticia social, religiosa, económica y cultural. Y, en mi opinión, los narradores, ya citados, continúan la misma pedagogía de la restauración integral del hombre.

La espiritualidad emergente liberadora presenta una visión a la familia humana. Inspira y empuja a la gente para que se organicen y pongan en marcha acciones duraderas en orden a cambiar la situación. Tales acciones darán lugar a experiencias en el esfuerzo de convertir la visión en una manera de vida, que es realmente lo que pretende la visión. La misma da pie a un programa de acción. La visión operativa, en los relatos, es de una sociedad humana justa y humana, valga la redundancia. Pero como contraste, sin embargo, está la situación patética de los que nada tienen, los despreciados y excluidos, en un mundo de riqueza y abundancia, que no se recata de manifestarla de forma vulgar. Se requieren acciones organizadas y duraderas. Eso supone paciencia y energía constante, y al mismo tiempo un conocimiento suficiente de la dinámica de los procesos sociales, y la habilidad para utilizarlos en orden a re-orientar esta sociedad desorientada.

UNA NUEVA ESPIRITUALIDAD LIBERADORA

Ignacio comienza sus Ejercicios prestando atención a la creación de Dios como mediadora de la vuelta del género humano a Dios, y los termina con la invitación a la comunión completa con un mundo lleno de Dios, que refleja y manifiesta el amor y la gloria de Dios. El jesuita como sacerdote obrero, el jesuita que vive en medio de los dalits, los que forman comunidades nuevas de emigrantes y desempleados, de refugiados en busca de asilo y estado social, puede describirse como encontrando a Jesús precisamente en su caminar de humillaciones y abandonos. La figura de Jesús que lucha atrae la atención de los jesuitas cuando están en medio de los desposeídos. Jesús está precisamente en medio de esa multitud anónima, esa masa de pobres en las calles, de los que buscan asilo, refugiados y emigrantes, los grandes grupos de los socialmente desarraigados y desplazados del mundo. La “Contemplatio ad amorem” de los Ejercicios se ve como “la contemplación en acción liberadora”. El ideal del jesuita que trabaja con Jesús es ver a Jesús con más claridad y tratar con Él con intimidad creciente, en el trabajo y en la gloria.

COMPROMISO SOCIAL Y ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

Jean Ilboudo

Asistente General
de la S.J. Africa
Curia S.J. , Roma - Italia

Leyendo los relatos de los compañeros

Leyendo los diversos relatos de los compañeros constato que es el contacto de la persona con situaciones de desigualdad, injusticia, pobreza, exclusión lo que insta a una reflexión y a una acción, pero conviene añadir inmediatamente que esa reflexión lleva el compañero a buscar la solución en la hondura de su compromiso de fe.

En lo referente a Africa y Madagascar lo que emerge es que el sumergirse del compañero en situaciones dramáticas es lo que le hace interrogar sobre lo que puede y debe hacer como religioso en medio de los suyos.

La experiencia del jesuita expuesto a situaciones de sufrimiento, de injusticia, de exclusión lleva a meditar sobre nuestra identidad de compañeros de Jesús. La Congregación General 32 con su Decreto 4 ha sido para algunos un reto que ha abierto horizontes insospechados.

Esta toma de conciencia lleva a diversos compromisos según las circunstancias personales y de lugar.

En Africa : La dramática situación de pobreza, guerras, conflictos y dictadura lleva a interrogarse sobre nuestra opción al servicio de aquellos cuyos derechos son ignorados. Nuestro compromiso religioso no puede situarse fuera de ese contexto, de aquí la importancia para el compañero jesuita africano de situarse en ese lugar y optar por todos aquellos que son marginados. La pasión por Dios se manifestará, así, en una pasión por una humanidad que sufre y en búsqueda de justicia y reconocimiento. El

peligro que hay que evitar es el de optar por instalarse con los grandes y privilegiados mirando de lejos a « los amigos de Jesús», a los pobres.

En Europa : En una Europa que ve sobre su tierra hombres de todas las razas, culturas, lenguas, religiones, el compañero jesuita después de una toma de conciencia de las situaciones de desigualdad y exclusión se siente llamado a atravesar las barreras para encontrar al extranjero y hacer así la experiencia de Cristo que no tenía donde reclinar la cabeza. Y en Europa, también, la toma de conciencia de las desigualdades sociales puede llevar a una llamada a un cambio radical y a un descubrimiento más en profundidad de la imagen de Jesús como aquel que es el “pionero de nuestra fe”, ese humilde líder que llama a los que quieren seguirle a hacer como él. Este Jesús que ha hecho la opción por el pobre, por el excluido, por el más vulnerable, ese Jesús que por su actitud desafía a los que ostentan el poder. Nace entonces un deseo de una pobreza radical o de búsqueda de una mayor radicalidad. Los compañeros descubren la importancia de los Ejercicios Espirituales para sostener y afianzar su compromiso por la justicia y hasta una forma totalmente nueva de vivir los Ejercicios. Un verdadero contacto con los pobres es siempre lugar de conversión.

En América Latina: Los lugares de conversión para los compañeros han sido a menudo un encuentro con los más pobres, los más necesitados, los indígenas de Amazonía - (Misión itinerante en Amazonía). Los Ejercicios espirituales se perciben como el pan que alimenta y da fuerza para la acción cotidiana y permite enlazar fe y vida, justicia y contemplación y acción. La dimensión de la comunidad se menciona también en la experiencia de los compañeros.

En la India y en el resto de Asia: El trabajo con los migrantes en Japón y el servicio a refugiados de Laos, Camboya o Vietnam han sido lugares de compromiso social para los

compañeros jesuitas de esta Asistencia. El apostolado en medio de los Dalit en la India ha abierto a los compañeros de la India y de Asia un horizonte de compromiso por la justicia y ha renovado toda una manera de ver el mundo en el cual vivían los jesuitas.

Emerge, pues, una nueva visión espiritual para la persona y del encuentro con estas personas sencillas que expresan su fe y su vida muy sencillamente ha nacido la posibilidad de una toma de conciencia más a fondo del Evangelio. Es posible entonces darse cuenta de que la llamada a seguir a Cristo como compañero de Jesús era una llamada a seguir a Cristo en pobreza y esto podía expresarse de varias maneras, una de ellas siendo el compartir la vida con los pobres (estar con...)

La dimensión contemplativa del compromiso por la justicia está muy subrayada mostrando que es realmente cuando la unión con Dios, con ese Dios de bondad y de justicia está unida a la acción por la justicia en la relación con las personas que el jesuita llega a ser un agente de peso para la realización de la voluntad de Dios de establecer sobre nuestra tierra una comunidad de justicia, de amor y de paz.

***Los lugares de conversión.
El contacto con las situaciones de sufrimiento,
el estar expuesto a los dramas del continente***

Llegado a ese nivel de mi reflexión me planteo la pregunta siguiente. ¿Cómo se los prepara a compañeros africanos en la Asistencia de Africa durante su formación a este compromiso por la justicia en el contexto que es el nuestro?

Ante situaciones dramáticas puede ocurrir que la Compañía de Jesús como cuerpo quede fuera de la situación o, por lo menos, no sepa qué hacer.

Para la acción social de la Compañía es menester una reflexión seria y una comprensión de las situaciones africanas, y esta reflexión habría que fundamentarla en la experiencia concreta. Por ello la presencia de compañeros al lado de los que sufren injusticia, el compartir su situación concreta es irremplazable para la Compañía si quiere dar un testimonio auténtico. En una Africa donde el sacerdote o el religioso ocupa un status

— COMPROMISO SOCIAL Y ESPIRITUALIDAD IGNACIANA —

Es relativamente fácil alejar de un manotazo la perspectiva de comunidades de inserción invocando el hecho que los Africanos ya viven la experiencia de pobreza y están insertos en situaciones de pobreza doquiera que viven y esto desde su infancia.

Lo cierto es que una formación religiosa ha llevado a menudo al jesuita africano fuera de su ambiente. Las experiencias durante el tiempo del Noviciado, que se recuerdan a menudo con emoción, pertenecen al periodo heroico ya pasado. Los estudios hechos en otros continentes le han cortado a menudo de las realidades en las que vive el continente africano. La vuelta a Africa y la inserción en ciertos tipos de apostolado para algunos es difícil. El estilo de vida de las comunidades es superior al de las familias modestas. Se nos percibe como “ricos”. Es por ello que es oportuno repetir que la opción preferencial por los pobres que la Compañía ha tomado no es facultativa y que es necesario que en cada momento de nuestra historia, compañeros seducidos por esa pasión por Dios y por la humanidad, la expresen optando por vivir con personas que son menos favorecidas y que padecen situaciones de injusticia. Una comunidad de inserción, un compromiso al lado de los pobres, puede ser para compañeros en una provincia un lugar de verdadera conversión, el descubrimiento de una llamada a seguir a Cristo, y a seguir a Cristo en pobreza.

Una comunidad de inserción podría hacernos descubrir cuál es el rostro de nuestro voto de pobreza ante los verdadero pobres. Podríamos descubrir, comparándonos con esos pobres en medio de quienes hemos decidido vivir, que de hecho nosotros somos ‘ricos’ en poder, dinero, influencia, educación y otras ventajas, pero que somos pobres en generosidad, disponibilidad, dependencia mutua, en relaciones auténticas y en espontaneidad, y entonces será posible una conversión.

En la Compañía de Jesús en Africa se necesita una gran creatividad. Los jóvenes compañeros en las provincias me parecen demasiado tímidos y poco inclinés a aventurarse por situaciones nuevas, prefiriendo apostolados bien estructurados a un espacio de creatividad donde podría desplegarse su imaginación.

En los relatos de los compañeros es fácil ver cómo el compartir la vida con los pobres ha dado a ciertos jesuitas una nueva visión de su vocación en pos de Cristo.

Es bueno subrayar, además, que en estos relatos, algunos compañeros hacen alusión al impacto que sobre su vocación y

compromiso apostólico ha tenido el Decreto 4 de la Congregación General 32. Sin embargo, queda pobre la reflexión sobre la experiencia vivida.

Los Ejercicios Espirituales como fuente de nuestra Pasión por Dios y por la Humanidad

La gracia que se pide en la segunda semana ser « recibido debajo de su bandera, y primero en suma pobreza espiritual, y pasar oprobios y injurias, por más en ella imitar » a Cristo, abre ya el ejercitante a esa dimensión de comunión con los excluidos, despreciados en nuestra sociedad.

La experiencia de los Ejercicios Espirituales podría conducir a un descubrimiento de Cristo pobre, descubrimiento de un tesoro escondido. Este descubrimiento llena de gozo a la persona seducida por Cristo, que con gozo se despoja de lo que posee y vuelve a entrar en posesión de su tesoro y a vivir una unión con Dios por el resto de su vida.

Es importante mantener esta unión con Dios, esa contemplación en medio del compromiso social. Esta unión a Dios hace ver que el Dios de bondad está actuando ya en aquellos a quienes somos enviados, antes de nuestra misma llegada en medio de ellos

. Estamos convencidos de que lo que une el instrumento a Dios y lo dispone a dejarse conducir dócilmente por la mano de Dios es más eficaz que lo que le dispone hacia los hombres.

Concluyendo este breve artículo me gustaría volver a insistir sobre la importancia del contacto del jesuita con las situaciones de injusticia, de exclusión o de desigualdad social. Para la Compañía de Jesús es importante que algunos miembros del cuerpo opten por compartir la condición de los pobres y de los excluidos. Este « *estar con* » no es una opción facultativa para la Compañía, sino que está en el centro mismo de su vocación.

Secretariado para la Justicia Social

C.P. 6139—00195 ROMA PRATI—ITALIA

+39 06689 77380 (fax)

sjs@sjeuria.org